

**Como está colección de relatos de Quiroga es una de las mejores del autor y no estaba disponible digitalizada completa, la he completado:**

**\_ El relato "El regreso de Anaconda" lo digitalicé hace tiempo para un compilado (el bestiario de ciencia ficción y fantasía).**

**\_ Ahora digitalicé: "Los desterrados", más el estudio preliminar de Fernando Rosemberg, excelente, y los anexos de la edición de Kapelusz.**

**\_ El resto de los relatos estaban en LIBROdot, aunque no sé de dónde los tomó LIBROdot. Estaban en bastante malas condiciones, con gran cantidad de errores.**

**A medida que iba rerevisando los relatos les inserté las notas para mantener la edición, orientada a escolares, de Kapelusz.**

**Respecto a la edición en papel he agregado un cuento: para no dejar mocha la lectura de "El regreso de Anaconda" inserté la primera parte de la historia, el relato "Anaconda". Quien quiera mantener estrictamente el texto según la edición en papel no tiene más que suprimir dicho cuento.**

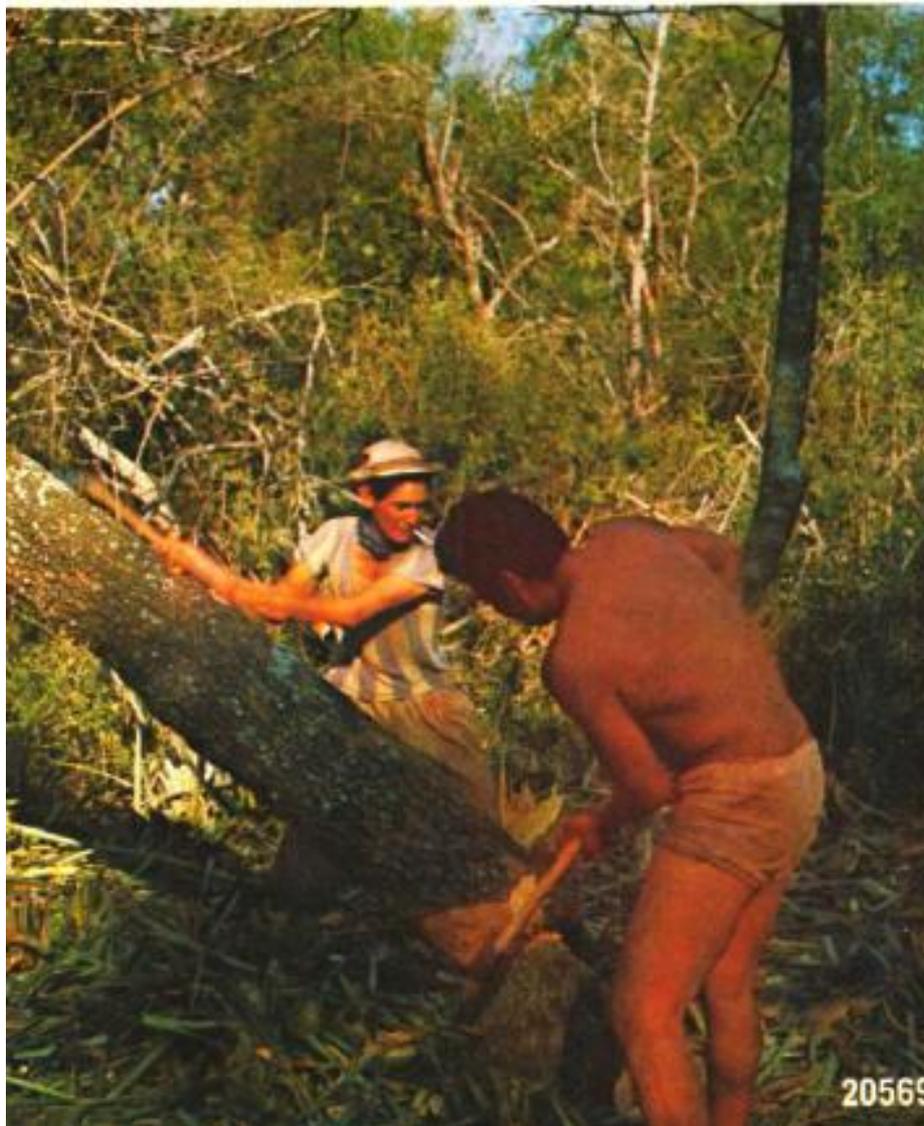
**Bueno, respecto al libro propiamente dicho, creo que es una de las mejores colecciones de relatos de Quiroga: los cuentos están vinculados y en conjunto producen en el lector un efecto sinérgico. Mención aparte para "El hombre muerto" que es uno de los cuentos top de su obra y de la narrativa universal.**

**Para terminar va la recomendación de lectura del estudio preliminar de Rosemberg, que previo a analizar la colección "Los desterrados", brinda un muy claro panorama de prácticamente toda la obra de Quiroga.**

# Los desterrados

Horacio Quiroga

**KAPELUSZ**



**Los desterrados**

# **Horacio Quiroga**

**Edición, resumen cronológico, estudio preliminar, y notas de**

**Fernando Rosemberg**

**GOLU GRANDES OBRAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL 169**

**© 1987 by EDITORIAL KAPELUSZ S. A.**

## **Resumen cronológico de la vida y de la obra de Horacio Quiroga**

**1878 31 de Diciembre: Nace en Salto, Uruguay.**

**1879 14 de Mayo: Muere su padre, Prudencio Quiroga, en un accidente de caza.**

**1879 - 1883 La familia pasa cuatro años en Córdoba, Argentina, para aliviar el asma que sufren dos de los niños.**

**1891 28 de Febrero: Su madre, Pastora Forteza, se casa con Ascensio Barcos. Se trasladan a Montevideo, donde Horacio continúa sus estudios primarios.**

**1893 Regresan a Salto.**

**1895 5 de Septiembre: Ascensio Barcos, enfermo, se suicida.**

**1897 Con varios seudónimos, Horacio Quiroga empieza a colaborar en revistas salteñas.**

**1898 Se enamora de María Ester Jurkowski y quiere casarse con ella. Su familia se opone y se produce la ruptura.**

**1899 11 de Septiembre: Aparece la *Revista del Salto*, que dirige Horacio Quiroga. Se publicará hasta el 4 de febrero de 1900.**

**1900 14 de Marzo: Parte a Montevideo. Se radica en esta ciudad y funda, con sus amigos salteños que estudian allí y otros nuevos como Federico Ferrando, el Consistorio del Gay Saber, primer cenáculo modernista uruguayo.**

**26 de Noviembre: Obtiene un segundo premio en el concurso de cuentos del periódico *La Alborada*, circunstancia que lo da a conocer y le abre las puertas de las revistas montevideanas.**

**1901 Noviembre: Publica en Montevideo su primer libro, de prosa y verso, *Los arrecifes de coral*.**

**1902 5 de Marzo: Mata accidentalmente a su amigo Federico Ferrando. Abandona Montevideo y se radica en Buenos Aires, donde vive su hermana María.**

**1903 Se desempeña como profesor de castellano en el Colegio Británico. Inicia su colaboración en revistas argentinas. Junio: Se incorpora a la expedición que dirige Leopoldo Lugones para inspeccionar las ruinas jesuíticas, en Misiones.**

**1904 Enero:** Viaja al Chaco. Dos meses después se establece como colono cerca del arroyo Saladito, 35 kilómetros al sudoeste de Resistencia, en un lugar deshabitado. Se dedica al cultivo del algodón. Aparece su segundo libro: *El crimen del otro*, cuentos.

**1905 Febrero:** Se encuentra en Buenos Aires con María Ester Jurkowski, con quien sostiene una relación fugaz. **Octubre:** Abandona el Chaco y regresa a Buenos Aires. **Noviembre:** Escribe *Los perseguidos*, relato en que se insinúa un cambio de orientación literaria. Empieza a colaborar en *La Nación* y en *Caras y Caretas*.

**1906 Marzo:** Es nombrado profesor de literatura y castellano en la Escuela Normal N° 8, en Buenos Aires.

**1908 Octubre:** Publica *Historia de un amor turbio*, novela, en un volumen con *Los perseguidos*. **Noviembre:** Pasa el verano en San Ignacio, Misiones, donde ha comprado unas hectáreas a mitad de camino entre el pueblo y el río Paraná.

**1909** Se casa con Ana María Cires, que había sido su alumna. Se trasladan a San Ignacio con la intención de radicarse allí. Quiroga empieza a escribir sus cuentos de monte, lo más valioso de su producción.

**1911 29 de Enero:** Nace Eglé, su primera hija. **24 de mayo:** Es nombrado juez de paz en San Ignacio.

**1912 15 de Enero:** Nace Darío, su segundo hijo.

**1915 6 de diciembre:** Ana María se suicida.

**1916 Diciembre:** Regresa a Buenos Aires.

**1917 17 de Febrero:** Obtiene un cargo en el consulado del Uruguay en Buenos Aires. **Abril:** Publica *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, que lo revela en toda su fuerza y originalidad y lo consagra como uno de los principales cuentistas hispanoamericanos.

**1918** Conoce a Samuel Glusberg (conocido con el seudónimo literario de Enrique Espinoza), que será su amigo y poco después su editor. Publica *Cuentos de la selva*, para niños.

**1919** Publica *El salvaje*, cuentos.

**1920 Junio:** Funda el grupo “Anaconda”, cenáculo de escritores y artistas. Publica su pieza teatral *Las sacrificadas*.

**1921 17 de Febrero:** La compañía de Ángela Tesada estrena *Las sacrificadas* en el teatro Apolo, de Buenos Aires. Publica *Anaconda*, cuentos.

**1924** Publica *El desierto*, cuentos y apólogos.

**1925** Regresa por un tiempo a San Ignacio. Allí se enamora de Ana María Palacio. La familia de la muchacha se opone a esta relación y aleja de allí a la joven.

**1926** Publica *Los desterrados*, cuentos. Noviembre: La Editorial Babel, fundada por Samuel Glusberg, le dedica una publicación de homenaje en que colaboran destacados escritores.

**1927** Se casa con María Elena Bravo. Sus cuentos de monte son traducidos al francés y publicados en París en un volumen titulado *Contes de la forêt vierge*.

**1928** Abril: Nace su tercera hija, María Elena (Pitoca). Conoce a Ezequiel Martínez Estrada, con quien traba una entrañable amistad.

**1929** Publica *Pasado amor*, su segunda novela.

**1931** Se traslada por segunda vez a San Ignacio, con el cargo consular que desempeñaba en Buenos Aires. Publica *Suelo natal*, libro de lectura escolar, escrito en colaboración con Leonardo Glusberg.

**1933** Golpe de estado del presidente Terra en el Uruguay.

**1934** Un decreto del gobierno uruguayo lo deja cesante.

**1935** Publica su último libro, *Más allá*, cuentos.

**1936** Septiembre: Se traslada a Buenos Aires para ser operado en el Hospital de Clínicas. Tras la operación, se entera de que tiene cáncer.

**1937** 19 de febrero: Se suicida con cianuro. Sus cenizas son trasladadas a Salto.

**1949** El Instituto de Investigaciones y Archivos Literarios, de Montevideo, publica el *Diario de viaje a París*, con una introducción de Emir Rodríguez Monegal. Quiroga había entregado el manuscrito a Ezequiel Martínez Estrada.

**1959** Mayo: El mismo Instituto publica el primer volumen de *Cartas inéditas* de Horacio Quiroga, con un prólogo de Arturo Serqio Visca.

**24 de diciembre:** Se publica el segundo volumen de sus *Cartas inéditas*, con prólogo de Mercedes Ramírez de Rossiello.

# Estudio Preliminar

## 1. La época

En la segunda mitad del siglo XIX, y particularmente en sus tres últimas décadas, se manifiestan en Europa y América cambios sociales, políticos, económicos y culturales de singular complejidad y significación. La ciencia y la técnica registran notables progresos. Estos progresos inciden sobre el trabajo y la industria: determinan la producción en masa y la división del trabajo en tareas especializadas. Afluyen grandes capitales, aparecen los monopolios y los grandes bancos de inversión de Francia, Inglaterra, Alemania, y los Estados Unidos de América. En el terreno político se observan dos hechos fundamentales: propagación de principios e ideales democráticos y el culto del nacionalismo. La monarquía absoluta como forma de gobierno pierde prestigio en Europa. Muchos países adoptan el sistema parlamentario y otorgan el derecho del sufragio a los ciudadanos varones.

En América latina los pocos países que aún no habían logrado su independencia se libran definitivamente del dominio español o portugués. Perdidas sus posesiones americanas y estimuladas por su crecimiento industrial y económico, las principales potencias europeas se empeñaron en conquistar nuevos territorios. Se iniciaba así otro período del imperialismo: ahora se disputarían el dominio de Asia y África.

La vida social registra visibles cambios: aumento de la población, incremento de la vida urbana, abolición de la esclavitud, disminución del analfabetismo, surgimiento de la burguesía industrial y del proletariado. En términos generales, aumenta la comodidad y el bienestar. Pero estos progresos materiales tienen algunos efectos negativos sobre la conducta del hombre común. La seguridad y el optimismo lo tornaron arrogante, vanidoso, superficial. Decayó el nivel intelectual. La pompa, la imitación y el afán de ostentación estragaron el gusto. El ansia de bienes y riqueza crece en detrimento de las inquietudes espirituales. Con todo, América, la antigua colonia, quiere hacer oír su voz, trata de abandonar su aislamiento y se esfuerza en marchar al ritmo cultural de los países europeos.

Los años en que Horacio Quiroga se formó e inició su carrera literaria están signados por un movimiento que resume el espíritu de la época y que modifica y sacude a las letras de toda América latina: el modernismo. Ese fenómeno marcó de tal modo la vida y las primeras obras del gran narrador

rioplatense, que toda su labor creadora puede caracterizarse en función de aquél, tanto en lo que tiene de afín con esa corriente como en su reacción contra ella. Tal reacción será el resultado de un lento proceso de maduración personal y artística que lo conducirá al conocimiento de sí mismo y del Mundo que lo rodeaba. Para medir la distancia que separa al Quiroga de los primeros libros del Quiroga de la madurez, para comprender acabadamente su trayectoria y apreciar en su justa medida la evolución del narrador, nos parece indispensable detenernos en la consideración de su punto de partida, vale decir, el modernismo, cifra y clave de toda una época, la época que va desde el nacimiento de Quiroga hasta la aparición de su primer libro importante: *Cuentos de amor, de locura y de muerte*.

### 1.1. El modernismo

¿Qué fue el modernismo? Federico de Onís lo interpretó como:

*“...la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX y que se había manifestado en el arte, la ciencia, la religión, la política y gradualmente en los demás aspectos de la vida entera, con todos los caracteres, por tanto, de un hondo cambio histórico, cuyo proceso continúa hoy.”*

Federico de Onís

*Antología de la poesía española e hispanoamericana*

Madrid, 1934, p. XV.

Arturo Torres-Rioseco lo considera:

*“...un movimiento representativo de la vida cultural de Hispanoamérica.”*

Arturo Torres-Rioseco

*La gran literatura iberoamericana*

Buenos Aires, 1945, p. 106.

Juan Ramón Jiménez señala que:

***“...lo que se llama modernismo no es cosa de escuela ni de forma, sino de actitud. Era el encuentro de nuevo con la belleza sepultada durante el siglo XIX por un tono general de poesía burguesa. Eso es el modernismo: un gran movimiento de entusiasmo y libertad hacia la belleza.”***

**Juan Ramón Jiménez**

***El modernismo; notas de un curso***

**México, 1953, p. 17**

No pocos críticos coinciden en una definición que podríamos reformular, de modo general, en estos términos:

***“Es un movimiento de renovación literaria en la América española, que surge hacia 1880, que señala la madurez y la independencia espiritual del subcontinente y que por primera vez influye en la literatura europea. Fue, ante todo, una reacción contra los excesos del romanticismo, que ya había cumplido su misión y estaba agotado, y contra las limitaciones y el criterio estrecho del retoricismo y el academicismo seudoclásico”.***

¿Cómo se origina el modernismo? ¿Cuáles son sus fuentes? Las principales fuentes son francesas: el Parnaso y el simbolismo. El Parnaso o Parnasismo (1860-1876) agrupaba a los poetas que colaboraban en la revista parisiense *Le Parnasse Contemporaine* (1866-1876), entre los cuales se contaban Teophile Gautier, Leconte de Lisle, Catulle Mendès, François Coppée, Baudelaire. La plasticidad y la impersonalidad eran las características de estos poetas, perseguidores de formas y figuras. Dos Parnasianos de la primera hora, Paul Verlaine y Stephan Mallarmé, se perfilan en la década del 80 como los maestros de una nueva corriente estética: el simbolismo. Los simbolistas perseguían sobre todo la musicalidad y la sugerencia. Querían torcerle el cuello a la elocuencia, descomponer el color, escoger el matiz, procurar la imprecisión evanescente. Otros poetas de esta corriente son Moréas, Regnier, Verhaeren. A estas dos fuentes francesas hay que agregar otras del mismo origen: el realismo, el naturalismo, el impresionismo y también el romanticismo. Y entre las fuentes no francesas, los prerrafaelistas ingleses (Dante Gabriel Rossetti y Charles Swinburne, especialmente), Edgar Allan Poe, Gabriel D'Annunzio, Heine, Walt Whitman. Sin olvidar tampoco a poetas españoles como Berceo, el Arcipreste de Hita, Góngora, Quevedo. Los modernistas asimilaban sabiamente todos estos alimentos y produjeron algo nuevo, distinto, original.

Ahora bien, ¿cuáles son los rasgos peculiares de la literatura modernista?

Los más visibles son los siguientes: a) Anhelos de perfección formal; b) Renovación de la expresión poética, con el consiguiente repudio de las limitaciones impuestas por la retórica tradicional. Nuevos moldes, nuevos metros, nuevos ritmos, nuevas combinaciones de palabras y de rimas fueron, en poesía, el fruto de ese empeño renovador. La prosa ganó en agilidad, precisión y riqueza rítmica; c) Búsqueda de la originalidad y rechazo del clisé y de los lugares comunes expresivos; d) Captación de correspondencias y sinestesias; e) Vocabulario suntuoso y colorido, que produce efecto deslumbrante por sugerir joyas, esmaltes, camafeos, pedrería, y todo lo que hiere la vista con la sensación de la luz; f) Uso de símbolos de elegancia plástica, como el cisne, el pavo real, el ruiseñor, la flor de lis; g) Esteticismo; h) Evocación de diversas épocas del pasado histórico; i) Exotismo; j) Una sensibilidad mórbida, mezcla de duda, desencanto, hastío, pesimismo; k) Tendencia casi religiosa hacia lo misterioso y lo oculto.

¿Cuáles son las fronteras temporales del modernismo? Algunos críticos consideran que comienza hacia 1880 y concluye hacia 1920. Otros acortan esta última fecha hasta 1916, año en que muere su figura mayor, Rubén Darío. Otros la extienden a 1930 ó 1934. No faltan tampoco quienes piensan que no se trata de un movimiento concluso: su límite final quedaría abierto, pues sus efectos se advierten en escritores contemporáneos. La mayoría de los críticos coinciden, sin embargo, en distinguir tres etapas en su evolución. La primera, de iniciación, entre 1880 y 1896, con figuras como Manuel Gutiérrez Nájera, José Asunción Silva, y Julián del Casal. La segunda, de apogeo, entre 1896 y 1905. El autor principal es ahora Rubén Darío. La obra que mejor representa este período es *Prosas profanas*. La tercera, de reacción contra el esteticismo puro y el refinamiento verbal, de 1905 en adelante; es decir, a partir de *Cantos de vida y esperanza*, obra en que el gran poeta abandona su brillo exterior, se repliega sobre sí mismo y no desdeña tampoco afrontar la realidad social y política americana.

## 2. El autor

Horacio Quiroga fue, esencialmente, un cuentista. La narración breve es el género en que reveló estar singularmente dotado y en el cual señala un verdadero hito dentro de la literatura hispanoamericana. Pero no desdeñó otros moldes literarios, como la poesía, la novela y el teatro. Aunque él mismo, en alguna confidencia epistolar, llegó a reconocer la debilidad de estas incursiones que lo apartaron ocasionalmente del cuento, no podemos dejar de referirnos a ellas para presentar de modo integral la personalidad de este notable escritor.

## 2.1. El poeta

El primer libro de Horacio Quiroga, *Los arrecifes de coral* –dedicado a Leopoldo Lugones–, contiene 52 composiciones que pueden agruparse así: 18 poemas, 30 páginas de prosa lírica, y 4 cuentos. Salvo los cuentos, que tienen lugar aparte, la distinción entre verso y prosa es meramente externa y superficial. Los poemas más logrados revelan la influencia del Lugones de *Los crepúsculos del jardín*, como el soneto *Italiana*:

*Por tres veces, detrás de la alquería  
era grata a mis manos tu aspereza;  
el Sol se hundió, dorado de tristeza,  
en un rayo glacial de hipocondría.*

*La campana sonó el Ave María,  
llenóse de balidos la dehesa,  
y los bueyes volvieron la cabeza  
lentamente, a aquel cielo de agonía.*

*La tarde descendió, con luces raras,  
a tu triple collar de perlas claras.  
Bajo los rumorosos naranjales*

*miramos sin pensar al dios de yeso,  
y en el leño sonámbulo de un beso,  
grabamos nuestras mutuas iniciales.*

Además de los claros ecos de Lugones hay otras visibles influencias: Baudelaire, Musset, Verlaine, Catulle Mendès, José María Heredia, Rubén Darío. Abundan los rasgos de búsqueda extravagancia, como puede verse en *El ataúd flotante*:

*Yo tenía un poco de dolor de cabeza.  
En el humo azulado de la azul tetera  
flotaba como un alma o una idea severa.  
Tenía también –no mucho– un poco de tristeza.*

*Y tu alma flotaba dentro de la pieza  
como un humo azulado de alma verdadera  
llena de desgracia de no ser la primera  
de aquel amor que creó mi eterna pereza.*

*Las llamas del alcohol mostraban a mi vista  
anchos lutos y labios de color de amatista:  
y tanto allí flotaba tu alma de amazona,*

*que sobre los vapores del verdoso zumo  
las moscas acudían, y había en el humo  
olor de muchos frascos y de belladona...*

Es evidente la intención traviesa, el propósito de jugar con el verso, como en *El juglar triste*, donde repite la misma palabra para rimar el primer verso con el cuarto:

*La campana toca a muerto  
en las largas avenidas,  
y las largas avenidas  
despiertan cosas de muertos.*

*De los manzanos del huerto  
penden nucas de suicidas,  
y hay sangre de las heridas  
de un perro que huye del huerto.*

*En el pabellón desierto  
están las violas dormidas;  
las violas están dormidas  
En el pabellón desierto.*

*Y las violas doloridas  
en el pabellón desierto,  
donde canta el desacierto  
sus victorias más cumplidas,  
abren mis viejas heridas,  
como campanas de muerto,  
las viejas violas dormidas  
en el pabellón desierto.*

Los poemas de *Los arrecifes de coral*, lo mismo que sus páginas de prosa lírica, revelan la inmadurez y desorientación del joven escritor, perdido en los recodos más frívolos del decadentismo. La crítica le fue adversa. Sólo los cuatro cuentos del libro –*Venida del primogénito*, *Jesucristo*, *El guardabosque comediante*, y *Cuento*– dejaban entrever que allí alentaba un narrador.

## 2.2. El novelista

Quiroga publicó dos novelas: *Historia de un amor turbio*, en 1908, y *Pasado amor*, en 1929. La primera se desarrolla en Buenos Aires a principios del siglo y tiene por protagonistas a Luis Rohan y a las hermanas Eglé y Mercedes Elizalde. La historia se desenvuelve en tres tiempos narrativos claramente separados. En el más antiguo, Rohan es novio de Mercedes, a quien visita en su casa de Lomas de Zamora. La hermana menor de Mercedes, Eglé, una niña de nueve años, se enamora de Rohan sin que éste se dé cuenta. En el segundo tiempo, el tiempo principal en que se desarrolla la mayor parte de la novela, han transcurrido ocho años y Eglé ha cumplido dieciséis. Es a ella a quien Rohan corteja ahora. El tercer tiempo sirve de epílogo y nos transporta a diez años después de la ruptura con Eglé. Es el tiempo *actual* de la novela: el tiempo en que se inicia la acción y que forma un marco a los otros dos, evocados por Rohan. Después de haber cortado sus relaciones con Eglé, Rohan la visita un día. Comprueba que es una mujer hecha –tiene los 28 años que tenía Rohan cuando la cortejaba–. Comprueba también que es imposible revivir el amor.

Salvo contadas excepciones, la crítica no recibió con mucho entusiasmo esta novela. Más bien le fue adversa. Pero uno de los más calificados estudiosos de Horacio Quiroga, Emir Rodríguez Monegal (muchas de cuyas opiniones compartimos en este trabajo), la ha reconsiderado prolija y agudamente. A la luz de un mejor conocimiento de la obra y de la realidad biográfica en que se apoya, ha rectificado juicios que él mismo había formulado antes. La novela, dice, es mejor de lo que se ha dicho habitualmente. Para comprenderlo, es necesario realizar una lectura atenta:

“A través de ella –señala– es posible advertir los verdaderos móviles de la conducta de Rohan, móviles que son invisibles para éste. Porque también la novela recoge, como sin saberlo, esa otra historia. Tal vez Quiroga no advirtió que la había puesto allí, pero la honda vinculación del tema y del personaje con su situación existencial en aquella época le permitió apresarla de todos modos. Es claro que para verla hay que leer entre líneas. El tema atroz del doble (que es tema de tantos de sus cuentos, y sobre todo de *Los perseguidos*) surge entonces con toda evidencia.”

Emir Rodríguez Monegal

*Horacio Quiroga: ficción y realidad. A propósito de Historia de un amor turbio*

Comentario N° 54, 1967.

Otro aspecto del libro que subraya el estudioso citado es su crítica social. La novela, dice, es un guantazo a la sociedad rioplatense, mucho más fuerte que el que le había dado con su prematuro *Los arrecifes de coral*, siete años antes. Porque ahora Quiroga va más lejos, cala más hondo. Es también más sutil, porque el narrador ha abandonado las obvias exquisiteces del decadentismo algo fantasioso para explorar con ahínco algunos personajes típicos del mundo burgués porteño del novecientos. A través de Rohan, y también de los personajes de *Los perseguidos*, Quiroga ha mostrado con una súbita, confusa iluminación, las raíces del mal. Mucho más tarde Roberto Arlt y Juan Carlos Onetti volverían sobre el mismo ambiente para recrearlo con el mayor rigor alucinatorio. \*

\* \_ Ibídem.

La segunda novela de Quiroga es *Pasado amor*. Se publicó primero en folletín en *La Nación* de Buenos Aires, del 5 al 17 de abril de 1927, y dos años después, en 1929, en un volumen de la editorial Babel. La historia se desarrolla en Iviraromí (nombre indígena de San Ignacio) y está colmada de elementos autobiográficos. El protagonista, Moran, un hombre maduro, regresa al lugar tras dos años de ausencia y se enamora de una adolescente a quien había conocido cuando era una niña. La muchacha también lo ama, pero debe afrontar la oposición familiar, motivada por la diferencia de edad, el carácter del pretendiente y un episodio inquietante que nadie olvida en el pueblo: la mujer de Moran se había suicidado años atrás. Los enamorados acuden a las más imaginativas argucias para burlar la vigilancia familiar e intercambiar mensajes apasionados. Finalmente, los padres alejan de allí a la muchacha, con lo cual se produce la separación definitiva. Hay, además, otros personajes y situaciones secundarias, pero esa historia de amor frustrado constituye el núcleo de la novela. Una novela cuyo asunto apenas daba para un cuento, o, a lo sumo, para un relato. La crítica la recibió fríamente. Sólo dos escritores la elogiaron: Enrique Espinoza y Ezequiel Martínez Estrada, amigos del autor. Por nuestra parte, coincidimos con quienes sostienen que el mayor interés que ofrece es su contenido autobiográfico. Fue la segunda y última novela de Quiroga y el penúltimo libro que publicó.

### 2.3. El dramaturgo

El cuento de Quiroga *Un sueño de amor* apareció en *Caras y Caretas* el 13 de Enero de 1912. Con el título definitivo de *Una estación de amor* fue recogido en 1917 en el libro *Cuentos de amor, de locura y de muerte*. Es una historia en que se combinan elementos realistas y románticos. La crítica lo ha tratado en forma desigual. John A. Crow, uno de los primeros que estudió de modo orgánico la obra de Horacio Quiroga, lo considera un cuento mediocre. \*

\* \_ John A. Crow. *La obra literaria de Horacio Quiroga*, prólogo a *Los perseguidos y otros cuentos*, tomo VII de la edición de *La Bolsa de los Libros*, Montevideo, 1940, p. 22.

Rodríguez Monegal estima que “*no resulta un cuento totalmente logrado*”, aunque “*está bastante cerca de ser un buen cuento*”. \*

\* \_ Emir Rodríguez Monegal: *El desterrado. Vida y obra de Horacio Quiroga*, Buenos Aires, 1968, p. 103.

Su autor lo dramatizó y lo convirtió en una obra de teatro, *Las sacrificadas*, que se publicó en Buenos Aires en 1920. El primer acto se desarrolla en Concordia y contiene la exposición y el nudo del conflicto: el padre de Octavio se opone al casamiento de éste con Lidia, y la madre de la muchacha, despechada, separa a los novios; el segundo, once años después, en Buenos Aires, con el reencuentro; el tercero en el Chaco, en el ingenio de Octavio, dedicado casi íntegramente a mostrar los sufrimientos y muerte de la madre; en el último acto, el de la despedida de los amantes, Octavio rompe su dolorido silencio y se confiesa. Reaparece entonces el motivo central del relato originario: la destrucción de una imagen ideal, la pérdida de la inocencia y de la pureza, la desilusión de la carne.

El drama fue estrenado el 17 de febrero de 1921 por la compañía de Ángela Tesada en el teatro Apolo de Buenos Aires. Los juicios que suscitó fueron dispares.

El de *La Prensa*, del sábado 19, fue desfavorable: le objetaba inhabilidad técnica; ello, dice:

*“...hace que la acción vaya languideciendo en forma cada vez más pronunciada, por lo cual sólo en parte logra interesar al público y en ningún momento lo conmueve.”*

*La Nación* del domingo 20, en un extenso comentario, lo elogia calurosamente:

*“La obra produjo una honda impresión de arte, y Horacio Quiroga, que como novelista ha conquistado un puesto envidiable en las letras, se ha incorporado al teatro, como autor dramático lleno de vigor, de emoción y de sinceridad.”*

Sólo insinúa esta reserva:

*“Acaso puedan hacerse algunos reparos en cuanto a la técnica y aun señalar como superfluo el tercer acto, que no añade nada importante a la obra, en su conjunto, aun cuando sirve en mucho para ilustrar sobre el estado psicológico de alguno de los personajes. Pero éstos son detalles que no empañan los méritos intrínsecos de la pieza, que residen en los personajes, en cuyas almas ha penetrado el autor tan hondamente, reflejando sus dolores con tanta comprensión como simpatía.”*

Encomia, sobre todo, el último acto:

*“La escena de la despedida –dice– está hecha con mano maestra, y es una de las partes más bellas y más elevadas de la obra, a la que anima con un soplo de idealismo. Ella levanta el espíritu por encima de las miserias humanas, dando una bella enseñanza moral. Se desprende de ella que debemos ser fieles a los ideales nobles que hemos forjado en la primera juventud, porque ellos son los sostenes morales de toda nuestra existencia ulterior.”*

Ambos diarios coinciden en que la sala estaba colmada y en que el público, al final, aplaudió con entusiasmo. Sin embargo, la obra no se mantuvo mucho tiempo en cartel. En cuanto al juicio de los críticos que hemos mencionado en primer término, es bastante parecido. Crow lo considera un drama mediocre, como el relato del que procedía. Rodríguez Monegal lo juzga, literariamente, un traspie. Pero ha de tenerse presente que ambos consideran la pieza dentro del marco de la producción narrativa del autor, que por entonces estaba en su punto más alto y lo había convertido en el mayor cuentista hispanoamericano.

Por nuestra parte, hemos de señalar, primeramente, las diferencias que presenta el drama con respecto al relato. Se advierte que las tintas están más cargadas. El pobre departamento de arrabal en que viven madre e hija en Buenos Aires se ha convertido en una casa de inquilinato. Lidia no sólo ha perdido su inocencia sino que está al borde de la prostitución. La ruina y muerte de la madre se exponen en un acto casi íntegro, con crudeza naturalista. Como contraste, el final, tan amargo y cortante en el relato, se dulcifica: ambos, a pesar de todo, seguirán conservando un bello recuerdo – el recuerdo del amor adolescente– y Lidia, con el dinero que Octavio le ha dado, podrá liberarse de la pobreza y rectificar su vida. En el primer acto, la escena entre Octavio y su padre se desarrolla –sin duda por dificultades que la trasposición no pudo salvar–, como todo el acto, en casa de la madre de Lidia, adonde el hijo atrajo a su padre con un engaño, lo cual resulta forzado y poco verosímil. Tales disparidades, o por lo menos esta última, no favorecen al drama, sobre todo si se conserva fresco el recuerdo del relato. Sin embargo, la representación de la obra –que tuvimos oportunidad de presenciar en la década del 60 en un escenario municipal– no nos resultó decepcionante ni mucho menos. Por el contrario, nos pareció una pieza, si no excelente, por lo menos discretamente lograda. ¿Cómo podríamos explicar esta discrepancia con Crow y Rodríguez Monegal? Sin duda, teniendo en cuenta que el texto dramático no es más que uno de los diversos elementos que integran la representación.

Ahora bien, éste es el más ambicioso intento teatral de Horacio Quiroga<sup>\*</sup>. ¿Por qué eligió el tema que ya había utilizado en *Una estación de amor*? La respuesta está, como en el caso de tantos otros textos del autor, en su propia vida. Se trata, en lo substancial, de un episodio autobiográfico. El desgraciado idilio que vivió con Ana María Jurkowski, la bella muchacha que

conoció en Salto en 1898, cuando era un adolescente, y a la que volvió a encontrar siete años después en amargas circunstancias, le dejó un recuerdo doloroso. Sin duda, quiso librarse de él a fuerza de masticarlo y rumiarlo, como un alimento difícil de digerir. Así, por encima de sus discutibles méritos literarios, *Las sacrificadas* importa por su valor documental, por su calidad de testimonio. El testimonio de una de las muchas frustraciones de Horacio Quiroga, de uno más entre los tantos motivos que tuvo para sentir que la vida no era como él hubiera querido que fuese.

\* \_ Aunque es el más conocido, no es el único. Un segundo intento dramático, de menor aliento y distinta intención, es *El soldado*, “petipieza” en cuatro cuadros, como la denominó el autor. Si en el primero traspuso una experiencia personal, en éste utiliza –muy esquemáticamente– una idea. Se trata de un conflicto jerárquico entre un oficial y un soldado, que le permite censurar cierta concepción de la disciplina militar. Nunca fue representada, sin duda por su extrema brevedad. Se publicó por primera vez en la revista *Atlántida*, N° 284, 13 de Septiembre de 1923. (Se reprodujo en *Babel*, Santiago de Chile, año 20, t. 2, N° 13, Septiembre-Octubre de 1940, y en *Revista Teatro*, Buenos Aires, año 1, N° 2, Noviembre de 1940) En sus últimos años, al parecer cediendo a sugerencias de César Tiempo, Quiroga preparaba otra pieza en un acto. (Cf. César Tiempo: *Cartas inéditas y evocación de Horacio Quiroga*, Montevideo, 1970, pp. 31, 37 y 39).

## 2.4. El cuentista

Con Horacio Quiroga el cuento hispanoamericano alcanza su madurez, tras un proceso en el que se suceden, como antecedentes significativos, los nombres de José María Roa Barcena, Manuel Gutiérrez Nájera, Rubén Darío y Baldomero Lillo. Con Quiroga, además, se revela plenamente algo que apenas si había asomado antes: la preocupación teórica por el cuento y la clara conciencia de cultivar un género con características específicas y definidas. Ahora bien, el valioso aporte con que Quiroga impulsa el desarrollo de la narración breve en América latina se logra al cabo de otro proceso no menos arduo: el de su propio crecimiento y maduración como cuentista. Pasaremos revista a los distintos y sucesivos momentos de ese proceso. Finalmente, a modo de síntesis, subrayaremos los títulos más significativos y enriquecedores, en virtud de los cuales el autor se ha convertido en una figura perdurable en la historia de nuestras letras.

### 2.4.1. Los arrecifes de coral

Después de sus primeros tanteos narrativos publicados en la *Revista del Salto* en 1899, el cuento que lo da a conocer en Montevideo es *Sin razón pero cansado*, con el cual obtuvo un premio en el concurso organizado por el semanario *La Alborada* a fines de 1900. Más que modernista, es un relato decadente, puesto que acentúa los rasgos morbosos de aquella corriente. Y más que cuento es un apunte sobre la abulia. Otras narraciones de esta

época –1901– son *Jesucristo* y *El guardabosque comediante*. Estas tres piezas se publicaron en el semanario mencionado, y poco después, con una cuarta, *La venida del primogénito*, fueron recogidas en *Los arrecifes de coral*. Son los primeros pasos del narrador. La escasez argumental, la afectación del estilo, la artificiosidad de situaciones y personajes revelan una influencia modernista mal asimilada. En el primero de esos cuentos, por ejemplo, el autor emplea términos tan rebuscados como los siguientes: “sonambulizadas”, “tragedizada”, “huracanaba”, “sistolizaba”, “glasgownando”, “lapizaba”, “petronismo”.

#### 2.4.2. El crimen del otro

En 1904 aparece su segundo libro: *El crimen del otro*. Es, íntegramente, un libro de cuentos.

El que da su nombre al volumen reelabora *El tonel de amontillado*, de Edgar Allan Poe, y revela hasta qué punto Quiroga admiraba al escritor norteamericano y aceptaba su influencia, aunque todavía no supiera asimilarla. *La princesa bizantina* refiere las hazañas del caballero franco Brandimarte de Brandel. De asunto medieval, tiene reminiscencias de novela de caballería. Aunque está bien escrito, con un estilo cuidado que se acerca al refinamiento, y alcanza vigor en la descripción de algunos combates, resulta convencional y artificioso, de inspiración puramente libresca. *Flor de imperio* mantiene la seguridad formal del relato anterior, pero su asunto es morboso y decadente, cercano al de su libro primigenio. *La muerte del canario* comienza como una narración poemática y luego toma un giro irónico y humorístico, con recursos que recuerdan algunos cuentos de Darío: el autor se dirige a los lectores y los interroga, y hace lo mismo con uno de los personajes. *Idilio* intenta un apartamiento del modernismo y del decadentismo para abordar un asunto y personajes naturalistas: una historia de amor entre dos vagabundos. Pero el resultado es apenas un bosquejo narrativo. Algo semejante, tanto en intención como en resultado, ocurre con *El 2º y el 8º número*, que tiene por escenario un circo. *Historia de Estilicón* toma a la morbosidad y al decadentismo, con visible influencia de *Doble crimen de la calle Morgue*, de Poe. En *El haschich* el autor refiere minuciosamente su experiencia con la droga, y alecciona a incautos buscadores de paraísos artificiales. *La justa proporción de las cosas* es un breve esbozo narrativo cuyo protagonista ha quedado perturbado por los atascamientos de tránsito en la ciudad. *El triple robo de Bellamore* es un intento fallido de relato policial a lo Poe. *Corto poema de María Angélica* describe con toques decadentes y románticos las ambiguas relaciones de un hombre con sus cuñadas. Parecido es el asunto de *Rea Silvia*: una niña se enamora del novio de su hermana. Pero esta pieza es breve y suelta, con abundantes diálogos.

En síntesis, pues, con este libro el narrador da un paso adelante y se define

como cuentista, aunque se vea aprisionado por influencias muy visibles, por los artificios de su época y por una inspiración puramente libresca, cerrada todavía a la realidad y a la experiencia de la vida.

### 2.4.3. Cuentos de amor, de locura y de muerte

La segunda colección de relatos, *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, se publicó en 1917. Es su primer libro importante: el que lo revela como uno de los mayores cuentistas hispanoamericanos. Lo integran quince piezas que pueden clasificarse así: las seis primeras y las dos últimas son de ambiente urbano; las otras siete, de monte.

El volumen se abre con *Una estación de amor*, que es, por su extensión y estructura, un relato más que un cuento: no refiere un hecho sino que desarrolla una historia. Una historia en gran parte autobiográfica: la del malogrado idilio juvenil del autor con Ana María Jurkowski, al cual ya nos hemos referido. Con este asunto elabora el tema de la pérdida de la pureza y la inocencia. La narración –a nuestro juicio bien lograda– nos muestra vividamente la primera experiencia sentimental que dejó una marca profunda en el alma del escritor.

*El solitario* es un retrato de un matrimonio desigual y mal avenido. El conflicto desemboca en un desenlace melodramático.

También tiene un final impresionante *La gallina degollada*, de fuerte crudeza naturalista y uno de los más terribles cuentos “con efecto” (efecto de horror) escritos por Quiroga.

*La muerte de Isolda* desarrolla una historia de amor sobre un fondo de música wagneriana y con elementos fantásticos que traen de nuevo el recuerdo de Poe.

*Los buques suicidantes* intenta una explicación psicológica al viejo tema de los enigmáticos “barcos fantasmas”, esas naves halladas al garete y sin ningún tripulante a bordo, inexplicablemente desiertas. Es lo que podríamos llamar un cuento “extraño”, atendiendo a esa clasificación que aparta lo extraño tanto de lo real cotidiano como de lo sobrenatural o extraordinario y lo adscribe al “realismo mágico”<sup>\*</sup>. En esta pieza no hay, en rigor, una ruptura de la realidad, como ocurre en lo fantástico, sino una visión inédita y más profunda de la realidad. Está desenvuelto según la técnica de la narración enmarcada, tan frecuente en uno de los maestros de Quiroga: Guy de Maupassant.

\* \_ En *El realismo mágico y otros ensayos* –Monte Avila, Caracas, 1976– Enrique Anderson Imbert distingue entre narraciones sobrenaturales y extrañas. En las primeras, dice, el narrador permite que en la acción irrumpa de pronto un prodigio. Se regocija renunciando a los principios de la lógica y simulando milagros que trastornan las leyes de la Naturaleza.

Por lo contrario, en las narraciones extrañas el narrador, en vez de presentar la magia como si fuera real, presenta la realidad como si fuera mágica. Y agrega: *“Entre la disolución de la realidad (magia) y la copia de la realidad (realismo) el realismo mágico se asombra como si asistiera al espectáculo de una nueva creación. Visto con ojos nuevos a la luz de una nueva mañana, el Mundo es, si no maravilloso, al menos perturbador. En esta clase de narraciones los sucesos, siendo reales, producen la ilusión de irrealidad.”* (pp. 18-19).

*El almohadón de pluma* es otro cuento de horror. Con respecto a su genealogía, se ha recordado también el precedente de Poe, aunque se reconocen ciertas diferencias.

John A. Crow señala:

*“En estos tres cuentos (se refiere a *La gallina degollada*, *El almohadón de pluma*, y *La miel silvestre*) Quiroga sigue pareciéndose a Poe en su afición al horror, pero se diferencia radicalmente del cuentista yanqui en el uso que hace de estos temas. Poe insiste en la nota del horror desde el primer párrafo, y logra un efecto creciente acumulativo; Quiroga se contiene con calculada anticipación hasta la crisis donde se desata en una terminación explosiva.”*

John A. Crow

Obra citada, p. 15.

José Enrique Etcheverry, después de un minucioso y agudo análisis del texto, formula algunas precisiones a la opinión de Crow. Puede hablarse, dice, de un doble uso del horror en esta pieza. El primero, el visible a primera vista, responde sin duda a la mecánica que Crow ha señalado:

*“Pero el horror más profundo es el que se instala en las relaciones del matrimonio Jordán y late subyacente a lo largo del relato, impregnando la narración entera. La estridencia del final puede disimularlo y sin duda Quiroga no fue ajeno a ese efecto que pretende –y lo logra magistralmente– despistar al lector desprevenido. Ese segundo uso del horror –más sutil, más alambicado, más cumplidamente artístico– es el que separa definitivamente a Quiroga de su ilustre predecesor norteamericano. Los cuentos que lo ejemplifican son los que conceden a Quiroga su honda vigencia literaria. Este relato del año 1907 (o sea, de los comienzos de Quiroga en la difícil disciplina del cuento breve), siendo como es un logro de primera magnitud, anticipa frutos más sazonados en que el horror confiere al relato su más entrañable significado.”*

José Enrique Etcheverry

*Dos cuentos de Horacio Quiroga*

*Revista Iberoamericana de Literatura*, N° 1

Montevideo, 1959, p. 38.

*Nuestro primer cigarro* recrea con gran frescura y vigor un momento de la niñez de Quiroga y de su vida familiar. Por ello, vale no sólo literariamente sino también como significativo documento biográfico y psicológico. En esta evocación de la infancia predomina el tono humorístico, pero se deja entrever –como lo ha señalado sagazmente Rodríguez Monegal– la ansiedad del niño huérfano de padre y que ha sufrido otra pérdida afectiva: la de la madre, cuyo segundo matrimonio él debió de haberlo vivido como un abandono.

Cierra el volumen *La meningitis y su sombra*, un singular y romántico idilio entre el protagonista narrador y una joven de la aristocracia porteña que, en el delirio de la enfermedad, le declara su amor. Por su extensión y estructura –al igual que la pieza que abre el libro– es un relato más que un cuento. En algunas de estas narraciones urbanas perduran rasgos modernistas o decadentes.

Los cuentos de monte constituyen, sin duda, la revelación del volumen. Allí está ya de cuerpo entero el narrador auténtico y original.

El grupo se inicia con *A la deriva*, su primer cuento misionero –apareció en la revista *Fray Mocho* en 1912– y uno de los más acabados que escribió. El tema es la desigual lucha del hombre contra la Naturaleza. Está realizado con notable economía y precisión. Por su concentración e intensidad constituye un verdadero modelo de estructura cuentística. Saúl Yurkievich, que lo estudió detenidamente, afirma:

*“La acción narrativa está maravillosamente urdida; este cuento es acción pura, acción en dos planos: uno exterior, objetivo (escenas primera, segunda, tercera y cuarta), y otro interior, subjetivo (escena quinta). No hay comentario de ninguna especie, sólo representación de los acontecimientos, representación plástica, sensorial.”*

Saúl Yurkievich

*Quiroga: su técnica narrativa*

*Nordeste* N° 1

1960, p. 216.

Y agrega que esa pieza es excepcional entre las de Quiroga, no sólo por su perfección en cuanto a la técnica narrativa sino por el valor de su prosa. \*

\* \_ Ibídem, p. 218

*La insolación* es otro de sus mejores cuentos, otra prueba de sus admirables condiciones de narrador. Escrito antes que *A la deriva* (se publicó en *Caras y Caretas* en 1908), fue el primero de sus cuentos chaqueños (ciclo breve pero significativo, pues señala la madurez del escritor). El argumento desarrolla un motivo popular: la creencia según la cual los perros tienen la facultad de intuir que alguien se acerca a su hora final. El tema, es decir, el sentido o significado que adquiere el argumento, es la inexorabilidad de la muerte. Tema trágico y universal, desenvuelto con sin igual vigor dramático e impar verosimilitud. El punto de vista de los perros –que alterna con el omnisciente y con el objetivo– produce una impresión de realismo mágico más que de fantasía. En efecto, la experiencia que allí se describe trasciende nuestras posibilidades de conocimiento: no podríamos negar, fundadamente, que los perros tengan las dotes visionarias que se les atribuye. Más que frente a una ruptura de la realidad estamos de nuevo ante una profundización en sus capas más hondas y oscuras. El escritor ha penetrado hasta allí en una especie de raptó intuitivo, una de esas singulares iluminaciones que parecen estar más allá de la razón y que surgen a veces, de improviso, como un genuino don del arte. Este cuento, escrito cuando Quiroga no había cumplido aún treinta años, revela que en esa época el narrador era ya dueño de todos sus recursos.

También son animales y hombres los personajes de *El alambre de púa*. El protagonista es el poderoso toro Barigüí –encarnación de la fuerza bruta–, que invade la chacra vecina y al final recibe un sangriento castigo. Rodríguez Monegal señala que, a diferencia de la pieza anterior, aquí el autor explica mucho y con ello disminuye en parte el efecto del cuento \*. En nuestra opinión, lo que más lo perjudica es que demora mucho en entrar en materia: dilata demasiado el comienzo.

\* \_ Emir Rodríguez Monegal, obra citada, p. 218.

*Los mensú*, relato de gran vigor y realismo, muestra la explotación de los trabajadores en los obrajes del Alto Paraná. Con un enfoque rigurosamente objetivo, revela cómo la conducta de los mensú, su actitud ante la vida, los convierte en cómplices de su propia expoliación, o, dicho de otro modo, en víctimas casi voluntarias. El lector, por sí mismo, ha de comprender que esos hombres están encerrados en un círculo vicioso del cual no pueden escapar.

*Yaguaí* tiene como protagonista a un foxterrier que cambia de dueño para ser adiestrado como perro de monte. Aquí el animal está visto desde fuera,

con una mirada que registra minuciosa y sabiamente todos los detalles de la vida en la selva. Este predominio de lo descriptivo lo acerca más al relato que al cuento.

En *Los pescadores de vigas* se retrata a un personaje misionero, el indio Candiú, pescador de troncos que arrastra el Paraná durante las crecientes. Candiú arriesga su vida en esa tarea para cambiar la madera por un viejo fonógrafo, trueque que le ha propuesto mister Hall, el contador del obraje. El indígena se juega la vida por una chuchería, como los protagonistas de *Los mensú* empeñan la suya por una noche de orgía.

*La miel silvestre* es un cuento de horror ubicado en la selva misionera. La primera lectura de esta pieza resulta, en verdad, estremecedora: el lector siente en su propia piel la marea de hormigas carnívoras –*la corrección*, que devora cuanto ser viviente encuentra a su paso– que ascienden sobre las piernas del protagonista, inmovilizado por el efecto paralizante del panal silvestre que acaba de comer.

*Cuentos de amor, de locura y de muerte* consagró a Horacio Quiroga como uno de los principales cuentistas de lengua española. En este libro se encuentran varias de sus mejores historias de monte, que constituyen lo más valioso y original de su obra. Con ellas se aparta claramente del modernismo y decadentismo iniciales y avanza en la vía del criollismo. Ahora sí podemos ver a Quiroga, como hombre y como escritor, bien instalado en la realidad. Y, además, enriquecido tanto por la literatura como por la vida. Es el libro que lo convierte, asimismo, en el precursor de una vigorosa corriente de la literatura hispanoamericana: la “*literatura de la tierra*”.

#### 2.4.4. El salvaje

En 1919 apareció *El salvaje*, otra colección de cuentos que se habían publicado en revistas, principalmente *Caras y Caretas* y *Fray Mocho*, entre 1906 y 1918<sup>\*</sup>. Es el segundo volumen importante del autor, si hacemos abstracción de los *Cuentos de la selva*, para niños, de 1918. Como en el caso del libro anterior, podemos clasificar los cuentos de *El salvaje* en dos grupos: los que tienen por escenario la Naturaleza y en los cuales el ambiente es un elemento importante, y los que se desarrollan en la ciudad. De nuevo, los primeros son los más valiosos. El escritor, ahora con clara conciencia de ello, los ha ubicado en primer término, con excepción de uno solo, *Los cementerios belgas*, intercalado entre los de monte.

\* \_ Para conocer el nombre de todas las revistas y la fecha precisa en que los cuentos se publicaron por primera vez, así como los títulos originarios –en algunos casos, distintos de los definitivos–, puede consultarse Walter Rela: *Horacio Quiroga. Repertorio bibliográfico anotado*, Buenos Aires, 1972.

El relato inicial, que da su nombre al volumen, consta de dos partes que, aunque tienen alguna relación, pueden leerse como piezas independientes. La primera, *El sueño*, es la historia enmarcada de un hombre que se halla convencido de haber vivido durante tres meses en la edad terciaria, es decir, miles de años atrás. Cuenta, así, que convivió con un dinosaurio y luego tuvo que luchar contra él para no ser devorado. Todo había sido un sueño, pero el personaje-narrador que escucha la historia piensa, al final, que aquel hombre tuvo *realmente* esa experiencia en un pasado remoto. Se insinúa, así, la idea de la reencarnación o bien la de un recuerdo ancestral de la especie. La segunda parte, *La realidad*, reconstruye la vida del hombre primitivo –el hombre de la era terciaria– en el momento en que deja el árbol y se apodera de la caverna, conquistando de este modo su casa y la tranquilidad de su sueño.

*Una bofetada*, *La reina italiana*, y *La voluntad* transcurren en Misiones. El primero, uno de los mejores cuentos de Quiroga, es la historia de una venganza. El conflicto se plantea entre el dueño de un obraje y un peón indígena o mensú: aquél lo abofetea públicamente y sin que éste pueda defenderse. El punto de mayor intensidad se alcanza casi al final, cuando el mensú humillado se enfrenta por fin con su antiguo patrón, a quien venía buscando desde hacía tres años. Se describe entonces con excepcional vigor la lucha y el terrible castigo. La marcha a través de la selva y en dirección al Paraná, el patrón adelante cayéndose y levantándose ensangrentado y estremecido de rabia, y el mensú detrás obligándolo a caminar a implacables latigazos, configura una de las escenas más vibrantes y poderosas de la literatura hispanoamericana. La antítesis social y aun nacional de los protagonistas –por encima, naturalmente, de cualquier fácil chauvinismo– confiere a esta pieza magistral una significación particular, más allá de un simple conflicto individual. *La reina italiana* desenvuelve un tema casi constante en los cuentos rurales de Quiroga: la lucha del hombre contra la Naturaleza. Esta es representada aquí por las abejas salvajes. Tras un comienzo algo moroso, toda la fuerza del relato se concentra en la tercera y última parte, en el ataque del enjambre enfurecido, donde se llega al clímax y se logra, a fuer de realista, un efecto de pesadilla. *La voluntad* es el retrato de un desterrado ruso, un ex oficial del zar: pobre y enfermo, se ha trasladado a la selva para demostrar que un hombre puede vivir libre en cualquier parte.

*Los cazadores de ratas* y *Los inmigrantes* tienen por escenario el campo chaqueño: otra vez la lucha entre el hombre y el medio se plasma en dos verdaderas obras maestras de la narrativa breve. En la primera los personajes son una familia extranjera y un casal de víboras, pero la realidad está vista a través de éstas. En la última el cruel y trágico combate se reviste de un simbolismo cargado de honda significación humana y social.

El segundo grupo, el de los cuentos urbanos, nos presenta en primer lugar *Los cementerios belgas*, estampa antibélica que muestra la huida y los

sufrimientos de la población civil durante la primera guerra mundial, en Bélgica.

*Cuadrivio laico* está integrado por *Navidad*, reelaboración del tema bíblico de Salomé de Bethlehem; *Reyes*, poema en prosa más bien que cuento; *La pasión*, que se acerca de nuevo al poema en prosa con el tema bíblico del perdón divino; y *Corpus*, que satiriza el fanatismo y la intolerancia religiosa al evocar, a manera de crónica, el caso de un grabador condenado a la hoguera por una coma mal colocada, que según la Inquisición lo convertía en culpable de herejía.

*Tres cartas... y un pie* introduce dos rasgos nuevos: el humor y la estructura epistolar. *Cuento para novios* presenta una escena hogareña, entre humorística y patética, de convincente realismo. *Estefanía* es el drama de un viudo que deposita en la única hija toda su ternura y convierte ese cariño en la razón de su vida.

Tres narradores desarrollan el hilo del relato en *La llama*. El último de ellos, según se revela al final, es Wagner, quien cuenta el episodio central: el extraño efecto cataléptico que produce su partitura *Tristan e Isolda* en una niña sensitiva que lo admiraba<sup>\*</sup>. Otro personaje histórico que aparece en esta narración es Baudelaire, quien introduce a Wagner en casa de Berenice, la protagonista.

<sup>\*</sup> \_ El motivo wagneriano atraía al escritor. En *La muerte de Isolda*, recogido en *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, ya lo había tocado.

La heroína de *Fanny* es otra niña emocionalmente precoz. Para “curarla” de sus enamoramientos la incomprensiva madre urde una farsa cruel. *Lucila Strinberg* desenvuelve un tema galante, muy a lo Maupassant, con un leve tinte de humor. Cierra el conjunto otro tema amoroso: *Un idilio*, no muy significativo.

Como hemos podido ver, *El salvaje* reúne cuentos de “diversos colores”, según el criterio con que gustaba recogerlos su autor. También aquí las piezas más valiosas son las de monte, es decir, las que tienen por escenario el Chaco y Misiones. Las otras revelan todavía resabios del período modernista inicial.

#### 2.4.5. Anaconda

*Anaconda* se publicó en 1921. Recoge diecinueve cuentos y relatos de diversa índole, como las dos recopilaciones anteriores. El que abre el conjunto y le da su nombre recuerda a las historias para niños de los *Cuentos de la selva*, aunque es más elaborado y ambicioso. Refiere la lucha de las serpientes contra los hombres que han instalado un laboratorio de seroterapia ofídica. Aquéllas son derrotadas. Sólo sobrevive Anaconda, la

magnífica boa, representante de las culebras cazadoras que se valen de su fuerza y agilidad, no de colmillos venenosos. El relato admite una interpretación simbólica: las diferencias y rivalidades entre las víboras, que las distraen y debilitan frente al enemigo común, reproducen el Mundo de los hombres. Algunas palabras con mayúscula inicial parecen aludir intencionadamente a ciertos enfáticos valores de la sociedad humana, a menudo más declamados que respetados: Casa, Hombre, Familia, Congreso

\*

\* \_ Para Paul G. Teodorescu este relato y *El regreso de Anaconda* –incluido en *Los desterrados*– son los dos “*máximos apólogos sociopolíticos*” de Horacio Quiroga, quien “*ha integrado en la temática de sus cuentos la lucha revolucionaria de tipo anarquista. Queda claro, entonces, que el primer cuento de Anaconda, publicado sólo dos años después de Una bofetada, representaba su primer esfuerzo –y éxito a la vez– de delinear en contornos fabulescos el movimiento anarquista, poniendo de relieve la futilidad de la acción violenta e incoherente de masas, del nihilismo que cundía entre los dirigentes anarquistas.*” (*El camino de la ideología sociopolítica de Horacio Quiroga*, en *Ideologies and literature* N° 12, 1980, pp. 47 y 48).

Entre los que siguen distinguimos los cuentos de monte. Señalemos, en primer lugar, los que se desarrollan en el Chaco: *El mármol inútil*, *El Monte Negro*, y *La crema de chocolate*. En el primero Quiroga, desdoblado en Gómez Alcain, un escultor, recuerda risueñamente dos episodios ilustrativos de la ineptitud comercial que lo hizo fracasar como colono en esa región, en 1904 y 1905. En uno de ellos evoca sus pintorescas y complicadas relaciones con los peones indios, cuya especial psicología no parece haber comprendido entonces muy bien. En el otro la bondadosa mujer de Gómez Alcain –personaje imaginario, pues en esa época Quiroga era soltero– convierte el comedor para cosecheros que habían instalado en la chacra en una fonda gratuita a la que acuden todos los hambrientos de la zona. Estas dos anécdotas se organizan hábilmente y configuran una pieza tan significativa por su valor documental como por la fluidez y vivacidad con que se desarrolla. Revela, asimismo, la inteligencia con que el escritor supo asimilar las lecciones de sus grandes maestros \*. *El Monte Negro* muestra la capacidad del hombre para sobreponerse al infortunio cuando lo impulsa la conciencia del deber o una firme resolución. Un tema que el autor trató en varias ocasiones –*En la noche*, *La voluntad*, *El techo de incienso*– para exaltar las increíbles reservas de energía y entereza que se esconden en seres de apariencia vulgar o insignificante. A pesar de su brevedad, alcanza vigor épico. Es un trabajo totalmente despojado de recursos o efectos; una de esas historias escritas, según expresión del cuentista, “*a puño limpio*”, es decir, sólo a fuerza de verdad y de experiencia. *La crema de chocolate* evoca otro episodio risueño. El escritor se encubre ahora con el nombre de Fernández, el protagonista y narrador. La anécdota puede parecer simple, pero ella y los personajes, con su habla peculiar, resultan vivos y frescos. La gracia de las situaciones, el buen humor del relator y el visible placer de narrar son claro testimonio de la nostalgia con que Quiroga recordaba su estadía en la solitaria región del Saladito, 35 kilómetros al sudoeste de

Resistencia, donde se había establecido para cultivar algodón.

\* \_ Uno de éstos fue Maupassant. En la estructura de este cuento creemos ver huellas de uno del gran cuentista francés, *Lo horrible –L'horrible*, de *Contes du jour et de la nuit*, París, 1885–, muy distinto, sin embargo, por su asunto.

Narraciones de monte, pero no chaqueño sino misionero, son las que pasamos a mencionar ahora. *Los fabricantes de carbón* describe, con fidelidad autobiográfica y pormenores quizás excesivos, tareas y vicisitudes cotidianas del escritor en San Ignacio. Los otros personajes encubiertos son su hijita Eglé y el pintor uruguayo Carlos Giambiagi, quien también vivió varios años en ese lugar. *En la noche*, otro de los cuentos más acabados del volumen y el más interesante desde el punto de vista técnico por el eficaz cambio en el ángulo de la narración, exalta la lealtad y el heroísmo de una mujer. *Los cascarudos* tiene una anécdota leve y risueña: los peones se hurlan del naturalista extranjero, de cómico aspecto, cuyo interés por los insectos no comprenden, pero terminan contagiados de su fervor entomológico. *El yaciyateré* y *El Divino* son dos de los escasos motivos tomados por Quiroga del rico folklore regional. En el primero hay una mayor elaboración literaria del asunto, aunque se lo presente como testimonio de un hecho verídico, según lo anticipa el párrafo inicial:

*“Cuando se ha visto a un chiquilín reírse a las dos de la mañana como un loco, con una fiebre de cuarenta y dos grados, mientras afuera ronda un yaciyateré, se adquieren de golpe sobre las supersticiones ideas que van hasta el fondo de los nervios.”*

*El Divino*, más sencillo, describe una singular procesión ritual en medio de la selva e introduce un ingrediente humorístico. Aquí la superstición no impresiona ni conmueve: hace sonreír.

*El simún* tiene por escenario Misiones y el desierto africano, y *Gloria tropical* se desenvuelve en la isla Fernando Poo, frente a la costa occidental de África: en ambos se muestra la fuerza destructora de la Naturaleza.

El paisaje no tiene mayor importancia en los textos restantes. De ellos el más logrado nos parece *Polea loca*, satírico retrato de un singular personaje: un funcionario que durante los dos años que permaneció en su cargo no sólo no contestó ninguna de las cartas recibidas: ni siquiera las abrió. Más allá de la sátira –suave y risueña, por otra parte–, Quiroga no disimula su admiración por un hombre semejante \* .

\* \_ Él mismo era otra “*polea loca*”, otra pieza que no armonizaba en el funcionamiento del aparato administrativo. Así nos lo revela, entre otros testimonios, su cuento *El techo de incienso*, de *Los desterrados*, en el que muestra con cómica franqueza la despreocupación con que cumplía sus funciones de juez de paz en San Ignacio.

Los trabajos que siguen son los menos felices del libro. *Las rayas*, *La lengua*, *El vampiro*, y *La mancha hiptálmica* son historias que pueden

calificarse de “*extrañas*”: la primera es la más sorprendente –en verdad, avanza hacia lo fantástico– y la segunda la más impresionante, con visible resonancia poeniana.

*El canto del cisne* es una fantasía con reminiscencias del mito griego de Leda y con residuos de la etapa modernista. *Dieta de amor* incursiona de nuevo en lo humorístico, aunque con menos frescura y naturalidad que en *Los cascarudos*. El libro se cierra con el relato largo *Miss Dorothy Phillips, mi esposa*, una de las varias pruebas del interés que el cine despertaba en Quiroga.

Tal el contenido de *Anaconda*, como apareció en su primera edición. En la segunda el autor suprimió nueve trabajos –casi la mitad–, los que le parecieron flojos. Visto globalmente, el conjunto quedó más apretado y parejo; pero en la poda se le fue la mano y cortó algún gajo florido. Así, no nos parece acertada la supresión de *El mármol inútil*, mucho más interesante, en nuestra opinión, que *Miss Dorothy Phillips, mi esposa* o *Dieta de amor*, incluidos. Es que los cuentos y relatos más valiosos de Quiroga son los de monte. Y en esto coinciden todos los críticos. Sea como fuere, desde la reedición publicada por Sur en 1960, el libro vuelve a mostrarse completo, tal como había visto la luz en 1921. Está bien así. Que sea el lector quien tenga la palabra y haga su propia selección.

#### 2.4.6. El desierto

En 1924 se publicó *El desierto*. Son once cuentos agrupados en tres partes. La primera es lo mejor del volumen: dos relatos misioneros. El que da su nombre al conjunto es considerado una de las piezas maestras del autor. El protagonista, Subercasaux, viudo, vive con sus dos hijos pequeños en la selva. Un día es mordido por una raya, se le engangrena la herida y muere. Los chicos quedan solos, abandonados, sin comprender lo ocurrido. Las distintas partes que se advierten en la historia, el ritmo lento con que se desarrolla y la poderosa presencia del ambiente certifican el carácter de relato que adjudicamos a esta narración<sup>\*</sup>. En la primera parte se presenta el escenario y los personajes. En la segunda se describe la relación entre padre e hijos y su manera de vivir, desde la muerte de la madre. En la tercera la herida que Subercasaux tenía en un pie, y que al comienzo parecía carente de importancia, se le infecta. En la cuarta, dividida, a su vez, en cinco secciones o escenas, se muestra su agonía y muerte.

\* \_ Los críticos de lengua española, en su mayoría, no distinguen el cuento del relato. Por nuestra parte, aceptamos la diferencia que hacen los franceses entre *conte* y *nouvelle*. El cuento es más breve, concentrado y redondo que el relato; está más sometido al hecho y su efecto principal se desata en el desenlace. El relato, en cambio, se demora en la descripción de ambientes y personajes. En el cuento los personajes están al servicio de la acción; en el relato, la acción –o, mejor, las acciones, pues hay más episodios y peripecias– al servicio de los personajes.

*Un peón*, otro relato, retrata a un pintoresco y original mensú. Pleno de experiencia y conocimiento del medio, es notable la verosimilitud con que se presenta la vida y el trabajo en la selva misionera. El desenlace introduce lo inesperado y sorprendente en ese cuadro de vigorosa cotidianidad.

Los cuatro cuentos del segundo grupo son historias de amor. *Una conquista*, de irónico título, exhibe un humor algo convencional en la relación entre el escritor de fama y su astuta e interesada admiradora. *Silvina y Montt*, en cambio, tiende a lo dramático en el desgraciado desencuentro de dos enamorados. *El espectro* y *El síncope blanco* son fantásticos. El primero es producto de las aficiones cinematográficas de Quiroga; el segundo, el más logrado de este grupo, explora con singular intensidad dramática los umbrales del más allá.

El tercer grupo consta de cinco apólogos. *Los tres besos* y *El potro salvaje* parecen consejos dirigidos a los artistas jóvenes; *El león* previene contra el conformismo; *La patria* expresa ideales de fraternidad universal, contra todo estrecho nacionalismo; y *Juan Darién* exalta el poder transformador de los sentimientos: el amor humaniza y el odio embrutece.

#### 2.4.7. Más allá

En 1926 aparece *Los desterrados*, del cual nos ocupamos en el apartado siguiente. El último libro de Quiroga es *Más allá*, que se publica en 1935. Contiene once cuentos. La crítica lo ha tratado desfavorablemente y ha señalado que con él Quiroga, en sus postrimerías, retrocede a la etapa inicial, a los viejos dioses del novecientos. En forma general, la apreciación es justa. Pero hay dos piezas que se cuentan entre las mejores del autor y que justifican el libro. Son, otra vez, dos cuentos de monte; *El hijo* y *Las moscas*. Además, otras dos piezas, *El llamado* y la que da nombre al conjunto, pueden considerarse, si no excelentes, por lo menos discretamente logradas.

*El hijo* es, sin duda, uno de los cuentos más intensos y desgarradores de Quiroga. La tensión dramática va creciendo gradualmente, hasta llegar al cruel y habilísimo sacudimiento final. Puede ser incluido entre las más memorables narraciones del autor y aun del cuento en general, sin limitaciones geográficas.

También *Las moscas* nos parece magistral, aunque su excelencia no ha sido valorada adecuadamente por la crítica. Como en el anterior, pero de un modo más marcado, el autor maneja los cambios en el punto de vista con excepcional originalidad y eficacia. Estos cambios se desarrollan así: primera persona, tercera, primera de nuevo, y finalmente la visión desde una mosca entre las muchas que acompañan la agonía y anticipan la muerte del protagonista. Quiroga retoma y profundiza con toques y desenlace magicorrealistas el tema de *El hombre muerto*, de *Los desterrados*.

***Más allá*** es una historia fantástica: dos enamorados que no pueden unirse por la oposición familiar se suicidan. Sus almas se reencuentran y siguen enamoradas. Pero también ahora sus deseos se ven frustrados, pues para satisfacerlos necesitan encarnarse en un cuerpo. Deciden volver a los suyos, al más allá donde yacen, confiando en que su amor también podrá sobrevivir en ellos: es decir, que su amor vencería a la muerte.

***El llamado*** refiere un caso patológico: una joven viuda cree oír la voz de su marido que le anuncia la muerte de su hija pequeña, lo cual ocurre finalmente pese a todas las precauciones.

***El vampiro*** es un relato fantástico y folletinesco: un fantasma sale de una pantalla cinematográfica. ***El puritano*** también especula con fantasmas cinematográficos. ***Su ausencia*** elabora una historia sentimental en la que gravita la amnesia del protagonista. ***El conductor del rápido*** exhibe otro caso patológico: un maquinista que lucha contra la locura mientras conduce a toda velocidad un tren con más de cien pasajeros. ***El ocaso*** es una historia de amor entre un hombre en el umbral de la vejez y una muchacha de diecinueve años. ***La bella y la bestia*** disuena en el conjunto por su intención humorística –todos los otros cuentos son dramáticos–, aunque no logre del todo su propósito.

### 3. Los desterrados

Los ***desterrados*** se publicó en 1926. La crítica lo considera el libro más logrado y orgánico de Quiroga, la culminación de su trayectoria narrativa. Recoge ocho ficciones que aparecieron en diarios o revistas entre 1919 y 1925. Es su única colección –con excepción de los ***Cuentos de la selva***, para niños– en que no cabe la clasificación que hemos hecho hasta ahora en dos grupos: las historias de monte y las historias urbanas. Todas las narraciones de este libro se desarrollan en Misiones. El índice nos muestra dos partes:

I) El ambiente, con un relato extenso, ***El regreso de Anaconda***.

II) Los tipos, con siete de menor extensión: ***Los desterrados***, ***Van-Houten***, ***Tacuara-Mansión***, ***El hombre muerto***, ***El techo de incienso***, ***La cámara oscura***, y ***Los destiladores de naranja***.

Estas dos partes revelan una concepción del relato bien distinta, como veremos, aunque las une un elemento importante: el paisaje.

#### 3.1. Temas y personajes

**Anaconda**, pieza de la cual ya nos hemos ocupado, concluía con esta promesa del autor:

*Anaconda no murió. Vivió un año con los hombres, curioseando y observándolo todo, hasta que una noche se fue. Pero la historia de este viaje remontando por largos meses el Paraná hasta más allá del Guayra, más allá todavía del golfo letal donde el Paraná toma el nombre de río Muerto; la vida extraña que llevó Anaconda y el segundo viaje que emprendió por fin con sus hermanos sobre las aguas sucias de una gran inundación, toda esta historia de rebelión y asalto de camalotes, pertenece a otro relato.*

Pues bien, *El regreso de Anaconda* es la continuación prometida. Se retoma el tema anterior: la lucha de la selva contra los hombres. Se trata, pues, de otra narración fantástica en que los animales hablan. Pero la descripción de la Naturaleza es realista y funciona, dentro de la estructura general del libro, a manera de presentación del medio en que se desenvuelven las historias de la segunda parte. La fuerza épica del relato surge, en gran proporción, del vigor descriptivo:

*Desde dos meses atrás no tronaba la lluvia sobre las polvorientas hojas. El rocío mismo, vida y consuelo de la flora abrasada, había desaparecido. Noche a noche, de un crepúsculo a otro, el país continuaba desecándose como si todo él fuera un horno. De lo que había sido cauce de umbríos arroyos sólo quedaban piedras lisas y quemantes; y los esteros densísimos de agua negra y camalotes, se hallaban convertidos en páramos de arcilla surcada de rastros durísimos que entrecubría una red de filamentos deshilachados como estopa, y que era cuanto quedaba de la gran flora acuática. A toda la vera del bosque, los cactus, enhiestos como candelabros, aparecían ahora doblados a tierra, con sus brazos caídos hacia la extrema sequedad del suelo, tan duro que resonaba al menor choque.*

*Los días, unos tras otros, se deslizaban ahumados por la bruma de las lejanas quemazones, bajo el fuego de un cielo blanco hasta ennegrecer, y a través del cual se movía un Sol amarillo y sin rayos, que al llegar la tarde comenzaba a caer envuelto en vapores como una enorme brasa asfixiada.*

Los relatos de la segunda parte son realistas. La intención de este realismo se advierte en el título de la sección y en el comienzo mismo del primero de sus relatos, el que da nombre al libro:

*Misiones, como toda región de frontera, es rica en tipos pintorescos. Suelen serlo extraordinariamente aquellos que, a semejanza de las bolas de billar, han nacido con efecto. Tocan normalmente banda, y emprenden los rumbos más inesperados. Así Juan Brown, que habiendo ido por sólo unas horas a mirar las ruinas, se quedó 25 años allá; el doctor Else, a quien la destilación de naranjas llevó a confundir a su hija con una rata; el químico Rivet, que se extinguió como una lámpara, demasiado repleto de alcohol carburado; y tantos otros que, gracias al efecto, reaccionaron del modo más imprevisto.*

Y en este párrafo de *Tacuara-Mansión*:

*Misiones, colocada a la vera de un bosque que comienza allí y termina en el Amazonas, guarece a una serie de tipos a quienes podría lógicamente imputarse cualquier cosa, menos el ser aburrido. La vida más desprovista de interés al norte de Posadas, encierra dos o tres pequeñas epopeyas de trabajo o de carácter, si no de sangre. Pues bien se comprende que no son tímidos gatitos de civilización los tipos que, del primer chapuzón o en el reflujó final de sus vidas, han ido a encallar allá.*

El penúltimo párrafo citado casi resume todo el resto del volumen. Más que contar historias, el autor se propuso pintar personajes. Los episodios, los hechos, sirven siempre a la presentación de caracteres. En el relato mencionado los más importantes son João Pedro y Tirafofo, dos ancianos brasileños que, tras largos años de vida aventurera y bravía, sienten la nostalgia de la patria y quieren regresar. Pero la marcha es penosa para sus escasas fuerzas. Mueren en el camino, poco antes de llegar, y ven o creen ver el suelo natal a la distancia, como había avistado Moisés la tierra prometida. En *Van-Houten* el personaje de ese nombre –un belga a quien a veces “*llamaban Lo-que-queda-de-Van-Houten, en razón de que le faltaban un ojo, una oreja, y tres dedos de la mano derecha*”– cuenta cómo sobrevivió a varios accidentes de trabajo. En *Tacuara-Mansión* Juan Brown y Monsieur Rivet pasan una noche de borrachera en el bar de San Ignacio: terminan la damajuana de caña y luego se beben, con terribles consecuencias, el alcohol carburado de la lámpara que alumbraba el negocio. La pieza siguiente, *El hombre muerto*, ocupa un lugar especial: es el centro de esta parte del libro y se distingue claramente del conjunto: está elaborada como pura ficción narrativa y ostenta una redonda estructura de cuento, mientras las otras son relatos que se acercan a la crónica. En *El techo de incienso* el protagonista es una máscara del propio Quiroga y nos revela interesantes aspectos de su vida en San Ignacio. El autor también revive terrores autobiográficos en *La cámara obscura*, cuando debe fotografiar al juez de paz que acaba de morir y luego, por la noche, resucitarlo con los dedos al revelar la placa en el cuarto oscuro. El protagonista de *Los destiladores de naranja* es otro borracho perdido, el doctor Else, que en un acceso de delirio alcohólico mata a su propia hija, en quien creía ver una enorme rata amenazante. En este relato y en *Tacuara-Mansión* aparece otro personaje, el manco Luisser, uno de los más simpáticos y positivos, cuya peculiaridad mayor es la satisfacción y el optimismo. Paradójicamente, está visto con toques de humor. No se cansa de repetir: “*¿Qué me falta para ser feliz? Nada*”. Y para subrayar su convicción agita el muñón de su brazo tronchado.

Tales son, escuetamente reseñados, los principales personajes del libro. En cuanto a los temas, vale decir, el sentido, las ideas básicas que subyacen en estas historias, se pueden resumir en uno solo: la lucha entre la Naturaleza y el hombre, la antítesis de civilización y barbarie. El caso del doctor Else es

significativo:

*Hacia 1900, el gobierno del Paraguay contrató a un buen número de sabios europeos, profesores de universidad, los menos, e industriales, los más. Para organizar sus hospitales, el Paraguay solicitó los servicios del doctor Else, joven y brillante biólogo sueco que en aquel país nuevo halló ancho campo para sus grandes fuerzas de acción. Dotó en cinco años a los hospitales y sus laboratorios de una organización que en veinte años no hubieran conseguido otros tantos profesionales. Luego, sus bríos se aduermen. El ilustre sabio paga al país tropical el pesado tributo que quema como en alcohol la actividad de tantos extranjeros, y el derrumbe no se detiene ya.*

*Durante quince o veinte años nada se sabe de él. Hasta que por fin se lo halla en Misiones, con sus bombachas de soldado y su boina terciada, exhibiendo como única finalidad de su vida el hacer comprobar a todo el Mundo la resistencia de su palo.*

### 3.2. Elementos organizadores

La crítica ha ponderado la unidad de este libro. No es una simple colección de cuentos, sino un “*contario*”: un conjunto de cuentos que se relacionan y se complementan. Esta unidad es tanto externa como interna. La primera está dada por el ámbito en que se desarrollan todas las historias: Misiones. En la segunda parte, *Los tipos*, la unidad espacial se restringe y circunscribe: San Ignacio en todas las piezas, y más aún: el bar frente a las ruinas, en varias de ellas. Un segundo rasgo de unidad: el tiempo de la acción. Los personajes son coetáneos, conviven en una misma época. Hay otro elemento común: casi todos los personajes son seres marginales, fracasados, abúlicos, maniáticos, ex hombres. La unidad interna surge de la composición. Por ejemplo: predomina el punto de vista del narrador testigo, que refiere lo que ha visto u oído con fidelidad de crónica más que de ficción literaria. Y otro rasgo más que refuerza esta unidad interna: personajes de una historia reaparecen en otras con papeles de mayor o menor jerarquía; es decir, una historia se remite a otra, y viceversa, lo que otorga fuerte trabazón a los elementos de ese mundo. Hasta en *El regreso de Anaconda* –la única pieza fantástica del volumen– hay alusiones a la aventura anterior de la protagonista, que se había narrado en *Anaconda*. El único trabajo autónomo y distinto de los demás tanto en su estructura como en el punto de vista narrativo es *El hombre muerto*, al cual ya nos hemos referido.

### 3.3. Estilo

Horacio Quiroga no es un estilista: no le preocupaba la elegancia ni el refinamiento formal. De allí ciertos descuidos idiomáticos que hemos

señalado en algunas notas. Le preocupaba, en cambio, la eficacia expresiva, la frase vigorosa, plástica y precisa. Véase, por ejemplo, la potencia gráfica de este párrafo de *Los desterrados*:

*Las chacotas que levanta la caña en las bailantes del Alto Paraná, no son cosa de broma. Un machete de monte, animado de un revés de muñeca de mensú, parte hasta el bulbo el cráneo de un jabalí; y una vez, tras un mostrador, hemos visto al mismo machete, y del mismo revés, quebrar como una caña el antebrazo de un hombre, después de haber cortado limpiamente en su vuelo el acero de una trampa de ratas, que pendía del techo.*

Y este rasgo en la presentación de Tirafigo, en el mismo relato:

*En el período de las plantaciones se le reconocía desde lejos por sus hábitos para carpir mandioca. Este trabajo, a pleno Sol de verano, y en hondonadas a veces donde no llega un soplo de aire, se lleva a cabo en las primeras horas de la mañana y en las últimas de la tarde. Desde las once a las dos, el paisaje se calcina solitario en un vaho de fuego.*

*Éstas eran las horas que elegía Tirafigo para carpir descalzo la mandioca. Se quitaba la camisa, se arremangaba el calzoncillo por encima de la rodilla, y sin más protección que la de su sombrero orlado entre paño y cinta de puchos de chala, se doblaba a carpir concienzudamente su mandioca, con la espalda deslumbrante de sudor y reflejos.*

Plasticidad, fuerza, exactitud son también las virtudes que tornan viva y convincente esta escena narrada por el protagonista de *Van-Houten*:

*El pozo, pues, era como un caño de escopeta; y yo estaba abajo en una punta mirando para arriba, cuando vi venir el pico por la otra.*

*¡Bah! Una vez el milanés pisó en falso y me mandó abajo una piedra de veinte kilos. Pero el pozo era playo todavía, y la vi venir a plomo. Al pico lo vi venir también, pero venía dando vueltas, rebotando de pared a pared, y era más fácil considerarse ya difunto con doce pulgadas de fierro dentro de la cabeza, que adivinar dónde iba a caer.*

*Al principio comencé a cuerpearlo, con la boca abierta fija en el pico. Después vi en seguida que era inútil, y me pegué entonces contra la pared, como un muerto, bien quieto y estirado como si ya estuviera muerto, mientras el pico venía como un loco dando tumbos, y las piedras caían como lluvia.*

Y estas dos escenas encadenadas del mismo relato, tan ricas de vivencias y conocimiento del medio:

*A tal hora de una noche lóbrega, el Alto Paraná, su bosque y su río son una sola mancha de tinta donde nada se ve. El remero se orienta por el pulso de la corriente en las palas; por la mayor densidad de las tinieblas al abordar*

*las costas; por el cambio de temperatura del ambiente; por los remolinos y remansos; por una serie, en fin, de indicios casi indefinibles.*

*Abordé en consecuencia a la playa de Itahú, y guiado hasta el rancho de Van-Houten por los faroles que se dirigían allá, lo vi a él mismo, tendido de espaldas sobre el catre con el ojo más abierto y vidrioso de lo que se debía esperar.*

*Estaba muerto. Su pantalón y camisa goteando todavía, y la hinchazón de su vientre, delataban bien a las claras la causa de su muerte.*

*Paolo hacía los honores del accidente, relatándolo a todos los vecinos, conforme iban entrando. No variaba las expresiones ni los ademanes del caso, vuelto siempre hacia el difunto, como si lo tomara de testigo.*

Riqueza de sensaciones y puntualidad visual revela este rápido toque descriptivo:

*La noche, muy fría y clara, debía estar ya velada de neblina en la cuenca de las vertientes. En efecto, apenas a la vista del valle del Yabebirí, pudieron ver a la bruma, acostada desde temprano a lo largo del río, ascender desflecada en jirones por la falda de la serranía. Más en lo hondo aún, el bosque tibio debía estar ya blanco de vapores.*

Juan Brown, uno de los protagonistas de *Tacuara-Mansión*, es presentado así, de modo tan sencillo como vigoroso:

*Brown era argentino y totalmente criollo, a despecho de una gran reserva británica. Había cursado en La Plata dos o tres brillantes años de ingeniería. Un día, sin que sepamos por qué, cortó sus estudios y derivó hasta Misiones. Creo haberle oído decir que llegó a Iviraromí por un par de horas, asunto de ver las ruinas. Mandó más tarde buscar sus valijas a Posadas para quedarse dos días más, y allí lo encontré yo quince años después, sin que en todo ese tiempo hubiera abandonado una sola hora el lugar. No le interesaba mayormente el país; se quedaba allí, simplemente, por no valer sin duda la pena hacer otra cosa.*

*Era un hombre joven todavía, grueso, y más que grueso muy alto, pues pesaba 100 kilos. Cuando galopaba –por excepción– era fama que se veía al caballo doblarse por el espinazo, y a don Juan sostenerlo con los pies en tierra.*

#### 4. Valoración final

Con Horacio Quiroga el cuento hispanoamericano llega a su madurez. No pocas de sus narraciones breves pueden incluirse entre las mejores que se han escrito en español. Podríamos citar, entre ellas: *A la deriva*, *La insolación*, *Los inmigrantes*, *El hombre muerto*, *Una bofetada*, *En la noche*, *Los mensú*, *El hijo*, *Las moscas*, *El desierto*, *Un peón*. Estas historias de monte lo convirtieron en el iniciador de esa vigorosa corriente llamada “*literatura de la tierra*”, en la que se inscribieron luego narradores como José Eustasio Rivera y Rómulo Gallegos, entre otros. También se lo puede considerar un precursor de modernos procedimientos narrativos como los cambios en el punto de vista, el monólogo interior directo para mostrar el fluir de la conciencia, e incluso el realismo mágico. Otros recursos modernos que anticipa son la objetividad y el discurso narrativo en primera persona, en boca de un personaje-narrador caracterizado por rasgos singulares, como ocurre en *Los precursores*, un cuento que nunca recogió en volumen. Estos procedimientos serían luego utilizados sistemáticamente por los cultores de lo que se ha dado en llamar el “nuevo cuento” hispanoamericano. En suma, Quiroga ajustó el género y abrió el camino para que quienes lo sucedieron –Borges, Cortázar, Rulfo– pudieran llevarlo a la insuperable maestría que alcanzó poco después. Por todo ello, su aporte sigue vivo y actual.

## **Nuestra edición**

**Para preparar esta edición nos basamos en la primera, de 1926, y en la segunda, del año siguiente. Consultamos, asimismo, la primera publicación de los relatos en diarios y revistas de la época. Esto nos permitió corregir erratas tipográficas que aparecían como regionalismos indescifrables y que se habían venido perpetuando desde la primera hasta las más recientes ediciones del libro. Por ello, podemos afirmar, sin petulancia pero con legítima satisfacción, que la nuestra es la edición de *Los desterrados* más cuidada que se ha publicado hasta la fecha.**

## Noticia sobre el anotador

Fernando Rosemberg es profesor de letras, egresado de la Universidad Nacional de Tucumán. Enseñó literatura argentina e hispanoamericana en la Universidad Libre de Berlín, República Federal Alemana. Desde 1969 hasta 1986 se desempeñó en la cátedra de Literatura Hispanoamericana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Publicó estudios sobre la poesía argentina de la Revolución, Alberto Blest Gana, Horacio Quiroga, José Eustasio Rivera, Pedro Henríquez Ureña, Haroldo Conti, Bernardo Cordón, y Enrique Anderson Imbert, entre muchos otros. Ha preparado ediciones anotadas de *Anaconda*, de Horacio Quiroga, y *La vorágine*, de José Eustasio Rivera. Asimismo, es autor de tres libros de cuentos: *Los carpídeos* (Premio Regional de la Comisión General de Cultura del Ministerio de Educación, 1959-1960), *Ministerio* (1967, con apoyo del Fondo Nacional de las Artes) y *Los empleados* (Premio Mención Especial de la Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación, 1979-1982, y Premio de la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires, 1981-1983).

edición digital de urijenny ([odoniano@yahoo.com.ar](mailto:odoniano@yahoo.com.ar))

## Anaconda

Horacio Quiroga

### Primera parte: Anaconda \*

\* \_ Especie de boa de color verde oscuro con puntos negros, acuática, terrícola, y arborícola, de la que se han visto ejemplares de más de diez metros. Se la encuentra en regiones tropicales de América Central y del Sur; vive en las cercanías de los ríos.

1

Eran las diez de la noche y hacía un calor sofocante. El tiempo cargado

pesaba sobre la selva, sin un soplo de viento. El cielo de carbón se entreabría de vez en cuando en sordos relámpagos de un extremo a otro del horizonte; pero el chubasco silbante del sur estaba aún lejos.

Por un sendero de vacas en pleno espartillo blanco, avanzaba Lanceolada <sup>\* \*\*</sup>, con la lentitud genérica de las víboras. Era una hermosísima yará de un metro cincuenta, con los negros ángulos de su flanco bien cortados en sierra, escama por escama. Avanzaba tanteando la seguridad del terreno con la lengua, que en los ofidios reemplaza perfectamente a los dedos.

\* \_ *Lachesis lanceolatus*; es la yará que más abunda en Misiones.

\*\* \_ Este y otros cuentos de Horacio Quiroga que se desarrollan en torno a animales podrían ser alegorías de la sociedad humana. De acuerdo a esto el uso de mayúsculas para enfatizar algunos sustantivos podría interpretarse como una alusión satírica a ciertos valores o preocupaciones de los hombres. ¿?

Iba de caza. Al llegar a un cruce de senderos se detuvo, se arrolló prolijamente sobre sí misma, se removió aún un momento acomodándose y después de bajar la cabeza al nivel de sus anillos, asentó la mandíbula inferior y esperó inmóvil.

Minuto tras minuto esperó cinco horas. Al cabo de este tiempo continuaba en igual inmovilidad. ¡Mala noche! Comenzaba a romper el día e iba a retirarse, cuando cambió de idea. Sobre el cielo lívido del este se recortaba una inmensa sombra.

–Quisiera pasar cerca de la Casa –se dijo la yará–. Hace días que siento ruido, y es menester estar alerta...

Y marchó prudentemente hacia la sombra.

La casa a que hacía referencia Lanceolada era un viejo edificio de tablas rodeado de corredores y todo blanqueado. En torno se levantaban dos o tres galpones. Desde tiempo inmemorial el edificio había estado deshabitado. Ahora se sentían ruidos insólitos, golpes de fierros, relinchos de caballo, conjunto de cosas en que trascendía a la legua la presencia del Hombre. Mal asunto...

Pero era preciso asegurarse, y Lanceolada lo hizo mucho más pronto de lo que hubiera querido.

Un inequívoco ruido de puerta abierta llegó a sus oídos. La víbora irguió la cabeza, y mientras notaba que una rubia claridad en el horizonte anunciaba la aurora, vio una angosta sombra, alta y robusta, que avanzaba hacia ella. Oyó también el ruido de las pisadas –el golpe seguro, pleno, enormemente distanciado que denunciaba también a la legua al enemigo.

–¡El Hombre! –murmuró Lanceolada. Y rápida como el rayo se arrolló en guardia.

La sombra estuvo sobre ella. Un enorme pie cayó a su lado, y la yarará, con toda la violencia de un ataque al que jugaba la vida, lanzó la cabeza contra aquello y la recogió a la posición anterior.

El Hombre se detuvo: había creído sentir un golpe en las botas. Miró el yuyo a su alrededor sin mover los pies de su lugar; pero nada vio en la obscuridad apenas rota por el vago día naciente, y siguió adelante.

Pero Lanceolada vio que la Casa comenzaba a vivir, esta vez real y efectivamente con la vida del Hombre. La yarará emprendió la retirada a su cubil llevando consigo la seguridad de que aquel acto nocturno no era sino el prólogo, del gran drama a desarrollarse en breve.

## 2

Al día siguiente, la primera preocupación de Lanceolada fue el peligro que con la llegada del Hombre se cernía sobre la Familia entera. Hombre y Devastación son sinónimos desde tiempo inmemorial en el Pueblo entero de los Animales. Para las víboras en particular, el desastre se personificaba en dos horrores: el machete escudriñando, revolviendo el vientre mismo de la selva, y el fuego aniquilando el bosque en seguida, y con él los recónditos cubiles.

Se tornaba, pues, urgente prevenir aquello. Lanceolada esperó la nueva noche para ponerse en campaña. Sin gran trabajo halló a dos compañeras, que lanzaron la voz de alarma. Ella, por su parte, recorrió hasta las doce los lugares más indicados para un feliz encuentro, con suerte tal que a las dos de la mañana el Congreso se hallaba, si no en pleno, por lo menos con mayoría de especies para decidir qué se haría.

En la base de un murallón de piedra viva, de cinco metros de altura, y en pleno bosque, desde luego, existía una caverna disimulada por los helechos que obstruían casi la entrada. servía de guarida desde mucho tiempo atrás a Terrífica<sup>\*</sup>, una serpiente de cascabel, vieja entre las viejas, cuya cola contaba treinta y dos cascabeles. Su largo no pasaba de un metro cuarenta, pero en cambio su grueso alcanzaba al de una botella. Magnífico ejemplar, cruzada de rombos amarillos; vigorosa, tenaz, capaz de quedar siete horas en el mismo lugar frente al enemigo, pronta a enderezar los colmillos con canal interno que son, como se sabe, si no los más grandes, los más admirablemente constituidos de todas las serpientes venenosas.

\* \_ *Crotalus terrificus* o serpiente de cascabel.

Fue allí en consecuencia donde, ante la inminencia del peligro y presidido por la víbora de cascabel, se reunió el Congreso de las Víboras. Estaban allí, fuera de Lanceolada y Terrífica, las demás yararás del país: La pequeña Coatiarita<sup>\*</sup>, benjamín de la Familia, con la línea rojiza de sus costados bien

visible y su cabeza particularmente afilada. Estaba allí, negligentemente tendida como si se tratara de todo menos de hacer admirar las curvas blancas y cafés de su lomo sobre largas bandas color salmón, la esbelta Neuwied<sup>\*\*</sup>, dechado de belleza, y que había guardado para sí el nombre del naturalista que determinó su especie. Estaba Cruzada<sup>\*\*\*</sup> –que en el sur llaman víbora de la cruz–, potente y audaz rival de Neuwied en punto a belleza de dibujo. Estaba Atroz<sup>\*\*\*\*</sup>, de nombre suficientemente fatídico; y por último, Urutú Dorado, la yararacusú<sup>\*\*\*\*\*</sup>, disimulando discretamente en el fondo de la caverna sus ciento setenta centímetros de terciopelo negro cruzado oblicuamente por bandas de oro.

\* \_ *Lachesis alternatus* o yarará alternada, conocida también como urutú o coatiara. Apenas alcanza los cincuenta centímetros.

\*\* \_ *Bothrops neuweidii* o “yarará chica”, la más abundante en la Argentina.

\*\*\* \_ *Bothrops alternatus* o víbora de la cruz.

\*\*\*\* \_ *Bothrops atrox*, variedad de yarará. Llamada también “quemadora” por las ampollas que produce en el lugar donde muerde. Su picadura es muy grave, como las de todas las víboras de su género.

\*\*\*\*\* \_ Otra variedad de yarará.

Es de notar que las especies del formidable género *Lachesis* o yararás, a que pertenecían todas las congresales menos Terrífica, sostienen una vieja rivalidad por la belleza del dibujo y el color. Pocos seres, en efecto, tan bien dotados como ellas.

Según las leyes de las víboras, ninguna especie poco abundante y sin dominio real en el país puede presidir las asambleas del Imperio. Por esto Urutú Dorado, magnífico animal de muerte, pero cuya especie es más bien rara, no pretendía este honor, cediéndolo de buen grado a la víbora de cascabel, más débil, pero que abunda milagrosamente.

El Congreso estaba, pues, en mayoría, y Terrífica abrió la sesión.

–¡Compañeras! –dijo–. Hemos sido todas enteradas por Lanceolada de la presencia nefasta del Hombre. Creo interpretar el anhelo de todas nosotras, al tratar de salvar nuestro Imperio de la invasión enemiga. Sólo un medio cabe, pues la experiencia nos dice que el abandono del terreno no remedia nada. Este medio, ustedes lo saben bien, es la guerra al Hombre, sin tregua ni cuartel, desde esta noche misma, a la cual cada especie aportará sus virtudes. Me halaga en esta circunstancia olvidar mi especificación humana: no soy ahora una serpiente de cascabel; soy una yarará, como ustedes. Las yararás, que tienen a la Muerte por negro pabellón. ¡Nosotras somos la Muerte, compañeras! Y entre tanto, que alguna de las presentes proponga un plan de campaña.

Nadie ignora, por lo menos en el Imperio de las Víboras, que todo lo que Terrífica tiene de largo en sus colmillos, lo tiene de corto en su inteligencia. Ella lo sabe también, y aunque incapaz por lo tanto de idear plan alguno, posee, a fuerza de vieja reina, el suficiente tacto para callarse.

Entonces Cruzada, desperezándose, dijo:

–Soy de la opinión de Terrífica, y considero que mientras no tengamos un plan, nada podemos ni debemos hacer. Lo que lamento es la falta en este Congreso de nuestras primas sin veneno: las Culebras<sup>\*</sup>.

<sup>\*</sup> \_ Las serpientes se dividen en dos grandes grupos: las víboras venenosas y las culebras, que son inofensivas para el hombre.

Se hizo un largo silencio. Evidentemente, la proposición no halagaba a las víboras. Cruzada se sonrió de un modo vago y continuó:

–Lamento lo que pasa... Pero quisiera solamente recordar esto: Si entre todas nosotras pretendiéramos vencer a una culebra, no lo conseguiríamos. Nada más quiero decir.

–Si es por su resistencia al veneno –objetó perezosamente Urutú Dorado, desde el fondo del antro–, creo que yo sola me encargaría de desengañarlas...

–No se trata de veneno –replicó desdeñosamente Cruzada–. Yo también me bastaría... –agregó con una mirada de reojo a la yararacusú–. Se trata de su fuerza, de su destreza, de su nerviosidad, como quiera llamársele. Cualidades de lucha que nadie pretenderá negar a nuestras primas. Insisto en que en una campaña como la que queremos emprender, las serpientes nos serán de gran utilidad; más: de imprescindible necesidad.

Pero la proposición desagradaba siempre.

–¿Por qué las culebras? –exclamó Atroz–. Son despreciables.

–Tienen ojos de pescado<sup>\*</sup> –agregó la presuntuosa Coatiarita.

<sup>\*</sup> \_ Las culebras tienen pupila circular; la de las víboras, en cambio, es vertical, lo que les permite ver mejor de noche, como los gatos

–¡Me dan asco! –protestó desdeñosamente Lanceolada.

–Tal vez sea otra cosa lo que te dan... –murmuró Cruzada mirándola de reojo.

–¿A mí? –silbó Lanceolada, irguiéndose–. ¡Te advierto que haces mala figura aquí, defendiendo a esos gusanos corredores!

–Si te oyen las Cazadoras<sup>\*</sup> ... –murmuró irónicamente Cruzada.

\* \_ Las culebras se valen de su fuerza y velocidad para apoderarse de su presa. No tienen veneno.

Pero al oír este nombre, *Cazadoras*, la asamblea entera se agitó.

–¡No hay para qué decir eso! –gritaron–. ¡Ellas son culebras, y nada más!

–¡Ellas se llaman a sí mismas las *Cazadoras*! –replicó secamente Cruzada–. Y estamos en Congreso.

También desde tiempo inmemorial es fama entre las víboras la rivalidad particular de las dos *yararás*: *Lanceolada*, hija del extremo norte, y *Cruzada*, cuyo hábitat se extiende más al sur. Cuestión de coquetería en punto a belleza, según las culebras.

–¡Vamos, vamos! –intervino *Terrífica*–. Que *Cruzada* explique para qué quiere la ayuda de las culebras, siendo así que no representan la Muerte como nosotras.

–¡Para esto! –replicó *Cruzada* ya en calma–. Es indispensable saber qué hace el Hombre en la casa; y para ello se precisa ir hasta allá, a la casa misma. Ahora bien, la empresa no es fácil, porque si el pabellón de nuestra especie es la Muerte, el pabellón del Hombre es también la Muerte, y bastante más rápida que la nuestra.. Las culebras nos aventajan inmensamente en agilidad \* . Cualquiera de nosotras iría y vería. Pero ¿volvería? Nadie mejor para esto que la *Ñacaná* \*\* . Estas exploraciones forman parte de sus hábitos diarios, y podría, trepada al techo, ver, oír y regresar a informarnos antes de que sea de día.

\* \_ Hace referencia a las culebras, más veloces que las víboras.

\*\* \_ Culebra oscura y larga, que se desplaza a gran velocidad y levantando la cabeza. Tiene fama de audaz y agresiva. Vive en los esteros y proximidades de ríos y arroyos.

La proposición era tan razonable que esta vez la asamblea entera asintió, aunque con un resto de desagrado.

–¿Quién va a buscarla? –preguntaron varias voces.

*Cruzada* desprendió la cola de un tronco y se deslizó afuera.

–¡Voy yo! –dijo–. En seguida vuelvo.

–¡Eso es! –le lanzó *Lanceolada* de atrás–. ¡Tú que eres su protectora la hallarás en seguida!

*Cruzada* tuvo aún tiempo de volver la cabeza hacia ella, y le sacó la lengua, reto a largo plazo.

3

Cruzada halló a la Ñacaniná cuando ésta trepaba a un árbol.

–¡Eh, Ñacaniná! –llamó con un leve silbido.

La Ñacaniná oyó su nombre; pero se abstuvo prudentemente de contestar hasta nueva llamada.

–¡Ñacaniná! –repitió Cruzada, levantando medio tono su silbido.

–¿Quién me llama? –respondió la culebra.

–¡Soy yo, Cruzada!...

–¡Ah, la prima!... ¿qué quieres, prima adorada?

–No se trata de bromas, Ñacaniná... ¿Sabes lo que pasa en la Casa?

–Sí, que ha llegado el Hombre... ¿qué más?

–Y, ¿sabes que estamos en Congreso?

–¡Ah, no; esto no lo sabía! –repuso la Ñacaniná deslizándose cabeza abajo contra el árbol, con tanta seguridad como si marchara sobre un plano horizontal–. Algo grave debe pasar para eso... ¿Qué ocurre?

–Por el momento, nada; pero nos hemos reunido en Congreso precisamente para evitar que nos ocurra algo. En dos palabras: se sabe que hay varios hombres en la Casa, y que se van a quedar definitivamente. Es la Muerte para nosotras.

–Yo creía que ustedes eran la Muerte por sí mismas... ¡No se cansan de repetirlo! –murmuró irónicamente la culebra.

–¡Dejemos esto! Necesitamos de tu ayuda, Ñacaniná.

–¿Para qué? ¡Yo no tengo nada que ver aquí!

–¿Quién sabe? Para desgracia tuya, te pareces bastante a nosotras; las Venenosas. Defendiendo nuestros intereses, defiendes los tuyos.

–¡Comprendo! –repuso la Ñacanina después de un momento en el que valoró la suma de contingencias desfavorables para ella por aquella semejanza.

–Bueno; ¿contamos contigo?

–¿Qué debo hacer?

–Muy poco. Ir en seguida a la Casa, y arreglarte allí de modo que veas y oigas lo que pasa.

–¡No es mucho, no! –repuso negligentemente Ñacatiná, restregando la cabeza contra el tronco–. Pero es el caso –agregó– que allá arriba tengo la cena segura... Una pava del monte a la que desde anteayer se le ha puesto en el copete anidar allí...

–Tal vez allá encuentres algo que comer –la consoló suavemente Cruzada.

Su prima la miró de reojo.

–Bueno en marcha –reanudó la yará–. Pasemos primero por el Congreso.

–¡Ah, no! –protestó la Ñacatiná–. ¡Eso no! ¡Les hago a ustedes el favor, y en paz! Iré al Congreso cuando vuelva... si vuelvo. Pero ver antes de tiempo la cáscara rugosa de Terrífica, los ojos de ratón de Lanceolada y la cara estúpida de Coralina \* . ¡Eso, no!

\* \_ Víbora de coral, de vistosas franjas negras, blancas, y rojas.

–No está Coralina.

–¡No importa! Con el resto tengo bastante.

–¡Bueno, bueno! –repuso Cruzada, que no quería hacer hincapié–. Pero si no disminuyes un poco la marcha, no te sigo.

En efecto, aun a todo correr, la yará no podía acompañar el deslizar veloz de la Ñacatiná.

–Quédate, ya estás cerca de las otras –contestó la culebra. Y se lanzó a toda velocidad, dejando en un segundo atrás a su prima Venenosa.

4

Un cuarto de hora después la Cazadora llegaba a su destino. Velaban todavía en la Casa. Por las puertas, abiertas de par en par, salían chorros de luz, y ya desde lejos la Ñacatiná pudo ver cuatro hombres sentados alrededor de la mesa.

Para llegar con impunidad sólo faltaba evitar el problemático tropiezo con un perro. ¿Los habría? Mucho lo temía Ñacatiná. Por esto se deslizó adelante con gran cautela, sobre todo cuando llegó ante el corredor.

Ya en él, observó con atención. Ni enfrente, ni a la derecha, ni a la izquierda había perro alguno. Sólo allá, en el corredor opuesto y que la culebra podía ver por entre las piernas de los hombres, un perro negro dormía echado de costado.

–La plaza, pues, estaba libre. Como desde el lugar en que se encontraba podía oír, pero no ver el panorama entero de los hombres hablando, la

Culebra, tras una ojeada arriba, tuvo lo que deseaba en un momento. Trepó por una escalera recostada a la pared bajo el corredor y se instaló en el espacio libre entre pared y techo, tendida sobre el tirante. Pero por más precauciones que tomara al deslizarse, un viejo clavo cayó al suelo y un hombre levantó los ojos.

–¡Se acabó! –se dijo Ñacaniná, conteniendo la respiración.

Otro hombre miró también arriba.

–¿Qué hay? –preguntó.

–Nada –repuso el primero Me pareció ver algo negro por allá.

–Una rata.

–Se equivocó el Hombre –murmuró para sí la culebra.

–O alguna ñacaniná.

–Acertó el otro Hombre –murmuró de nuevo la aludida, aprestándose a la lucha.

Pero los hombres bajaron de nuevo la vista, y la Ñacaniná vio y oyó durante media hora.

## 5

La Casa, motivo de preocupación de la selva, se había convertido en establecimiento científico de la más grande importancia. Conocida ya desde tiempo atrás la particular riqueza en víboras de aquel rincón del territorio, el Gobierno de la Nación había decidido la creación de un Instituto de Seroterapia Ofídica, donde se prepararían sueros contra el veneno de las víboras. La abundancia de éstas es un punto capital, pues nadie ignora que la carencia de víboras de que extraer el veneno es el principal inconveniente para una vasta y segura preparación del suero.

El nuevo establecimiento podía comenzar casi en seguida, porque contaba con dos animales –un caballo y una mula– ya en vías de completa inmunización. Se había logrado organizar el laboratorio y el serpentario Este último prometía enriquecerse de un modo asombroso, por más que el Instituto hubiera llevado consigo no pocas serpientes venenosas, las mismas que servían para inmunizar a los animales citados. Pero si se tiene en cuenta que un caballo, en su último grado de inmunización, necesita seis gramos de veneno en cada inyección (cantidad suficiente para matar doscientos cincuenta caballos), se comprenderá que deba ser muy grande el número de víboras en disponibilidad que requiere un Instituto del género.

Los días, duros al principio, de una instalación en la selva, mantenían al personal superior del Instituto en vela hasta media noche, entre planes de laboratorio y demás.

–Y los caballos, ¿cómo están hoy? –preguntó uno, de lentes negros, y que parecía ser el jefe del Instituto.

–Muy caídos –repuso otro–. Si no podemos hacer una buena recolección en estos días...

La Ñacatiná, inmóvil sobre el tirante, ojos y oídos alertos, comenzaba a tranquilizarse.

–Me parece –Se dijo– que las primas venenosas se han llevado un susto magnífico. De estos hombres no hay gran cosa que temer....

Y avanzando más la cabeza, a tal punto que su nariz pasaba ya de la línea del tirante, observó con más atención.

Pero un contratiempo evoca otro.

–Hemos tenido hoy un día malo –agregó uno–. Cinco tubos de ensayo se han roto...

La Ñacatiná se sentía cada vez más inclinada a la compasión.

–¡Pobre gente! –murmuró–. Se les han roto cinco tubos...

Y se disponía o abandonar su escondite para explorar aquella inocente casa, cuando oyó:

–En cambio, las víboras están magníficas... Parece sentarles el país.

–¿Eh? –dio una sacudida la culebra, jugando velozmente con la lengua–. ¿Qué dice ese pelado de traje blanco?

Pero el hombre proseguía:

–Para ellas, sí, el lugar me parece ideal... Y las necesitamos urgentemente, los caballos y nosotros.

–Por suerte, vamos a hacer una famosa cacería de víboras en este país. No hay duda de que es el país de las víboras.

–Hum..., hum..., hum... –murmuró Ñacatiná, arrollándose. en el tirante cuanto le fue posible– Las cosas comienzan a ser un poco distintas... Hay que quedar un poco más con esta buena gente... Se aprenden cosas curiosas.

Tantas cosas curiosas oyó, que cuando, al cabo de media hora, quiso retirarse, el exceso de sabiduría adquirida le hizo hacer un falso movimiento,

y la tercera parte de su cuerpo cayó, golpeando la pared de tablas. Como había caído de cabeza, en un instante la tuvo enderezada hacia la mesa, la lengua vibrante.

La Ñacatiná, cuyo largo puede alcanzar a tres metros, es valiente, con seguridad la más valiente de nuestras serpientes. Resiste un ataque serio del hombre, que es inmensamente mayor que ella, y hace frente siempre. Como su propio coraje le hace creer que es muy temida, la nuestra se sorprendió un poco al ver que los hombres, enterados de lo que se trataba, se echaban a reír tranquilos.

–Es una Ñacatiná... Mejor; así nos limpiaré la casa de ratas.

–¿Ratas?... –silbó la otra. Y como continuaba provocativa, un hombre se levantó al fin.

–Por útil que sea, no deja de ser un mal bicho... Una de estas noches la voy a encontrar buscando ratones dentro de mi cama...

Y cogiendo un palo próximo, lo lanzó contra la Ñacatiná a todo vuelo. El palo pasó silbando junto a la cabeza de la intrusa y golpeó con terrible estruendo la pared.

Hay ataque y ataque. Fuera de la selva y entre cuatro hombres, la Ñacatiná no se hallaba a gusto. Se retiró a escape, concentrando toda su energía en la cualidad que, conjuntamente con el valor, forman sus dos facultades primas: la velocidad para correr.

Perseguida por los ladridos del perro, y aun rastreada buen trecho por éste – lo que abrió nueva luz respecto a las gentes aquellas–, la culebra llegó a la caverna. Pasó por encima de Lanceolada y Atroz, y se arrolló a descansar, muerta de fatiga.

6

–¡Por fin! –exclamaron todas, rodeando a la exploradora–. Creíamos que te ibas a quedar con tus amigos los hombres...

–¡Hum!... –murmuró Ñacatiná.

–¿Qué nuevas nos traes? –preguntó Terrífica.

–¿Debemos esperar un ataque, o no tomar en cuenta a los Hombres?

–Tal vez fuera mejor esto... Y pasar al otro lado del río repuso Ñacatiná.

–¿Qué?... ¿Cómo?... –saltaron todas–. ¿Estás loca?

–Oigan, primero.

**–¡Cuenta, entonces!**

**Y Ñacatiná contó todo lo que había visto y oído: la instalación del Instituto Seroterápico, sus planes, sus fines y la decisión de los hombres de cazar cuanta víbora hubiera en el país.**

**–¡Cazarnos! –saltaron Urutú Dorado, Cruzada y Lanceolada, heridas en lo más vivo de su orgullo–. ¡Matarnos, querrás decir!**

**–¡No! ¡Cazarlas, nada más! Encerrarlas, darles bien de comer y extraerles cada veinte días el veneno. ¿Quieren vida más dulce?**

**La asamblea quedó estupefacta. Ñacatiná había explicado muy bien el fin de esta recolección de veneno; pero lo que no había explicado eran los medios para llegar a obtener el suero.**

**¡Un suero antivenenoso! Es decir, la curación asegurada, la inmunización de hombres y animales contra la mordedura; la Familia entera condenada a perecer de hambre en plena selva natal.**

**–¡Exactamente! –apoyó Ñacatiná–. .No se trata sino de esto.**

**Para la Ñacatiná, el peligro previsto era mucho menor. ¿Qué le importaba a ella y sus hermanas las cazadoras– a ellas, que cazaban a diente limpio, a fuerza de músculos que los animales estuvieran o no inmunizados? Un solo punto oscuro veía ella, y es el excesivo parecido de una culebra con una víbora<sup>\*</sup>, que favorecía confusiones mortales. De ahí el interés de la culebra en suprimir el Instituto.**

<sup>\*</sup> \_ Se distinguen por ciertos rasgos externos: las víboras tienen la cabeza triangular y cubierta de escamas, y la cola corta y bien marcada. En cambio, las culebras muestran una cabeza alargada y casi sin cuello, cubierta de placas, y la cola es una prolongación del cuerpo casi indistinta.

**–Yo me ofrezco a empezar la campaña –dijo Cruzada.**

**–¿Tienes un plan? –preguntó ansiosa Terrífica, siempre falta de ideas.**

**–Ninguno. iré sencillamente mañana en la tarde a tropezar con alguien.**

**–¡Ten cuidado! –le dijo Ñacatiná, con voz persuasiva–. Hay varias jaulas vacías... ¡Ah, me olvidaba! –agregó, dirigiéndose a Cruzada–. Hace un rato, cuando salí de allí... Hay un perro negro muy peludo... Creo que sigue el rastro de una víbora... ¡Ten cuidado!**

**–¡Allá veremos! Pero pido que se llame a Congreso pleno para mañana en la noche. Si yo no puedo asistir, tanto peor...**

**Mas la asamblea había caído en nueva sorpresa.**

**–¿Perro que sigue nuestro rastro?... ¿Estás segura?**

–Casi. ¡Ojo con ese perro, porque puede hacemos más daño que todos los hombres juntos!

–Yo me encargo de él –exclamó Terrífica, contenta de (sin mayor esfuerzo mental) poder poner en juego sus glándulas de veneno, que a la menor contracción nerviosa se escurría por el canal de los colmillos.

Pero ya cada víbora se disponía a hacer correr la palabra en su distrito, y a Ñacaní, gran trepadora, se le encomendó especialmente llevar la voz de alerta a los árboles, reino preferido de las culebras.

A las tres de la mañana la asamblea se disolvió. Las víboras, vueltas a la vida normal, se alejaron en distintas direcciones, desconocidas ya las unas para las otras, silenciosas, sombrías, mientras en el fondo de la caverna la serpiente de cascabel quedaba arrollada e inmóvil fijando sus duros ojos de vidrio en un ensueño de mil perros paralizados.

7

Era la una de la tarde. Por el campo de fuego, al resguardo de las matas de espartillo, se arrastraba Cruzada hacia la Casa. No llevaba otra idea, ni creía necesaria tener otra, que matar al primer hombre que se pusiera a su encuentro. Llegó al corredor y se arrolló allí, esperando. Pasó así media hora. El calor sofocante que reinaba desde tres días atrás comenzaba a pesar sobre los ojos de la yarará, cuando un temblor sordo avanzó desde la pieza. La puerta estaba abierta, y ante la víbora, a treinta centímetros de su cabeza, apareció el perro, el perro negro y peludo, con los ojos entornados de sueño.

–¡Maldita bestia!... –se dijo Cruzada–. Hubiera preferido un hombre.

En ese instante el perro se detuvo husmeando y volvió la cabeza... ¡Tarde ya! Ahogó un aullido de sorpresa y movió desesperadamente el hocico mordido.

–Ya tiene éste su asunto listo... –murmuró Cruzada, replegándose de nuevo. Pero cuando el perro iba a lanzarse sobre la víbora, sintió los pasos de su amo y se arqueó ladrando a la yarará. El hombre de los lentes ahumados apareció junto a Cruzada.

–¿Qué pasa? –preguntaron desde el otro corredor.

–Una alternatus... Buen ejemplar –respondió el hombre. Y antes que la víbora hubiera podido defenderse, se sintió estrangulada en una especie de prensa afirmada al extremo de un palo.

La yarará crujió de orgullo al verse así; lanzó su cuerpo a todos lados, trató en vano de recoger el cuerpo y arrollarlo en el palo. Imposible; le faltaba el punto de apoyo en la cola, el famoso punto de apoyo sin el cual una

poderosa boa se encuentra reducida a la más vergonzosa impotencia. El hombre la llevó así colgando, y fue arrojada en el Serpentario.

Lo constituí un simple espacio de tierra cercado con chapas de cinc liso, provisto de algunas jaulas, y que albergaba a treinta o cuarenta víboras. Cruzada cayó en tierra y se mantuvo un momento arrollada y congestionada bajo el Sol de fuego.

La instalación era evidentemente provisional; grandes y chatos cajones alquitranados servían de bañera a las víboras, y varias casillas y piedras amontonadas ofrecían reparo a los huéspedes de ese paraíso improvisado.

Un instante después la yarará se veía rodeada y pasada por encima por cinco o seis compañeras que iban a reconocer su especie.

Cruzada las conocía a todas; pero no así a una gran víbora que se bañaba en una jaula cerrada con tejido de alambre. ¿Quién era? Era absolutamente desconocida para la yarará. Curiosa a su vez se acercó lentamente.

Se acercó tanto, que la otra se irguió. Cruzada ahogó un silbido de estupor, mientras caía en guardia, arrollada. La gran víbora acababa de hinchar el cuello, pero monstruosamente, como jamás había visto hacerlo a nadie. Quedaba realmente extraordinaria así.

—¿Quién eres? —murmuró Cruzada—. ¿Eres de las nuestras?

Es decir, venenosa. La otra, convencida de que no había habido intención de ataque en la aproximación de la yarará, aplastó sus dos grandes orejas.

—Sí —repuso—. Pero no de aquí; muy lejos... de la India.

—¿Cómo te llamas?

—Hamadrías... o cobra capelo real<sup>\*</sup>.

<sup>\*</sup> \_ Cobra asiática.

—Yo soy Cruzada.

—Sí, no necesitas decirlo. He visto muchas hermanas tuyas ya... ¿Cuándo te cazaron?

—Hace un rato... No pude matar.

—Mejor hubiera sido para ti que te hubieran muerto...

—Pero maté al perro.

—¿Qué perro? ¿El de aquí? .

—Sí.

La cobra real se echó a reír, a tiempo que Cruzada tenía una nueva sacudida: el perro lanudo que creía haber matado estaba ladrando...

–¿Te sorprende, eh? –agregó Hamadrías–. A muchas les ha pasado lo mismo.

–Pero es que lo mordí en la cabeza... –contestó Cruzada, cada vez más aturdida–. No me queda una gota de veneno concluyó–. Es patrimonio de las yararás vaciar casi en una mordida sus glándulas.

–Para él es lo mismo que te hayas vaciado no...

–¿No puede morir?

–Sí, pero no por cuenta nuestra... Está inmunizado. Pero tú no sabes lo que es esto...

–¡Sé! –repuso vivamente Cruzada–. Ñacaniná nos contó.

La cobra real la consideró entonces atentamente.

–Tú me pareces inteligente...

–¡Tanto como tú..., por lo menos! –replicó Cruzada.

El cuello de la asiática se expandió bruscamente de nuevo, y de nuevo la yarará cayó en guardia.

Ambas víboras se miraron largo rato, y el capuchón de la cobra bajó lentamente.

–Inteligente y valiente –murmuró Hamadrías–. A ti se te puede hablar... ¿Conoces el nombre de mi especie?

–Hamadrías, supongo.

–O Naja búngaro... o Cobra capelo real. Nosotras somos respecto de la vulgar cobra capelo de la India, lo que tú respecto de una de esas coatiaritas... Y ¿sabes de qué nos alimentamos?

–No.

–De víboras americanas..., entre otras cosas –concluyó balanceando la cabeza ante la Cruzada.

Esta apreció rápidamente el tamaño de la extranjera ofiófaga.

–¿Dos metros cincuenta?... –preguntó.

–Sesenta... dos sesenta, pequeña Cruzada –repuso la otra, que había seguido su mirada.

–Es un buen tamaño... Más o menos, el largo de Anaconda, una prima mía ¿Sabes de qué se alimenta?: de víboras asiáticas –y miró a su vez a Hamadrías.

–¡Bien contestado –repuso ésta, balanceándose de nuevo. Y después de refrescarse la cabeza en el agua agregó perezosamente–: ¿Prima tuya, dijiste?

–Sí.

–¿Sin veneno, entonces?

–Así es... Y por esto justamente tiene gran debilidad por las extranjeras venenosas.

Pero la asiática no la escuchaba ya, absorta en sus pensamientos.

–¡Óyeme! –dijo de pronto–. ¡Estoy harta de hombres, perros, caballos y de todo este infierno de estupidez y crueldad! Tú me puedes entender, porque lo que es éstas... Llevo año y medio encerrada en una jaula como si fuera una rata, maltratada, torturada periódicamente. Y, lo que es peor, despreciada, manejada como un trapo por viles hombres... Y yo, que tengo valor, fuerza y veneno suficientes para concluir con todos ellos, estoy condenada a entregar mi veneno para la preparación de sueros antivenenosos. ¡No te puedes dar cuenta de lo que esto supone para mi orgullo! ¿Me entiendes? – concluyó mirando en los ojos a la yarará.

–Sí –repuso la otra–. ¿qué debo hacer?

–Una sola cosa; un solo medio tenemos de vengarnos. Acércate, que no nos oigan... Tú sabes la necesidad absoluta de un punto de apoyo para poder desplegar nuestra fuerza. Toda nuestra salvación depende de esto. Solamente...

–¿Qué?

La cobra real miró otra vez fijamente a Cruzada.

–Solamente que puedes morir...

–¿Sola?

–¡Oh, no! *Ellos*, algunos de los hombres también morirán...

–¡Es lo único que deseo! Continúa.

–Pero acércate aún... ¡Más cerca!

El diálogo continuó un rato en voz tan baja, que el cuerpo de la yarará frotaba, descamándose, contra las mallas de alambre. De pronto, la cobra se abalanzó y mordió por tres veces a Cruzada. Las víboras, que habían

seguido de lejos el incidente, gritaron:

–¡Ya está! ¡Ya la mató! ¡Es una traicionera!

Cruzada, mordida por tres veces en el cuello, se arrastró pesadamente por el pasto. Muy pronto quedó inmóvil, y fue a ella a quien encontró el empleado del Instituto cuando, tres horas después, entró en el Serpentario. El hombre vio a la yarará, y empujándola con el pie, le hizo dar vuelta como a una sogá y miró su vientre blanco.

–Está muerta, bien muerta... –murmuró–. Pero ¿de qué? – Y se agachó a observar a la víbora. No fue largo su examen: en el cuello y en la misma base de la cabeza notó huellas inequívocas de colmillos venenosos.

–¡Hum! –se dijo el hombre–. Esta no puede ser más que la hamadrías... Allí está, arrollada y mirándome como si yo fuera otra alternatus... Veinte veces le he dicho al director que las mallas del tejido son demasiado grandes. Ahí está la prueba... En fin –concluyó, cogiendo a Cruzada por la cola y lanzándola por encima de la barrera de cinc–, ¡un bicho menos que vigilar!

Fue a ver al director:

–La hamadrías ha mordido a la yarará que introdujimos hace un rato. Vamos a extraerle muy poco veneno.

–Es un fastidio grande –repuso aquél– Pero necesitamos para hoy el veneno... No nos queda más que un solo tubo de suero... ¿Murió la alternatus?

–Sí: la tiré afuera... ¿Traigo a la hamadrías?

–No hay más remedio.. Pero para la segunda recolección, de aquí a dos o tres horas.

8

.....  
....

...Se hallaba quebrantada, exhausta de fuerzas. Sentía la boca llena de tierra y sangre. ¿Dónde estaba?

El velo denso de sus ojos comenzaba a desvanecerse, y Cruzada alcanzó a distinguir el contorno. Vio –reconoció– el muro de cinc, y súbitamente recordó todo: el perro negro, el lazo, la inmensa serpiente asiática y el plan de batalla de ésta en que ella misma, Cruzada, iba jugando su vida. Recordaba todo, ahora que la parálisis provocada por el veneno comenzaba a abandonarla. Con el recuerdo tuvo conciencia plena de lo que debía hacer.

**¿Sería tiempo todavía?**

**Intentó arrastrarse, mas en vano; su cuerpo ondulaba, pero en el mismo sitio, sin avanzar. Pasó un rato aún y su inquietud crecía.**

**–¡Y no estoy sino a treinta metros! –murmuraba–. ¡Dos minutos, un solo minuto de vida, y llegó a tiempo!**

**Y tras nuevo esfuerzo consiguió deslizarse, arrastrarse desesperada hacia el laboratorio.**

**Atravesó el patio, llegó a la puerta en el momento en que el empleado, con la dos manos, sostenía, colgando en el aire, la Hamadrías, mientras el hombre de los lentes ahumados le introducía el vidrio de reloj en la boca. La mano se dirigía a oprimir las glándulas, y Cruzada estaba aún en el umbral.**

**–¡No tendré tiempo! –se dijo desesperada. Y arrastrándose en un supremo esfuerzo, tendió adelante los blanquísimos colmillos. El peón, al sentir su pie descalzo abrasado por los dientes de la yará, lanzó un grito y bailó. No mucho; pero lo suficiente para que el cuerpo colgante de la cobra real oscilara y alcanzase a la pata de la mesa, donde se arrolló velozmente. Y con ese punto de apoyo, arrancó su cabeza de entre las manos del peón y fue a clavar hasta la raíz los colmillos en la muñeca izquierda del hombre de lentes negros, justamente en una vena.**

**¡Ya estaba! Con los primeros gritos, ambas, la cobra asiática y la yará, huían sin ser perseguidas.**

**–¡Un punto de apoyo! –murmuraba la cobra volando a escape por el campo–. Nada más que eso me faltaba. ¡Ya lo conseguí, por fin!**

**–Sí. –Corría la yará a su lado, muy dolorida aún–. Pero no volvería a repetir el juego...**

**Allá, de la muñeca del hombre pendían dos negros hilos de sangre pegajosa. La inyección de una hamadrías en una vena es cosa demasiado seria para que un mortal pueda resistirla largo rato con los ojos abiertos, y los del herido se cerraban para siempre a los cuatro minutos.**

**9**

**El Congreso estaba en pleno. Fuera de Terrífica y Ñacatiná, y las yará Urutú Dorado, Coatiarita, Neuwied, Atroz y Lanceolada, habían acudido Coralina –de cabeza estúpida, según Ñacatiná–, lo que no obsta para que su mordedura sea de las más dolorosas. Además es hermosa, incontestablemente hermosa con sus anillos rojos y negros.**

**Siendo, como es sabido, muy fuerte la vanidad de las víboras en punto de**

belleza, Coralina se alegraba bastante de la ausencia de su hermana Frontal<sup>\*</sup>, cuyos triples anillos negros y blancos sobre fondo de púrpura colocan a esta víbora de coral en el más alto escalón de la belleza ofídica.

\* \_ *Elops frontalis* o *Miorurns frontalis*. Esta y la Coralina son las dos principales variedades de víboras de coral. Hay que diferenciarlas de la culebra de coral, parecida pero inofensiva

Las Cazadoras estaban representadas esa noche por Drimobia<sup>\*</sup>, cuyo destino es ser llamada yararacusú del monte, aunque su aspecto sea bien distinto. Asistían Cipó<sup>\*\*</sup>, de un hermoso verde y gran cazadora de pájaros; Radínea<sup>\*\*\*</sup>, pequeña y oscura, que no abandona jamás los charcos; Boipeva<sup>\*\*\*\*</sup>, cuya característica es achatarse completamente contra el suelo apenas se siente amenazada; Trigémina<sup>\*\*\*\*\*</sup>, culebra de coral, muy fina de cuerpo, como sus compañeras arborícolas; y por último Esculapia<sup>\*\*\*\*\*</sup>, cuya entrada, por razones que se verá en seguida, fue acogida con generales miradas de desconfianza.

\* \_ *Drymobius bifossatus*, culebra.

\*\* \_ *Philodryas*, culebra arborícola.

\*\*\* \_ *Rhadinea*, culebra pequeña.

\*\*\*\* \_ Culebra que se alimenta de sapos. Por el color se parece a la yarará.

\*\*\*\*\* \_ Culebra de coral, no venenosa.

\*\*\*\*\* \_ Otra variedad de culebra.

Faltaban asimismo varias especies de las venenosas y las cazadoras, ausencia está que requiere una aclaración.

Al decir Congreso pleno, hemos hecho referencia a la gran mayoría de las especies, y sobre todo de las que se podrían llamar reales por su importancia. Desde el primer Congreso de las Víboras se acordó que las especies numerosas, estando en mayoría, podían dar carácter de absoluta fuerza a sus decisiones. De aquí la plenitud del Congreso actual, bien que fuera lamentable la ausencia de la yarará Surucusú<sup>\*</sup>, a quien no había sido posible hallar por ninguna parte; hecho tanto más de sentir cuanto que esta víbora, que puede alcanzar a tres metros, es, a la vez que reina en América, viceemperatriz del Imperio Mundial de las Víboras, pues sólo una la aventaja en tamaño y potencia de veneno: la hamadrías asiática.

\* \_ *Lachesis muta* o yarará del Amazonas, la mayor de las víboras de América del Sur.

Alguna faltaba –fuera de Cruzada–; pero las víboras todas afectaban no darse cuenta de su ausencia.

A pesar de todo, se vieron forzadas a volverse al ver asomar por entre los helechos una cabeza de grandes ojos vivos.

–¿Se puede? –decía la visitante alegremente.

Como si una chispa eléctrica hubiera recorrido todos los cuerpos, las víboras irguieron la cabeza al oír aquella voz.

–¿Qué quieres aquí? –gritó Lanceolada con profunda irritación.

–¡Éste no es tu lugar! –exclamó Urutú Dorado, dando por primera vez señales de vivacidad.

–¡Fuera! ¡Fuera! –gritaron varias con intenso desasosiego.

Pero Terrífica, con silbido claro, aunque trémulo, logró hacerse oír.

–¡Compañeras! No olviden que estamos en Congreso, y todas conocemos sus leyes: nadie, mientras dure, puede ejercer acto alguno de violencia. ¡Entra, Anaconda!

–¡Bien dicho! –exclamó Ñacatiná con sorda ironía–. Las nobles palabras de nuestra reina nos aseguran. ¡Entra, Anaconda!

Y la cabeza viva y simpática de Anaconda avanzó, arrastrando tras de sí dos metros cincuenta de cuerpo obscuro y elástico. Pasó ante todas, cruzando una mirada de inteligencia con la Ñacatiná, y fue a arrollarse, con leves silbidos de satisfacción, junto a Terrífica, quien no pudo menos de estremecerse.

–¿Te incomoda? –le preguntó cortésmente Anaconda.

–¡No, de ninguna manera! –contestó Terrífica–. Son las glándulas de veneno que me incomodan de hinchadas...

Anaconda y Ñacatiná tornaron a cruzar una mirada irónica, y prestaron atención.

La hostilidad bien evidente de la asamblea hacia la recién llegada tenía un cierto fundamento, que no se dejará de apreciar. La Anaconda es la reina de todas las serpientes habidas y por haber, sin exceptuar al pitón malayo<sup>\*</sup>. Su fuerza es extraordinaria, y no hay animal de carne y hueso capaz de resistir un abrazo suyo. Cuando comienza a dejar caer del follaje sus diez metros de cuerpo liso con grandes manchas de terciopelo negro, la selva entera se crispa y encoge. Pero la Anaconda es demasiado fuerte para odiar a sea quien fuere –con una sola excepción–, y esta conciencia de su valor le hace conservar siempre buena amistad con el Hombre. Si a alguien detesta, es, naturalmente, a las serpientes venenosas; y de aquí la conmovición de las víboras ante la cortés Anaconda.

\*  
\_ Boa de Malasia que alcanza hasta doce metros.

Anaconda no es, sin embargo, hija de la región. Vagabundeando en las aguas espumosas del Paraná había llegado hasta allí con una gran creciente, y continuaba en la región, muy contenta del país, en buena relación con todos, y en particular con la Ñacatiná, con quien había trabado viva amistad. Era, por lo demás, aquel ejemplar una joven Anaconda que distaba aún mucho de alcanzar a los diez metros de sus felices abuelos. Pero los dos metros cincuenta que media ya valían por el doble, si se considera la fuerza de esta magnífica boa, que por divertirse, al crepúsculo atraviesa el Amazonas entero con la mitad del cuerpo erguido fuera del agua.

Pero Atroz acababa de tomar la palabra ante la asamblea, ya distraída.

–Creo que podríamos comenzar ya –dijo–. Ante todo, es menester saber algo de Cruzada. Prometió estar aquí en seguida.

–Lo que prometió –intervino la Ñacatiná– es estar aquí cuando pudiera. Debemos esperarla.

–¿Para qué? –replicó Lanceolada, sin dignarse volver la cabeza a la culebra.

–¿Cómo para qué? –exclamó ésta, irguiéndose–. Se necesita toda la estupidez de una Lanceolada para decir esto... ¡Estoy cansada ya de oír en este Congreso disparate tras disparate! ¡No parece sino que las Venenosas representan a la Familia entera! Nadie, menos ésta –señaló con la cola a Lanceolada–, ignora que precisamente de las noticias que traiga Cruzada depende nuestro plan... ¿Que para qué esperarla?... ¡Estamos frescas si las inteligencias capaces de preguntar esto dominan en este Congreso!

–No insultes –le reprochó gravemente Coatiarita.

La Ñacatiná se volvió a ella:

–¿Y a ti quién te mete en esto?

–No insultes –repitió la pequeña, dignamente. Ñacatiná consideró al pundonoroso benjamín y cambió de voz.

–Tiene razón la minúscula prima –concluyó tranquila–. Lanceolada, te pido disculpa.

–¡No es nada! –replicó con rabia la yará.

–¡No importa!; pero vuelvo a pedirte disculpa.

Felizmente, Coralina, que acechaba a la entrada de la caverna, entró silbando:

–¡Ahí viene Cruzada!

–¡Por fin! –exclamaron las congresales, alegres. Pero su alegría se transformó en estupefacción cuando, detrás de la yarará, vieron entrar a una inmensa víbora, totalmente desconocida de ellas.

Mientras Cruzada iba a tenderse al lado de Atroz, la intrusa se arrolló lenta y paulatinamente en el centro de la caverna y se mantuvo inmóvil.

–¡Terrífica! –dijo Cruzada–. Dale la bienvenida. Es de las nuestras.

–¡Somos hermanas! –se apresuró la de cascabel, observándola, inquieta.

Todas las víboras, muertas de curiosidad, se arrastraron hacia la recién llegada.

–Parece una prima sin veneno –decía una, con un tanto de desdén.

–Sí –agregó otra–. Tiene ojos redondos.

–Y cola larga.

–Y además...

Pero de pronto quedaron mudas, porque la desconocida acababa de hinchar monstruosamente el cuello. No duró aquello más que un segundo; el capuchón se replegó, mientras la recién llegada se volvía a su amiga, con la voz alterada.

–Cruzada: díles que no se acerquen tanto... No puedo dominarme.

–¡Sí, déjenla tranquila! –exclamó Cruzada–. Tanto más agregó– cuanto que acaba de salvarme la vida, y tal vez la de todas nosotras.

No era menester más. El Congreso quedó un instante pendiente de la narración de Cruzada, que tuvo que contarle todo: el encuentro con el perro, el lazo del hombre de lentes ahumados, el magnífico plan de Hamadrías con la catástrofe final, y el profundo sueño que acometió luego a la yarará hasta una hora antes de llegar.

–Resultado –concluyó– dos hombres fuera de combate, y de los más peligrosos. Ahora no nos resta más que eliminar a los que quedan.

–¡O a los caballos! –dijo Hamadrías.

–¡O al perro! –agregó la Ñacaní.

–Yo creo que a los caballos –insistió la cobra real–. Y me fundo en esto: mientras queden vivos los caballos, un solo hombre puede preparar miles de tubos de suero con los cuales se inmunizarán contra nosotras. Raras veces, ustedes lo saben bien, se presenta la ocasión de morder una vena... como ayer. Insisto, pues, en que debemos dirigir todo nuestro ataque contra los caballos. ¡Después veremos! En cuanto al perro –concluyó con una mirada

de reojo a la Ñacaní—, me parece despreciable.

Era evidente que desde el primer momento la serpiente asiática y la Ñacaní indígena se habían disgustado mutuamente. Si la una en su carácter de animal venenoso, representaba un tipo inferior para la Cazadora, esta última, a fuer de fuerte y ágil, provocaba el odio y los celos de Hamadriás. De modo que la vieja y tenaz rivalidad entre serpientes venenosas y no venenosas llevaba miras de exasperarse aún más en aquel último Congreso.

—Por mi parte —contestó Ñacaní—, creo que caballos y hombres son secundarios en esta lucha. Por gran facilidad que podamos tener para eliminar a unos y otros, no es nada esta facilidad comparada con la que puede tener el perro el primer día que se les ocurra dar una batida en forma, y la darán, estén bien seguras, antes de veinticuatro horas. Un perro inmunizado contra cualquier mordedura, aun la de esta señora con sombrero en el cuello —agregó señalando de costado a la cobra real— es el enemigo más temible que podamos tener, y sobre todo si se recuerda que ese enemigo ha sido adiestrado a seguir nuestro rastro. ¿qué opinas, Cruzada?

No se ignora tampoco en el Congreso la amistad singular que unía a la víbora y la culebra; posiblemente más que amistad, era aquello una estimación recíproca de su mutua inteligencia.

—Yo opino como Ñacaní —repuso—. Si el perro se pone a, trabajar, estamos perdidas.

—¡Pero adelantémonos! —replicó Hamadriás.

—¡No podríamos adelantarnos tanto!... Me inclino decididamente por la prima.

—Estaba segura —dijo ésta tranquilamente.

Era esto más de lo que podía oír la cobra real sin que la ira subiera a inundarle los colmillos de veneno.

No sé hasta qué punto puede tener valor la opinión de esta señorita conversadora —dijo, devolviendo a Ñacaní su mirada de reojo—. El peligro real en esta circunstancia es para nosotras, las Venenosas, que tenemos por negro pabellón a la Muerte. Las culebras saben bien que el hombre no las teme, porque son completamente incapaces de hacerse temer.

—¡He aquí una cosa bien dicha! —dijo una voz que no había sonado aún.

Hamadriás se volvió vivamente, porque en el tono tranquilo de la voz había creído notar una vaguísima ironía, y vio dos grandes ojos brillantes que la miraban apaciblemente.

—¿A mí me hablas? —preguntó con desdén.

–Sí, a ti –repuso mansamente la interruptora–. Lo que has dicho está empapado en profunda verdad.

La cobra real volvió a sentir la ironía anterior, y como por un presentimiento, midió a la ligera con la vista el cuerpo de su interlocutora, arrollada en la sombra.

–¡Tú eres Anaconda!

–¡Tú lo has dicho! –repuso aquélla inclinándose. Pero la Ñacatiná quería de una vez por todas aclarar las cosas.

–¡Un instante! –exclamó.

–¡No! –interrumpió Anaconda–. Permíteme, Ñacatiná. Cuando un ser es bien formado, ágil, fuerte y veloz, se apodera de su enemigo con la energía de nervios y músculos que constituye su honor, como el de todos los luchadores de la creación. Así cazan el gavián, el gato onza, el tigre, nosotras, todos los seres de noble estructura. Pero cuando se es torpe, pesado, poco inteligente e incapaz, por lo tanto, de luchar francamente por la vida, entonces se tiene un par de colmillos para asesinar a traición, como esa dama importada que nos quiere deslumbrar con su gran sombrero.

En efecto, la cobra real, fuera de sí, había dilatado el monstruoso cuello para lanzarse sobre la insolente. Pero también el Congreso entero se había erguido amenazador al ver esto.

–¡Cuidado! –gritaron varias a un tiempo–. ¡El Congreso es inviolable!

–¡Abajo el capuchón! –se alzó Atroz, con los ojos hechos ascua.

Hamadrías se volvió a ella con un silbido de rabia.

–¡Abajo el capuchón! –se adelantaron Urutú Dorado y Lanceolada.

Hamadrías tuvo un instante de loca rebelión, pensando en la facilidad con que hubiera destrozado una tras otra a cada una de sus contrincantes. Pero ante la actitud de combate del Congreso entero, bajó el capuchón lentamente.

–¡Está bien! –silbó– Respeto el Congreso. Pero pido que cuando se concluya... ¡no me provoquen!

–Nadie te provocará –dijo Anaconda.

La cobra se volvió a ella con reconcentrado odio:

–¡Y tú menos que nadie, porque me tienes miedo!

–¡Miedo yo! –contestó Anaconda, avanzando.

**–¡Paz, paz! –clamaron todas de nuevo–. ¡Estamos dando un pésimo ejemplo!  
¡Decidamos de una vez lo que debemos hacer!**

**–Sí, ya es tiempo de esto –dijo Terrífica–. Tenemos dos planes a seguir: el  
propuesto por Nacaniná, y el de nuestra aliada. ¿Comenzamos el ataque por  
el perro, o bien lanzamos todas nuestras fuerzas contra los caballos?**

**Ahora bien, aunque la mayoría se inclinaba acaso a adoptar el plan de la  
culebra, el aspecto, tamaño e inteligencia demostrada por la serpiente  
asiática había impresionado favorablemente al Congreso en su favor. Estaba  
aún viva su magnífica combinación contra el personal del Instituto; y fuera lo  
que pudiere ser su nuevo plan, es lo cierto que se le debía ya la eliminación  
de dos hombres. Agréguese que, salvo la Nacaniná y Cruzada, que habían  
estado ya en campaña, ninguna se había dado cuenta del terrible enemigo  
que había en un perro inmunizado y rastreador de víboras. Se comprenderá  
así que el plan de la cobra real triunfara al fin.**

**Aunque era ya muy tarde, era también cuestión de vida o muerte llevar el  
ataque en seguida, y se decidió partir sobre la marcha.**

**–¡Adelante, pues! –concluyó la de cascabel–. ¿Nadie tiene nada más que  
decir?**

**–¡Nada...! –gritó la Nacaniná–, ¡sino que nos arrepentiremos!**

**Y las víboras y culebras, inmensamente aumentadas por los individuos de  
las especies cuyos representantes salían de la caverna, se lanzaron hacia el  
Instituto.**

**–¡Una palabra! –advirtió aún Terrífica–. ¡Mientras dure la campaña estamos  
en Congreso y somos inviolables las unas para las otras! ¿Entendido?**

**–¡Sí, sí, basta de palabras! –silbaron todas.**

**La cobra real, a cuyo lado pasaba Anaconda, le dijo mirándola  
sombriamente;**

**–Después...**

**–¡Ya lo creo! –la cortó alegremente Anaconda, lanzándose como una flecha a  
la vanguardia.**

**10**

**El personal del Instituto velaba al pie de la cama del peón mordido por la  
yará. Pronto debía amanecer. Un empleado se asomó a la ventana por  
donde entraba la noche caliente y creyó oír ruido en uno de los galpones.  
Prestó oído un rato y dijo:**

**–Me parece que es en la caballeriza... Vaya a ver Fragoso.**

**El aludido encendió el farol de viento y salió, en tanto que los demás quedaban atentos, con el oído alerta.**

**No había transcurrido medio minuto cuando sentían pasos precipitados en el patio y Fragoso aparecía, pálido de sorpresa.**

**–¡La caballeriza está llena de víboras! –dijo.**

**–¿Llena? –preguntó el nuevo jefe–. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?**

**–No sé...**

**–Vayamos...**

**Y se lanzaron afuera.**

**–¡Daboy! ¡Daboy! –llamó el jefe al perro que gemía soñando bajo la cama del enfermo. Y corriendo todos entraron en la caballeriza.**

**Allí, a la luz del farol de viento, pudieron ver al caballo y a la mula debatiéndose a patadas contra sesenta u ochenta víboras que inundaban la caballeriza. Los animales relinchaban y hacían volar a coces los pesebres; pero las víboras, como si las dirigiera una inteligencia superior, esquivaban los golpes y mordían con furia.**

**Los hombres, con el impulso de la llegada, habían caído entre ellas. Ante el brusco golpe de luz, las invasoras se detuvieron un instante, para lanzarse en seguida silbando a un nuevo asalto, que, dada la confusión de caballos y hombres, no se sabía contra quién iba dirigido.**

**El personal del Instituto se vio así rodeado por todas partes de víboras. Fragoso sintió un golpe de colmillos en el borde de las botas, a medio centímetro de su rodilla, y descargó su vara –vara dura y flexible que nunca falta en una casa de bosque– sobre al atacante. El nuevo director partió en dos a otra, y el otro empleado tuvo tiempo de aplastar la cabeza, sobre el cuello mismo del perro, a una gran víbora que acababa de arrollarse con pasmosa velocidad al pescuezo del animal.**

**Esto pasó en menos de diez segundos. Las varas caían con furioso vigor sobre las víboras que avanzaban siempre, mordían las botas, pretendían trepar por las piernas. Y en medio del relinchar de los caballos, los gritos de los hombres, los ladridos del perro y el silbido de las víboras, el asalto ejercía cada vez más presión sobre los defensores, cuando Fragoso, al precipitarse sobre una inmensa víbora que creyera reconocer, pisó sobre un cuerpo a toda velocidad, y cayó, mientras el farol, roto en mil pedazos, se apagaba.**

**–¡Atrás! –gritó el nuevo director–. ¡Daboy, aquí!**

Y saltaron atrás, al patio, seguidos por el perro, que felizmente había podido desenredarse de entre la madeja de víboras.

Pálidos y jadeantes, se miraron.

–Parece cosa del diablo... –murmuró el jefe–. Jamás he visto cosa igual... ¿qué tienen las víboras de este país? Ayer, aquella doble mordedura, como matemáticamente combinada... Hoy... Por suerte ignoran que nos han salvado a los caballos con sus mordeduras... Pronto amanecerá, y entonces será otra cosa.

–Me pareció que allí andaba la cobra real –dejó caer Fragoso, mientras se ligaba los músculos doloridos de la muñeca.

–Si –agregó el otro empleado–. Yo la vi bien... Y Daboy, ¿no tiene nada?

–No; muy mordido... Felizmente puede resistir cuanto quieran.

Volvieron los hombres otra vez al enfermo, cuya respiración era mejor. Estaba ahora inundado en copiosa transpiración.

–Comienza a aclarar –dijo el nuevo director, asomándose a la ventana–. Usted, Antonio, podrá quedarse aquí. Fragoso y yo vamos a salir.

–¿Llevamos los lazos? –preguntó Fragoso. –¡Oh, no! –repuso el jefe, sacudiendo cabeza–. Con otras víboras, las hubiéramos cazado a todas en un segundo. Estas son demasiado singulares. Las varas y, a todo evento, el machete.

11

No singulares, sino víboras, que ante un inmenso peligro sumaban la inteligencia reunida de las especies, era el enemigo que había asaltado el Instituto Seroterápico.

La súbita obscuridad que siguiera al farol roto había advertido a las combatientes el peligro de mayor luz y mayor resistencia. Además, comenzaban a sentir ya en la humedad de la atmósfera la inminencia del día.

–Si nos quedamos un momento más –exclamó Cruzada–, nos cortan la retirada. ¡Atrás!

–¡Atrás, atrás! –gritaron todas. Y atropellándose, pasándose las unas sobre las otras, se lanzaron al campo. Marchaban en tropel, espantadas, derrotadas, viendo con consternación que el día comenzaba a romper a lo lejos.

Llevaban ya veinte minutos de fuga cuando un ladrido claro y agudo, pero distante aún, detuvo a la columna jadeante.

**–¡Un instante! –gritó Urutú Dorado–. Veamos cuántas somos, y qué podemos hacer.**

**A la luz aún incierta de la madrugada examinaron sus fuerzas. Entre las patas de los caballos habían quedado dieciocho serpientes muertas, entre ellas las dos culebras de coral. Atroz había sido partida en dos por Fragoso, y Drimobia yacía allá con el cráneo roto, mientras estrangulaba al perro. Faltaban además Coatiarita, Radínea y Boipeva. En total, veintitrés combatientes aniquilados. Pero las restantes, sin excepción de una sola, estaban todas magulladas, pisadas, pateadas, llenas de polvo y sangre entre las escamas rotas.**

**–He aquí el éxito de nuestra campaña –dijo amargamente Ñacatiná, deteniéndose un instante a restregar contra una piedra su cabeza–. ¡Te felicito, Hamadrías!**

**Pero para sí sola se guardaba lo que había oído tras la puerta cerrada de la caballeriza, pues había salido la última. ¡En vez de matar, habían salvado la vida a los caballos, que se extenuaban precisamente por falta de veneno!**

**Sabido es que para un caballo que se está inmunizando, el veneno le es tan indispensable para su vida diaria como el agua misma, y muere si le llega a faltar.**

**Un segundo ladrido de perro sobre el rastro sonó tras ellas.**

**–¡Estamos en inminente peligro! –gritó Terrífica–. ¿Qué hacemos?**

**–¡A la gruta! –clamaron todas, deslizándose a toda velocidad.**

**–¡Pero, están locas! –gritó la Ñacatiná, mientras corría–, ¡Las van a aplastar a todas! ¡Van a la muerte! Oíganme: ¡desbandémonos!**

**Las fugitivas se detuvieron, irresolutas. A pesar de su pánico, algo les decía que el desbande era la única medida salvadora, y miraron alocadas a todas partes. Una sola voz de apoyo, una sola, y se decidían.**

**Pero la cobra real, humillada, vencida en su segundo esfuerzo de dominación, repleta de odio para un país que en adelante debía serle eminentemente hostil, prefirió hundirse del todo, arrastrando con ella a las demás especies.**

**–¡Está loca Ñacatiná! –exclamó–. ¡A la caverna!**

**–¡Sí, a la caverna! –respondió la columna despavorida, huyendo–. ¡A la caverna!**

**La Ñacatiná vio aquello y comprendió que iban a la muerte. Pero viles, derrotadas, locas de pánico, las víboras iban a sacrificarse, a pesar de todo. Y con una altiva sacudida de lengua, ella, que podía ponerse impunemente a**

salvo por su velocidad, se dirigió como las otras directamente a la muerte.

Sintió así un cuerpo a su lado, y se alegró al reconocer a Anaconda.

–Ya ves –le dijo con una sonrisa– a lo que nos ha traído la asiática.

–Sí, es un mal bicho... –murmuró Anaconda, mientras corrían una junto a otra.

–¡Y ahora las lleva a hacerse masacrar todas juntas!...

–Ella, por lo menos– advirtió Anaconda con voz sombría–, no va a tener ese gusto...

Y ambas, con un esfuerzo de velocidad, alcanzaron a la columna.

Ya habían llegado.

–¡Un momento! –Se adelantó Anaconda, cuyos ojos brillaban–. Ustedes lo ignoran, pero yo lo sé con certeza, que dentro de diez minutos no va a quedar viva una de nosotras. El Congreso y sus leyes están, pues, ya concluidos. ¿No es eso, Terrífica?

Se hizo un largo silencio.

–Sí –murmuró abrumada Terrífica–. Está concluido...

–Entonces –prosiguió Anaconda volviendo la cabeza a todos lados–, antes de morir quisiera... ¡Ah, mejor así! –concluyó satisfecha al ver a la cobra real que avanzaba lentamente hacia ella.

No era aquél probablemente el momento ideal para un combate. Pero desde que el mundo es mundo, nada ni la presencia del Hombre sobre ellas podrá evitar que una Venenosa y una Cazadora solucionen sus asuntos particulares.

El primer choque fue favorable a la cobra real: sus colmillos se hundieron hasta la encía en el cuello de Anaconda. Esta, con la maravillosa maniobra de las boas de devolver en ataque una cogida casi mortal, lanzó su cuerpo adelante como un látigo y envolvió en él a la Hamadriás, que en un instante se sintió ahogada. La boa, concentrando toda su vida en aquel abrazo, cerraba progresivamente sus anillos de acero; pero la cobra real no soltaba presa. Hubo aún un instante en que Anaconda sintió crujir su cabeza entre los dientes de la Hamadriás. Pero logró hacer un supremo esfuerzo, y este postrer relámpago de voluntad decidió la balanza a su favor. La boca de la cobra, semiasfijada, se desprendió babeando, mientras la cabeza libre de Anaconda hacia presa en el cuerpo de la Hamadriás.

Poco a poco, segura del terrible abrazo con que inmovilizaba a su rival, su boca fue subiendo a lo largo del cuello, con cortas y bruscas dentelladas, en

tanto que la cobra sacudía desesperada la cabeza. Los 96 agudos dientes de Anaconda subían siempre, llegaron al capuchón, treparon, alcanzaron la garganta, subieron aún, hasta que se clavaron por fin en la cabeza de su enemiga, con un sordo y larguísimo crujido de huesos masticados.

Ya estaba concluido. La boa abrió sus anillos, y el macizo cuello de la cobra se escurrió pesadamente a tierra, muerta.

–Por lo menos estoy contenta... –murmuró Anaconda, cayendo a su vez exánime sobre el cuerpo de la asiática.

Fue en ese instante cuando las víboras oyeron a menos de cien metros el ladrido agudo del perro.

Y ellas, que diez minutos antes atropellaban aterradas la entrada de la caverna, sintieron subir a sus ojos la llamarada salvaje de la lucha a muerte por la selva entera.

–¡Entremos! –agregaron, sin embargo, algunas.

–¡No, aquí! ¡Muramos aquí! –ahogaron todas con sus silbidos. Y contra el murallón de piedra que les cortaba toda retirada, el cuello y la cabeza erguidos sobre el cuerpo arrollado, los ojos hechos ascua, esperaron.

No fue larga su espera. En el día aún lívido y contra el fondo negro del monte, vieron surgir ante ellas las dos altas siluetas del nuevo director y de Fragoso, reteniendo en trailla al perro, que, loco de rabia, se abalanzaba adelante.

–¡Se acabó! ¡Y esta vez definitivamente! –murmuró Ñacatiná, despidiéndose– con esas seis palabras de una vida bastante feliz, cuyo sacrificio acababa de decidir. Y con un violento empuje se lanzó al encuentro del perro, que, suelto y con la boca blanca de espuma, llegaba sobre ellas. El animal esquivó el golpe y cayó hirioso sobre Terrífica, que hundió los colmillos en el hocico del perro. Daboy agitó furiosamente la cabeza, sacudiendo en el aire a la de cascabel; pero ésta no soltaba.

Neuwied aprovechó el instante para hundir los colmillos en el vientre del animal; mas también en ese momento llegaban los hombres. En un segundo Terrífica y Neuwied cayeron muertas, con los riñones quebrados.

Urutú Dorado fue partida en dos, y lo mismo Cipó. Lanceolada logró hacer presa en la lengua del perro; pero dos segundos después caía tronchada en tres pedazos por el doble golpe de vara, al lado de Esculapia.

El combate, o más bien exterminio, continuaba furioso, entre silbidos y rancos ladridos de Daboy, que estaba en todas partes. Cayeron una tras otra, sin perdón –que tampoco pedían–, con el cráneo triturado entre las mandíbulas del perro o aplastadas por los hombres. Fueron quedando masacradas frente a la caverna de su último Congreso. Y de las últimas

cayeron Cruzada y Ñacaniná.

No quedaba una ya. Los hombres se sentaron, mirando aquella total masacre de las especies, triunfantes un día. Daboy, jadeando a sus pies, acusaba algunos síntomas de envenenamiento, a pesar de estar poderosamente inmunizado. Había sido mordido 64 veces.

Cuando los hombres se levantaban para irse, se fijaron por primera vez en Anaconda, que comenzaba a revivir

–¿Qué hace esta boa por aquí? –dijo el nuevo director–, No es éste su país. A lo que parece; ha trabado relación con la cobra real, y nos ha vengado a su manera. Si logramos salvarla haremos una gran cosa, porque parece terriblemente envenenada. Llémosla. Acaso un día nos salve a nosotros de toda esta chusma venenosa.

Y se fueron, llevando en un palo que cargaban en los hombros, a Anaconda, que, herida y exhausta de fuerzas, iba pensando en Ñacaniná, cuyo destino, con un poco menos de altivez, podía haber sido semejante al suyo.

Anaconda no murió. Vivió un año con los hombres, curioseando y observándolo todo, hasta que una noche se fue. Pero la historia de este viaje remontando por largos meses el Paraná hasta más allá del Guayra, más allá todavía del golfo letal donde el Paraná toma el nombre de río Muerto –la vida extraña que llevó Anaconda y el segundo viaje que emprendió por fin con sus hermanos sobre las aguas sucias de una gran inundación–, toda esta historia de rebelión y asalto de camalotes, pertenece al próximo relato.

Edición digital de LIBROdot.com?

Revisión de urijenny ([odoniano@yahoo.com.ar](mailto:odoniano@yahoo.com.ar))

## Segunda parte: El regreso de Anaconda

Cuando Anaconda, en complicidad con los elementos nativos del trópico, meditó y planeó la reconquista del río, acababa de cumplir treinta años.

Era entonces una joven serpiente de diez metros, en la plenitud de su vigor. No había en su vasto campo de caza, tigre o ciervo capaz de sobrellevar con aliento un abrazo suyo. Bajo la contracción de sus músculos toda vida se escurría, adelgazada hasta la muerte. Ante el balanceo de las pajas que

delataban el paso de la gran boa con hambre, el juncal, todo alrededor, se empenachaba de altas orejas aterradas. Y cuando al caer el crepúsculo en las horas mansas, Anaconda bañaba en el río de fuego sus diez metros de obscuro terciopelo, el silencio la circundaba como un halo.

Pero siempre la presencia de Anaconda desalojaba ante sí la vida, como un gas mortífero. Su expresión y movimientos de paz, insensibles para el hombre, la denunciaban desde lejos a los animales. De este modo:

–Buen día –decía Anaconda a los yacarés, a su paso por los fangales.

–Buen día –respondían mansamente las bestias al sol, rompiendo dificultosamente con sus párpados globosos el barro que los soldaba.

–¡Hoy hará mucho calor! –la saludaban los monos trepados, al reconocer en la flexión de los arbustos a la gran serpiente en desliz.

–Sí, mucho calor...–respondía Anaconda, arrastrando consigo la cháchara y las cabezas torcidas de los monos, tranquilos sólo a medias.

Porque mono y serpiente, pájaro y culebra, ratón y víbora, son conjunciones fatales que apenas el pavor de los grandes huracanes y la extenuación de las interminables sequías logran retardar. Sólo la adaptación común a un mismo medio, vivido y propagado desde el remoto inmemorial de la especie, puede sobreponerse en los grandes cataclismos a esta fatalidad del hambre. Así, ante una gran sequía, las angustias del flamenco, de las tortugas, de las ratas y de las anacondas, formarán un solo desolado lamento por una gota de agua.

Cuando encontramos a nuestra Anaconda, la selva se hallaba próxima a precipitar en su miseria esta sombría fraternidad.

Desde dos meses atrás, no tronaba la lluvia sobre las polvorientas hojas. El rocío mismo, vida y consuelo de la flora abrasada, había desaparecido. Noche a noche, de un crepúsculo a otro, el país continuaba desecándose como si todo él fuera un horno. De lo que había sido cauce de umbríos arroyos sólo quedaban piedras lisas y quemantes; y los esteros densísimos de agua negra y camalotes, se hallaban convertidos en páramos de arcilla surcada de rastros durísimos que entrecubría una red de filamentos deshilachados como estopa, y que era cuanto quedaba de la gran flora acuática. A toda la vera del bosque, los cactus, enhiestos como candelabros, aparecían ahora doblados a tierra, con sus brazos caídos hacia la extrema sequedad del suelo, tan duro que resonaba al menor choque.

Los días, unos tras otros, se deslizaban ahumados por la bruma de las lejanas quemazones, bajo el fuego de un cielo blanco hasta ennegrecer, y a través del cual se movía un Sol amarillo y sin rayos, que al llegar la tarde comenzaba a caer envuelto en vapores como una enorme masa asfixiada.

Por las particularidades de su vida vagabunda, Anaconda, de haberlo querido, no hubiera sentido mayormente los efectos de la sequía. Más allá de la laguna y sus bañados enjutos, hacia el Sol naciente, estaba el gran río natal, el Parahyba\* refrescante, que podía alcanzar en media jornada.

\* \_ Río que nace en Serra da Canastra (Brasil) y se une al Río Grande para formar el Paraná.

Pero ya no iba la boa a su río. Antes, hasta donde alcanzaba la memoria de sus antepasados, el río había sido suyo. Aguas, cachoeiras\*, lobos, tormentas y soledad, todo le pertenecía.

\* \_ Cachoeira, cachoera, o cacheira son voces brasileñas que significan cascada o salto de agua.

Ahora, no. Un hombre, primero, con su miserable ansia de ver, tocar y cortar había emergido tras del cabo de arena con su larga piragua. Luego otros hombres, con otros más, cada vez más frecuentes. Y todos ellos sucios de olor, sucios de machetes y quemazones incesantes. Y siempre remontando el río, desde el sur...

A muchas jornadas de allí, el Parahyba cobraba otro nombre, ella lo sabía bien. Pero más allá todavía, hacia ese abismo incomprensible del agua bajando siempre, ¿no habría un término, una inmensa restinga de través que contuviera las aguas eternamente en descenso?

De allí, sin duda, llegaban los hombres, y las alzaprimas, y las mulas sueltas que infectan la selva. ¡Si ella pudiera cerrar el Parahyba, devolverle su salvaje silencio, para reencontrar el deleite de antaño, cuando cruzaba el río silbando en las noches oscuras, con la cabeza a tres .metros del agua humeante!...

Sí; crear una barrera que cegara el río y bruscamente pensó en los camalotes.

La vida de Anaconda era breve aún; pero ella sabía de dos o tres crecidas que habían precipitado en el Paraná millones de troncos desarraigados, y plantas acuáticas y espumosas y fango. ¿Adónde había ido a pudrirse todo eso? ¿Qué cementerio vegetal sería capaz de contener el desagüe de todos los camalotes que un desborde sin precedentes vaciara en la sima de ese abismo desconocido?

Ella recordaba bien: crecida de 1883; inundación de 1894... Y con los once años transcurridos sin grandes lluvias, el régimen tropical debía sentir como ella en las fauces, sed de diluvio.

Su sensibilidad ofídica a la atmósfera le rizaba las escamas de esperanza. Sentía el diluvio inminente. Y como otro Pedro el Ermitaño\*, Anaconda se lanzó a predicar la cruzada a lo largo de los riachos y .fuentes fluviales.

\*  
\_ *Pedro el Ermitaño* (¿1050?–1115) fue un monje y predicador francés. Según la tradición, una visión que tuvo en la Iglesia del santo Sepulcro lo impulsó a la empresa de rescatar Jerusalem del dominio árabe. Comandó una expedición a Tierra Santa y fue derrotado en la batalla de Nicea en 1096. Al año siguiente se incorporó al ejército de Godofredo de Bouillon. Murió en el monasterio agustino de Huy.

La sequía de su hábitat no era, como bien se comprende, general a la vasta cuenca. De modo que tras largas jornadas, sus narices se expandieron ante la densa humedad de los esteros, plenos de victorias regias, y al vaho de formol de las pequeñas hormigas que amasaban sus túneles sobre ellas.

Muy poco costó a Anaconda convencer a los animales. El hombre ha sido, es y será el más cruel enemigo de la selva.

–...Cegando, pues, el río –concluyó Anaconda después de exponer largamente su plan–, los hombres no podrán más llegar hasta aquí.

–¿Pero las lluvias necesarias? –objetaron las ratas de agua, que no podían ocultar sus dudas–. ¡No sabemos si. van a venir!

–¡Vendrán! y antes de lo que imaginan. ¡Yo lo sé!

–Ella lo sabe –confirmaron las víboras–. Ella ha vivido entre los hombres. Ella los conoce.

–Sí, los conozco. y sé que un solo camalote, uno solo, arrastra, a la deriva de una gran creciente, la tumba de un hombre.

–¡Ya lo creo! –sonrieron suavemente las víboras–. Tal vez de dos...

–O de cinco... –bostezó un viejo tigre desde el fondo de sus ijares–. Pero dime –se desperezó directamente hacia Anaconda–: ¿estás segura de que los camalotes alcanzarán a cegar el río? Lo pregunto por preguntar.

–Claro que no alcanzarán los de aquí, ni todos los que puedan desprenderse en doscientas leguas a la redonda... Pero te confieso que acabas de hacer la única pregunta capaz de inquietarme. ¡No, hermanos! Todos los camalotes de la cuenca del Parahyba y del Río Grande \* con todos sus afluentes, no alcanzarían a formar una barra de diez leguas de largo a través del río. Si no contara más que con ellos, hace tiempo que me hubiera tendido a los pies del primer caipira \*\* con machete... Pero tengo grandes esperanzas de que las lluvias sean generales e Inunden también la cuenca del Paraguay \*\*\*. Ustedes no lo conocen... Es un gran río. Si llueve allá, como indefectiblemente lloverá aquí, nuestra victoria es segura. Hermanos: ¡hay allá esteros de camalotes que no alcanzaríamos a recorrer nunca, sumando nuestras vidas!

\*  
\_ Junto con el Parahyba forman el Paraná.

\*\*  
\_ Voz brasileña que significa campesino habitante de la selva

\*\*\*  
\_ Río de llanura, principal afluente del Paraná y uno de los mayores ríos de América del Sur. Nace en la meseta del Mato Grosso (Brasil).

–Muy bien... –asintieron los yacarés con pesada modorra–. Es aquél un hermoso país... ¿Pero cómo sabremos si ha llovido también allá? Nosotros tenemos las patitas débiles...

–No, pobrecitos sonrió Anaconda, cambiando una irónica mirada con los carpinchos, sentados a diez prudenciales metros–. No los haremos ir tan lejos... Yo creo que un pájaro cualquiera puede venir desde allá en tres volidos\* a traernos la buena nueva...

\*  
\_ Vuelos.

–Nosotros no somos pájaros cualesquiera –dijeron los tucanes–, y vendremos en cien volidos, porque volamos muy mal. Y no tenemos miedo a nadie. Y vendremos volando, porque nadie nos obliga a ello, y queremos hacerlo así. Y a nadie tenemos miedo.

Y concluido su aliento, los tucanes miraron impávidos a todos, con sus grandes ojos de oro cercados de azul.

–Somos nosotros quienes tenemos miedo... —chilló a la sordina una arpía\* plomiza esponjándose de sueño.

\*  
\_ Especie de águila que se alimenta de aves y animales pequeños.

–Ni a ustedes, ni a nadie. Tenemos el vuelo corto; pero miedo, no – insistieron los tucanes, volviendo a poner a todos de testigos.

–Bien, bien... –intervino Anaconda, al ver que el debate se agriaba, como eternamente se ha agriado en la selva toda exposición de méritos–. Nadie tiene miedo a nadie, ya lo sabemos. ..y los admirables tucanes vendrán, pues, a informarnos del tiempo que reine en la cuenca aliada.

–Lo haremos así porque nos gusta: pero nadie nos obliga a hacerlo – tornaron los tucanes.

De continuar así, el plan de lucha iba a ser muy pronto olvidado, y Anaconda lo comprendió.

–¡Hermanos! –se irguió con vibrante silbido–. Estamos perdiendo el tiempo estérilmente. Todos somos iguales, pero juntos. Cada uno de nosotros, de por sí, no vale gran cosa. Aliados, somos toda la zona tropical. ¡Lancémosla contra el hombre, hermanos! ¡Él todo lo destruye! ¡Nada hay que no corte y ensucie! ¡Echemos por el río nuestra zona entera, con sus lluvias, su fauna, sus camalotes, sus fiebres y sus víboras! ¡Lancemos el bosque por el río, hasta cegar! ¡Arranquémonos todos, desarraiguémonos a muerte, si es preciso, pero lancemos el trópico aguas abajo!

**El acento de las serpientes fue siempre seductor. La selva, enardecida, se alzó en una sola voz:**

**–¡Sí, Anaconda! ¡Tiene razón! ¡Precipitemos la zona por el río! ‘Bajemos, bajemos!’**

**Anaconda respiró por fin libremente: la batalla estaba ganada. El alma – diríamos– de una zona entera, con su clima, su fauna y su flora, es difícil de conmover; pero cuando sus nervios se han puesto tirantes en la prueba de una atroz sequía, no cabe entonces mayor certidumbre que su resolución bienhechora en un gran diluvio.**

**Pero en su hábitat, al que la gran boa regresaba, la sequía llegaba ya a límites extremos.**

**–¿Y bien? –preguntaron las bestias angustiadas–. ¿Están allá de acuerdo con nosotros? ¿Volverá a llover otra vez, dínos? ¿Estás segura, Anaconda?**

**–Lo estoy. Antes de que concluya esta Luna oiremos tronar de agua el monte. ¡Agua, hermanos, y que no cesará tan pronto!**

**A esta mágica voz: ¡Agua!, la selva entera clamó, como un eco de desolación:**

**–¡Agua! ¡Agua!**

**–¡Sí, e inmensa! Pero no nos precipitemos cuando brame. Contamos con aliados invalorable, y ellos nos enviarán mensajeros cuando llegue el instante. Escudriñen constantemente el cielo, hacia el noroeste. De allí deben llegar los tucanes. Cuando ellos lleguen, la victoria es nuestra. Hasta entonces, paciencia.**

**¿Pero cómo exigir paciencia a seres cuya piel se abría en grietas de sequedad, que tenían los ojos rojos por la conjuntivitis, y cuyo trote vital era ahora un arrastre de patas, sin brújula?**

**Día tras día, el Sol se levantó sobre el barro de intolerable resplandor, y se hundió asfixiado en vapores de sangre, sin una sola esperanza. Cerrada la noche, Anaconda se deslizaba hasta el Parahyba a sentir en la sombra el menor estremecimiento de lluvia que debía llegar sobre las aguas desde el implacable norte. Hasta la costa, por lo demás, se habían arrastrado los animales menos exhaustos. Y juntos todos, pasaban las noches sin sueño y sin hambre, aspirando en la brisa, como la vida misma, el más leve olor a tierra mojada.**

**Hasta que una noche, por fin, se realizó el milagro. Inconfundible con otro alguno, el viento precursor trajo a aquellos míseros un sutil vaho de hojas empapadas.**

**–¡Agua! ¡Agua! –se oyó clamar de nuevo en el desolado ámbito. y la dicha fue definitiva cuando cinco horas después, al romper el día, se oyó en el silencio, lejanísimo aún, el sordo tronar de la selva bajo el diluvio que se precipitaba por fin.**

**–Esa mañana el Sol brilló, pero no amarillo, sino anaranjado, y a mediodía no se le vio más. Y la lluvia llegó, espesísima y opaca y blanca como plata oxidada, a empapar la tierra sedienta.**

**Diez noches y diez días continuos el diluvio se cernió sobre la selva flotando en vapores; y lo que fuera páramo de insoportable luz, se tendía ahora hasta el horizonte en sedante napa líquida. La flora acuática rebrotaba en planísimas balsas verdes que a simple vista se veía dilatar sobre el agua hasta lograr contacto con sus hermanas. Y cuando nuevos días pasaron sin traer a los emisarios del noroeste, la inquietud tornó a inquietar a los futuros cruzados.**

**–¡No vendrán nunca! –clamaban–. ¡Lancémonos, Anaconda! Dentro de poco no será ya tiempo. Las lluvias cesan.**

**–Y recomenzarán. ¡Paciencia, hermanitos! ¡Es imposible que no llueva allá! Los tucanes vuelan mal; ellos mismos lo dicen. Acaso estén en camino. ¡Dos días más!**

**Pero Anaconda estaba muy lejos de la fe que aparentaba. ¿Y si los tucanes se habían extraviado en los vapores de la selva humeante? ¿y si por una inconcebible desgracia, el noroeste no había acompañado al diluvio del norte? A media jornada de allí, el Parahyba atronaba con las cataratas pluviales que le vertían sus afluentes.**

**Como ante la espera de una paloma de arca <sup>\*</sup>, los ojos de las ansiosas bestias estaban sin cesar vueltos al noroeste, hacia el cielo anunciador de su gran empresa. Nada. Hasta que en las brumas de un chubasco, mojados y ateridos, los tucanes llegaron graznando:**

**\* \_ Alusión a la versión bíblica del diluvio universal, en que se hace referencia a las aves enviadas por Noé desde el arca en que estaba refugiado, para averiguar si había tierra en algún lugar.**

**–¡Grandes lluvias! ¡Lluvia general en toda la cuenca! ¡Todo blanco de agua!**

**Y un alarido salvaje azotó la zona entera.**

**–¡Bajemos! ¡El triunfo es nuestro! ¡Lancémonos en seguida!**

**Y ya era tiempo, podría decirse, porque el Parahyba desbordaba hasta allí mismo, fuera de cauce. Desde el río hasta la gran laguna, los bañados eran ahora un tranquilo mar, que se balanceaba de tiernos camalotes. Al norte, bajo la presión del desbordamiento, el mar verde cedía dulcemente, trazaba una gran curva lamiendo el bosque, y derivaba lentamente hacia el sur,**

succionado por la veloz corriente.

Había llegado la hora. Ante los ojos de Anaconda, la zona al asalto desfiló. Victorias nacidas ayer, y viejos cocodrilos rojizos; hormigas y tigres; camalotes y víboras; espumas, tortugas y liebres, y el mismo clima diluviano que descargaba otra vez, la selva pasó, aclamando a la boa, hacia el abismo de las grandes crecidas.

Y cuando Anaconda lo hubo visto así, se dejó a su vez arrastrar flotando hasta el Paranahyba, donde arrollada sobre un cedro arrancado de cuajo, que descendía girando sobre sí mismo en las corrientes encontradas. suspiró por fin con una sonrisa, cerrando lentamente a la luz crepuscular sus ojos de vidrio.

Estaba satisfecha.

Comenzó entonces el viaje milagroso hacia lo desconocido, pues de lo que pudiera haber detrás de los grandes cantiles de asperón rosa que mucho más allá del Guayra<sup>\*</sup> entrecierran el río, ella lo ignoraba todo. Por el Tacuarí<sup>\*\*</sup> había llegado una vez hasta la cuenca del Paraguay, según lo hemos visto. Del Paraná medio e inferior, nada conocía.

\* \_ Una serie de 18 cascadas en el río Paraná, a lo largo de cinco kilómetros, en el límite entre Brasil y Paraguay.

\*\* \_ Río que nace en el departamento de Cerro Largo, Uruguay, y desemboca en la laguna Mirim

Serena, sin embargo, a la vista de la zona que bajaba triunfal y danzando sobre las aguas encajonadas, refrescada de mente y de lluvia, la gran serpiente se dejó llevar hamacada bajo el diluvio blanco que la adormecía.

Descendió en este estado el Paranahyba natal, entrevió el aplacamiento de los remolinos al salvar el río Muerto, y apenas tuvo conciencia de sí cuando la selva entera flotante, y el cedro, y ella misma, fueron precipitados a través de la bruma en la pendiente del Guayra, cuyos saltos en escalera se hundían por fin en un plano inclinado abismal. Por largo tiempo el río estrangulado revolvió profundamente sus aguas rojas. Pero dos jornadas mas adelante los altos ribazos se separaban otra vez, y las aguas, en estiramiento de aceite, sin un remolino ni un rumor, filaban por la canal<sup>\*\*</sup> a nueve millas por hora.

\* \_ Corrían, se deslizaban.

\*\* \_ El canal; género ambiguo.

A nuevo país, nuevo clima. Cielo despejado ahora y Sol radiante, que apenas

alcanzaban a velar un momento los vapores matinales. Como una serpiente muy joven, Anaconda abrió curiosamente los ojos al día de Misiones, en un confuso y casi desvanecido recuerdo de su primera juventud.

Tornó a ver la playa, al primer rayo de sol, elevarse y flotar sobre una lechosa niebla que poco a poco se disipaba, para persistir en las enseñadas umbrías, en largos chales prendidos a la popa mojada de las piraguas. Volvió aquí a sentir, al abordar los grandes remansos de las restingas, el vértigo del agua a flor de ojo, girando en curvas lisas y mareantes, que al hervir de nuevo al tropiezo de la corriente, borbotaban enrojecidas por la sangre de las palometas. Vio tarde a tarde al Sol recomenzar su tarea de fundidor incendiando. los crepúsculos en abanico, con el centro vibrando al rojo albeante, mientras allá arriba, en el alto cielo, blancos cúmulos bogaban solitarios, mordidos en todo el contorno por chispas de fuego.

Todo le era conocido, pero como en la niebla de un ensueño. Sintiendo, particularmente de noche, el pulso caliente de la inundación que descendía con ella, la boa se dejaba llevar a la deriva, cuando súbitamente se arrolló con una sacudida de inquietud.

El cedro acababa de tropezar con algo inesperado o, por lo menos, poco habitual en el río.

Nadie ignora todo lo que arrastra, a flor de agua o semisumergido, una gran crecida. Ya varias veces habían pasado a la vista de Anaconda, ahogados allá en el extremo norte, animales desconocidos de ella misma, y que se hundían poco a poco bajo un aleteante. picoteo de cuervos<sup>\*</sup>. Había visto a los caracoles trepando a centenares a las altas ramas columpiadas por la corriente, y a los annós<sup>\*\*</sup> rompiéndolos a picotazos. Y al esplendor de la Luna, había asistido al desfile de los carambatás<sup>\*\*\*</sup> remontando el río con la aleta dorsal a flor de agua, para hundirse todos de pronto con una sacudida de cañonazo.

\* \_ Desplazamiento calificativo: el adjetivo *alleteante*, que en verdad corresponde a *cuervos*, se aplica a la acción que estos realizan. La realidad es captada así de un modo más emocional e intuitivo, es decir, más poético. Estas innovaciones expresivas son uno de los aportes del modernismo.

\*\* \_ Especie de paloma silvestre.

\*\*\* \_ Voz guaraní que designa a peces de río que nadan velozmente contra la corriente

Como en las grandes crecidas.

Pero lo que acababa de trabar contacto con ella era un cobertizo de dos aguas, como el techo de un rancho caído a tierra, y que la corriente arrastraba sobre un embalsado<sup>\*</sup> de camalotes.

\* \_ Balsa.

¿Rancho construido a pique sobre un estero, y minado por las aguas?  
¿Habitado tal vez por un náufrago que alcanzara \* hasta él?

\* \_ Por: “que había alcanzado” o “que había llegado”.

Con infinitas precauciones, escama tras escama, Anaconda recorrió la isla flotante. Se hallaba habitada, en efecto, y bajo el cobertizo de paja estaba acostado un hombre. Pero enseñaba una larga herida en la garganta, y se estaba muriendo.

Durante largo tiempo, sin mover siquiera un milímetro la extremidad de la cola, Anaconda mantuvo la mirada fija en su enemigo.

En ese mismo gran golfo del río, obstruido por los cantiles de arenisca rosa, la boa había conocido al hombre. No guardaba de aquella historia recuerdo alguno preciso; sí una sensación de disgusto, una gran repulsión de sí misma, cada vez que la casualidad, y sólo ella, despertaba en su memoria algún vago detalle de su aventura.

Amigos de nuevo, jamás. Enemigos, desde luego, puesto que contra ellos estaba desencadenada la lucha.

Pero, a pesar de todo, Anaconda no se movía; y las horas pasaban. Reinaban todavía las tinieblas cuando la gran serpiente se desenrolló de pronto y fue hasta el borde del embalsado a tender la cabeza hacia las negras aguas.

Había sentido la proximidad de las víboras en su olor a pescado.

En efecto, las víboras llegaban a montones.

–¿Qué pasa? –preguntó Anaconda–. Saben ustedes bien que no deben abandonar sus camalotes en una inundación.

–Lo sabemos –respondieron las intrusas–. Pero aquí hay un hombre. Es un enemigo de la selva. Apártate, Anaconda.

–¿Para qué? No se pasa. Ese hombre está herido... Está muerto.

–¿Y a ti qué te importa? Si no está muerto, lo estará en seguida... ¡Danos paso, Anaconda!

La gran boa se irguió, arqueando hondamente el cuello.

–¡No se pasa, he dicho! ¡Atrás! He tomado a ese hombre enfermo bajo mi protección. ¡Cuidado con la que se acerque!

–¡Cuidado tú! –gritaron en un agudo silbido las víboras, hinchando las parótidas asesinas.

–¿Cuidado de qué?

**–De lo que haces. ¡Te has vendido a los hombres!... ¡Iguana de cola larga!**

**Apenas acababa la serpiente de cascabel de silbar la última palabra, cuando la cabeza de la boa iba, como un terrible ariete, a destrozar las mandíbulas del crótalo, que flotó en seguida muerto, con el lacio vientre al aire.**

**–¡Cuidado! –Y la voz de la boa se hizo agudísima–. ¡No va a quedar víbora en todo Misiones, si se acerca una sola! ¡Vendida yo, miserables...! ¡Al agua! Y ténganlo bien presente: ni de día, ni de noche, ni a hora alguna, quiero víboras alrededor del hombre. ¿Entendido?**

**–¡Entendido! –repuso desde las tinieblas la voz sombría de una gran yararacusú–. Pero algún día te hemos de pedir cuenta de esto, Anaconda.**

**–En otra época –contestó Anaconda–, rendí cuenta a alguna de ustedes... Y no quedó contenta. ¡Cuidado tu misma, hermosa yarará! Y ahora, mucho ojo... ¡Y feliz viaje!**

**Tampoco esta vez Anaconda se sentía satisfecha. ¿Por qué había procedido así? ¿Qué la ligaba ni podía ligar jamás a ese hombre –un desgraciado mensú<sup>\*</sup>, a todas luces–, que agonizaba con la garganta abierta.**

**\* \_ Peón, jornalero.**

**El día clareaba ya.**

**–¡Bah! –murmuró por fin la gran boa, contemplando por última vez al herido–. Ni vale la pena que me moleste por ese sujeto... Es un pobre individuo, como todos los otros, a quien queda apenas una hora de vida...**

**Y con una desdeñosa sacudida de cola, fue a arrollarse en el centro de su isla flotante.**

**Pero en todo el día sus ojos no dejaron un instante de vigilar los camalotes.**

**Apenas entrada la noche, altos conos de hormigas que derivaban sostenidas por los millares de hormigas ahogadas en la base, se aproximaron al embalsado.**

**–Somos las hormigas, Anaconda –dijeron–, y venimos a hacerte un reproche. Ese hombre que está sobre la paja es un enemigo nuestro. Nosotras no lo vemos, pero las víboras saben que está allí. Ellas lo han visto, y el hombre está durmiendo bajo el techo. Mátalo, Anaconda.**

**–No, hermanas. Vayan tranquilas.**

**–Haces mal, Anaconda. Deja entonces que las víboras lo maten.**

**–Tampoco. ¿Conocen ustedes las leyes de las crecidas? Este embalsado es mío, y yo estoy en él. Paz, hormigas.**

**–Pero es que las víboras lo han contado a todos... Dicen que te has vendido a los hombres... No te enojas, Anaconda.**

**–¿Y quiénes lo creen?**

**–Nadie, es cierto... Sólo los tigres no están contentos.**

**–¡Ah... ! ¿Y por qué no vienen ellos a decírmelo?**

**–No lo sabemos, Anaconda.**

**–Yo sí lo sé. Bien, hermanitas: apártense tranquilamente, y cuiden de no ahogarse todas, porque harán pronto mucha falta. No teman nada de su Anaconda. Hoy y siempre, soy y seré la fiel hija de la selva. Díganse a todos así. Buenas noches, compañeras.**

**–¡Buenas noches, Anaconda! –se apresuraron a responder las hormiguitas. y la noche las absorbió.**

**Anaconda había dado sobradas pruebas de inteligencia y lealtad para que una calumnia viperina le enajenara el respeto y el amor de la selva. Aunque su escasa simpatía a cascabeles y yararás de toda especie no se ocultaba a nadie, las víboras desempeñaban en la inundación tal inestimable papel, que la misma boa se lanzó en largas nadadas a conciliar los ánimos.**

**–Yo no busco guerra –dijo a las víboras–. Como ayer, y mientras dure la campaña, pertenezco en alma y cuerpo a la crecida. Solamente que el embalsado es mío, y hago de él lo que quiero. Nada más.**

**Las víboras no respondieron una palabra, ni volvieron siquiera los fríos ojos a su interlocutora, como si nada hubieran oído.**

**–¡Mal síntoma! –croaron los flamencos juntos, que contemplaban desde lejos el encuentro.**

**–¡Bah! –lloraron trepando en un tronco los yacarés chorreantes–. Dejemos tranquila a Anaconda... Son cosas de ella. Y el hombre debe estar ya muerto.**

**Pero el hombre no moría. Con gran extrañeza de Anaconda, tres nuevos días habían pasado, sin llevar consigo el hipo final del agonizante. No dejaba ella un instante de montar guardia; pero aparte de que las víboras no se aproximaban más, otros pensamientos preocupaban a Anaconda.**

**Según sus cálculos –toda serpiente de agua sabe más de hidrografía que hombre alguno– debían hallarse ya próximos al Paraguay. Y sin el fantástico aporte de camalotes que este río arrastra en sus grandes crecidas, la lucha estaba concluida al comenzar. ¿Qué significaban, para colmar y cegar el Paraná en su desagüe, los verdes manchones que bajaban del Paranyba, al lado de los 180.000 kilómetros cuadrados de camalotes de los grandes bañados de Xarayes \* ? La selva que derivaba en ese momento lo sabía**

también, por los relatos de Anaconda en su cruzada. De modo que cobertizo de paja, hombre herido y rencores fueron olvidados ante el ansia de los viajeros, que hora tras hora auscultaban las aguas para reconocer la flora aliada.

\* \_ Región selvática y pantanosa del Brasil, en Mato Grosso, cerca del límite con Bolivia.

¿Y si los tucanes –pensaba Anaconda– habían errado, apresurándose a anunciar una mísera llovizna?

–¡Anaconda! –se oía en las tinieblas desde distintos puntos–. ¿No reconoces las aguas todavía? ¿Nos habrán engañado, Anaconda?

–No lo creo –respondía la boa, sombría–. Un día más, y las encontraremos.

–¡Un día más! Vamos perdiendo las fuerzas en este ensanche del río. ¡Un nuevo día...! ¡Siempre dices lo mismo, Anaconda!

–¡Paciencia, hermanos! Yo sufro mucho más que ustedes.

Fue el día siguiente un duro día, al que se agregó la extrema sequedad del ambiente, y que la gran boa sobrellevó inmóvil de vigía en su isla flotante, encendida al caer la tarde por el reflejo del sol, tendido como una barra de metal fulgurante a través del río, y que la acompañaba.

En las tinieblas de esa misma noche, Anaconda, que desde horas atrás nadaba entre los embalsados sorbiendo ansiosamente sus aguas, lanzó de pronto un grito de triunfo: acababa de reconocer en una inmensa balsa a la deriva, el salado sabor de los camalotes del Olidén.

–¡Salvados, hermanos! –exclamó–. ¡El Paraguay baja ya con nosotros! ¡Grandes lluvias allá también!

Y la moral de la selva, remontada como por encanto, aclamó a la inundación limítrofe, cuyos camalotes, densos como tierra firme, entraban por fin en el Paraná.

El Sol iluminó al día siguiente esta epopeya de las dos grandes cuencas aliadas que se vertían en las mismas aguas.

La gran flora acuática bajaba, soldada en islas extensísimas que cubrían el río. Una misma voz de entusiasmo flotaba sobre la selva cuando los camalotes próximos a la costa, absorbidos por un remanso, giraban indecisos sobre el rumbo a tomar.

–¡Paso! ¡Paso! –se oía pulsar a la crecida entera ante el obstáculo. Y los camalotes, los troncos con su carga de asaltantes, escapaban por fin a la succión, filando como un rayo por la tangente.

**–¡Sigamos! ¡Paso! ¡Paso! –se oía desde una orilla a la otra–. ¡La victoria es nuestra!**

**Así lo creía también Anaconda. Su sueño estaba a punto de realizarse. Y envanecida de orgullo, echó hacia la sombra del cobertizo una mirada triunfal.**

**El hombre había muerto. No había el herido cambiado de posición ni encogido un solo dedo, ni su boca se había cerrado. Pero estaba bien muerto, y posiblemente desde horas atrás.**

**Ante esa circunstancia, más que natural y esperada, Anaconda quedó inmóvil de extrañeza, como si el obscuro mensú hubiera debido conservar para ella, a despecho de su raza y sus heridas, su miserable existencia.**

**¿Qué le importaba ese hombre? Ella lo había defendido, sin duda; lo había resguardado de las víboras, velando y sosteniendo a la sombra de la inundación un resto de vida hostil.**

**¿Por qué? Tampoco le importaba saberlo. Allí quedaría el muerto, bajo su cobertizo, sin que ella volviera a acordarse más de él. Otras cosas la inquietaban.**

**En efecto, sobre el destino de la gran crecida se cernía una amenaza que Anaconda no había previsto. Macerado por los largos días de flote en aguas calientes, el sargazo fermentaba. Gruesas burbujas subían a la superficie entre los intersticios de aquél, y las semillas reblandecidas se adherían aglutinadas todo al contorno del sargazo. Por un momento, las costas altas habían contenido el desbordamiento, y la selva acuática había cubierto entonces totalmente el río, al punto de no verse agua sino un mar verde en todo el cauce. Pero ahora, en las costas bajas, la crecida, cansada y falta del coraje de los primeros días, defluía agonizante hacia el interior anegadizo que, como una trampa, le tendía la tierra a su paso.**

**Más abajo todavía, los grandes embalsados se rompían aquí y allá, sin fuerzas para vencer los remansos, e iban a gestar en las profundas ensenadas su ensueño de fecundidad. Embriagados por el vaivén y la dulzura del ambiente, los camalotes cedían dóciles a las contracorrientes de la costa, remontaban suavemente el Paraná en dos grandes curvas, y se paralizaban por fin a lo largo de la playa a florecer.**

**Tampoco la gran boa escapaba a esta fecunda molicie que saturaba la inundación. Iba de un lado a otro en su isla flotante, sin hallar sosiego en parte alguna. Cerca de ella, a su lado casi, el hombre muerto se descomponía. Anaconda se aproximaba a cada instante, aspiraba, como en un rincón de la selva, el calor de la fermentación, e iba a deslizar por largo trecho el cálido vientre sobre el agua, como en los días de su primavera natal.**

Pero no era esa agua ya demasiado fresca el sitio propicio. Bajo la sombra del techo, yacía el mensú muerto. ¿Podía no ser esa muerte más que la resolución final y estéril del ser que ella había velado? ¿Y nada, nada le quedaría de él?

Poco a poco, con la lentitud que ella habría puesto ante un santuario natural, Anaconda fue arrollándose. Y junto al hombre que ella había defendido como a su vida propia; al fecundo calor de su descomposición –póstumo tributo de agradecimiento, que quizá la selva hubiera comprendido–, Anaconda comenzó a poner sus huevos.

De hecho, la inundación estaba vencida. Por vastas que fueran las cuencas aliadas, y violentos hubieran sido los diluvios, la pasión de la flora había quemado el brío de la gran crecida. Pasaban aún los camalotes, sin duda; pero la voz de aliento: ¡Paso! ¡Paso!, se había extinguido totalmente.

Anaconda no soñaba más. Estaba convencida del desastre. Sentía, inmediata, la inmensidad en que la inundación iba a diluirse, sin haber cerrado el río. Fiel al calor del hombre, continuaba poniendo sus huevos vitales, propagadores de su especie, sin esperanza alguna para ella misma.

En un infinito de agua fría, ahora, los camalotes se disgregaban, desparramándose por la superficie sin fin. Largas y redondas olas balanceaban sin concierto la selva desgarrada, cuya fauna terrestre, muda y sin oriente, se iba hundiendo aterida en la frialdad del estuario.

Grandes buques –los vencedores– ahumaban a lo lejos el cielo límpido, y un vaporcito empenachado de blanco, curioseaba entre las islas rotas. Más lejos todavía, en la infinitud celeste, Anaconda se destacaba erguida sobre su embalsado, y aunque disminuidos por la distancia, sus robustos diez metros llamaron la atención de los curiosos.

–¡Allá! –se alzó de pronto una voz en el vaporcito–. ¡En aquel embalsado! ¡Una enorme víbora!

–¡Qué monstruo! –gritó otra voz–. ¡Y fíjense! ¡Hay un rancho caído! Seguramente ha matado a su habitante.

–¡O lo ha devorado vivo! Estos monstruos no perdonan a nadie. Vamos a vengar al desgraciado con una buena bala.

–¡Por Dios, no nos acerquemos! –clamó el que primero había hablado–. El monstruo debe de estar furioso. Es capaz de lanzarse contra nosotros en cuanto nos vea. ¿Está seguro de su puntería desde aquí?

–Veremos... No cuesta nada probar un primer tiro...

Allá, al Sol naciente que doraba el estuario puntillado de verde, Anaconda

había visto la lancha con su penacho de vapor. Miraba indiferente hacia aquello, cuando distinguió un pequeño copo de humo en la proa del vaporcito, y su cabeza golpeó contra los palos del embalsado.

La boa se irguió de nuevo, extrañada. Había sentido un golpecito seco en alguna parte de su cuerpo, tal vez en la cabeza. No se explicaba cómo. Tenía, sin embargo, la impresión de que algo le había pasado. Sentía su cuerpo dormido, primero; y luego, una tendencia a balancear el cuello, como si las cosas, y no su cabeza, se pusieran a danzar, obscureciéndose.

Vio de pronto ante sus ojos la selva natal en un viviente panorama, pero invertida; y transparentándose sobre ella, la cara sonriente del mensú.

–Tengo mucho sueño... –pensó Anaconda, tratando de abrir todavía los ojos. Inmensos y azulados ahora, sus huevos desbordaban del cobertizo y cubrían la balsa entera.

–Debe ser hora de dormir... –murmuró Anaconda.

Y pensando deponer suavemente la cabeza a lo largo de sus huevos, la aplastó contra el suelo en el sueño final.

Edición digital de urijenny ([odoniano@yahoo.com.ar](mailto:odoniano@yahoo.com.ar))

## Los desterrados

Horacio Quiroga

Misiones, como toda región de frontera, es rica en tipos pintorescos. Suelen serlo extraordinariamente aquellos que, a semejanza de las bolas de billar, han nacido con efecto. Tocan normalmente banda, y emprenden los rumbos más inesperados. Así Juan Brown, que habiendo ido por sólo unas horas a mirar las ruinas, se quedó 25 años allá; el doctor Else, a quien la destilación de naranjas llevó a confundir a su hija con una rata; el químico Rivet, que se extinguió como una lámpara, demasiado repleto de alcohol carburado; y tantos otros que, gracias al efecto, reaccionaron del modo más imprevisto. En los tiempos heroicos del obraje y la yerba mate, el Alto Paraná sirvió de campo de acción a algunos tipos riquísimos de color, dos o tres de los cuales alcanzamos a conocer nosotros, treinta años después.

Figura a la cabeza de aquéllos un bandolero de un desenfado tan grande en

cuestión de vidas humanas, que probaba sus winchesters sobre el primer transeúnte. Era correntino, y las costumbres y habla de su patria formaban parte de su carne misma. Se llamaba Sidney Fitz-Patrick, y poseía una cultura superior a la de un egresado de Oxford.

A la misma época pertenece el cacique Pedrito, cuyas indiadas mansas compraron en los obrajes los primeros pantalones. Nadie le había oído a este cacique de faz poco india una palabra en lengua cristiana, hasta el día en que al lado de un hombre que silbaba un aria de *La Traviata*, el cacique prestó un momento atención, diciendo luego en perfecto castellano:

–*La Traviata*... Yo asistí a su estreno en Montevideo, el 59...

Naturalmente, ni aun en las regiones del oro o el caucho abundan tipos de este romántico color. Pero en las primeras avanzadas de la civilización al norte del Iguazú, actuaron algunas figuras nada despreciables, cuando los obrajes y campamentos de yerba del Guayra se abastecían por medio de grandes lanchones izados durante meses y meses a la sirga \* contra una corriente de Infierno, y hundidos hasta la borda bajo el peso de mercancías averiadas, charques \*\*, mulas y hombres, que a su vez tiraban como forzados, y que alguna vez regresaron sólo sobre diez tacuaras a la deriva, dejando a la embarcación en el más grande silencio.

\*  
\_ Con una cuerda o cable.

\*\*  
\_ Carne que se conserva seca y salada.

De estos primeros mensús formó parte el negro João Pedro, uno de los tipos de aquella época que alcanzaron hasta nosotros.

João Pedro había desembocado un mediodía del monte con el pantalón arremangado sobre la rodilla, y el grado de general, al frente de ocho o diez brasileños en el mismo estado que su jefe.

En aquel tiempo –como ahora– el Brasil desbordaba sobre Misiones, a cada revolución, hordas fugitivas cuyos machetes no siempre concluían de enjugarse en tierra extranjera. João Pedro, mísero soldado, debía a su gran conocimiento del monte su ascenso a general. En tales condiciones, y después de semanas de bosque virgen que los fugitivos habían perforado como diminutos ratones, los brasileños guiñaron los ojos ennegrecidos ante el Paraná, en cuyas aguas albeantes hasta hacer doler los ojos, el bosque se cortaba por fin.

Sin motivos de unión ya, los hombres se desbandaron. João Pedro remontó el Paraná hasta los obrajes, donde actuó breve tiempo, sin mayores peripecias para sí mismo. Y advertimos esto último, porque cuando un tiempo después João Pedro acompañó a un agrimensor hasta el interior de la selva, concluyó en esta forma y en esta lengua de frontera el relato del

**viaje:**

**–Después tivemos um disgusto... E dos dois, volvió um solo \***

\* \_ Después tuvimos un disgusto... Y de los dos volvió uno solo.

**Durante algunos años, luego, cuidó del ganado de un extranjero, allá en los pastizales de la sierra, con el exclusivo objeto de obtener sal gratuita para cebar los barreros \* de caza, y atraer tigres. El propietario notó al fin que sus terneras morían como ex profeso enfermas en lugares estratégicos para cazar tigres, y tuvo palabras duras para su capataz. Éste no respondió en el momento; pero al día siguiente los pobladores hallaban en la picada al extranjero, terriblemente azotado a machetazos, como quien cancha yerba de plano.**

\* \_ Terrenos salitrosos.

**También esta vez fue breve la confidencia de nuestro hombre:**

**–Olvidóse de que eu era home como ele... E canchei o francês \***

\* \_ Se olvidó de que yo era tan hombre como él... Y liquidé al francés...

**El propietario era italiano; pero lo mismo daba, pues la nacionalidad atribuida por João Pedro era entonces genérica para todos los extranjeros.**

**Años después, y sin motivo alguno que explique el cambio de país, hallamos al ex general dirigiéndose a una estancia del Ibera \* cuyo dueño gozaba fama de pagar de extraño modo a los peones que reclamaban su sueldo.**

\* \_ Laguna o estero, en la provincia de Corrientes. Se extiende desde el río Paraná hasta la ciudad de Mercedes.

**João Pedro ofreció sus servicios, que el estanciero aceptó en estos términos:**

**–A vos, negro, por tus motas, te voy a pagar dos pesos y la rapadura. No te olvidés de venir a cobrar a fin de mes.**

**João Pedro salió mirándolo de reojo; y cuando a fin de mes fue a cobrar su sueldo, el dueño de la estancia le dijo:**

**–Tendé la mano, negro, y apretá fuerte.**

**Y abriendo el cajón de la mesa, le descargó encima el revólver.**

**João Pedro salió corriendo con su patrón detrás que lo tiroteaba, hasta lograr hundirse en una laguna de aguas podridas, donde arrastrándose bajo los camalotes y pajas, pudo alcanzar un tacurú \* que se alzaba en el centro como un cono.**

\*  
\_ Voz guaraní; hormiguero en forma de montículo de aproximadamente un metro de altura.

Guareciéndose tras él, el brasileño esperó, atisbando a su patrón con un ojo.

–No te movás, moreno –le gritó el otro, que había concluido sus municiones.

João Pedro no se movió, pues tras él el lbera borbotaba hasta el Infinito. Y cuando asomó de nuevo la nariz, vio a su patrón que regresaba al galope con el winchester cogido por el medio. Comenzó entonces para el brasileño una prolija tarea, pues el otro corría a caballo buscando hacer blanco en el negro, y éste giraba a la par alrededor del tacurú, esquivando el tiro.

–Ahí va tu sueldo, macaco –gritaba el estanciero al galope; y la cúspide del tacurú volaba en pedazos.

Llegó un momento en que João Pedro no pudo sostenerse más, y en un instante propicio se hundió de espaldas en el agua pestilente, con los labios estirados a flor de camalotes y mosquitos, para respirar. El otro, al paso ahora, giraba alrededor de la laguna buscando al negro. Al fin se retiró, silbando en voz baja y con las riendas sueltas sobre la cruz del caballo.

En la alta noche el brasileño abordó el ribazo de la laguna, hinchado y tiritando, y huyó de la estancia, poco satisfecho al parecer del pago de su patrón, pues se detuvo en el monte a conversar con otros peones prófugos, a quienes se debía también dos pesos y la rapadura. Dichos peones llevaban una vida casi independiente, de día en el monte, y de noche en los caminos.

Pero como no podían olvidar a su ex patrón, resolvieron jugar entre ellos a la suerte el cobro de sus sueldos, recayendo dicha misión en el negro João Pedro, quien se encaminó por segunda vez a la estancia, montado en una mula.

Felizmente –pues ni uno ni otro desdeñaban la entrevista–, el peón y su patrón se encontraron; éste con su revólver al cinto, aquél con su pistola en la pretina.

Ambos detuvieron sus cabalgaduras a veinte metros.

–Está bien, moreno –dijo el patrón–. ¿Venís a cobrar tu sueldo? Te voy a pagar en seguida.

–Eu vengo –respondió João Pedro– a quitar a você de en medio. Atire você primeiro, e nao erre \* .

\*  
\_ –Vengo –respondió João Pedro– a sacarlo del medio. Tire usted primero y no erre.

–Me gusta, macaco. Sujétate entonces bien las motas...

–Atire \* .

\*  
\_ -Tire.

-¿Pois nao? -dijo aquél \* .

\*  
\_ -¿Ahora? -dijo aquél.

-Pois é -asintió el negro, sacando la pistola \* .

\*  
\_ -Ahora -asintió el negro, sacando la pistola.

El estanciero apuntó, pero erró el tiro. Y también esta vez, de los dos hombres regresó uno solo.

El otro tipo pintoresco que alcanzó hasta nosotros era también brasileño, como lo fueron casi todos los primeros pobladores de Misiones. Se le conoció siempre por Tirafofo, sin que nadie haya sabido de él nombre otro alguno, ni aun la policía, cuyo dintel \* por otro lado nunca llegó a pisar.

\*  
\_ Error, por umbral.

Merece este detalle mención, porque a pesar de haber sorbido nuestro hombre más alcohol del que pueden soportar tres jóvenes fuertes, logró siempre esquivar, fresco o borracho, el brazo de los agentes.

Las chacotas que levanta la caña en las bailantas \* del Alto Paraná, no son cosa de broma. Un machete de monte, animado de un revés de muñeca de mensú, parte hasta el bulbo el cráneo de un jabalí; y una vez, tras un mostrador, hemos visto al mismo machete, y del mismo revés, quebrar como una caña el antebrazo de un hombre, después de haber cortado limpiamente en su vuelo el acero de una trampa de ratas, que pendía del techo.

\*  
\_ Bailes, fiestas.

Si en bromas de esta especie o en otras más ligeras, Tirafofo fue alguna vez actor, la policía lo ignora. Viejo ya, esta circunstancia le hacía reír, al recordarla por cualquier motivo:

-¡Eu nunca estive na policia! \*

\*  
\_ -¡Nunca estuve en la policía!

Por sobre todas sus actividades, fue domador. En los primeros tiempos del obraje se llevaban allá mulas chúcaras, y Tirafofo iba con ellas. Para domar, no había entonces más espacio que los rozados de la playa, y presto las mulas de Tirafofo partían a estrellarse contra los árboles o caían en los barrancos, con el domador debajo. Sus costillas se habían roto y soldado infinidad de veces, sin que su propietario guardara por ello el menor rencor a

las muías.

–¡Eu gosto mesmo –decía– de lidiar con elas! \*

\*  
\_ –¡Me gusta lidiar con ellas!

El optimismo era su cualidad específica. Hallaba siempre ocasión de manifestar su satisfacción de haber vivido tanto tiempo. Una de sus vanidades era el pertenecer a los antiguos pobladores de la región, que solíamos recordar con agrado.

–¡Eu só antigo! –exclamaba, riendo y estirando desmesuradamente el cuello adelante–. ¡Antiguo! \*

\*  
\_ –¡Soy antiguo! (...) ¡Antiguo!

En el período de las plantaciones se le reconocía desde lejos por sus hábitos para carpir \* mandioca. Este trabajo, a pleno Sol de verano, y en hondonadas a veces donde no llega un soplo de aire, se lleva a cabo en las primeras horas de la mañana y en las últimas de la tarde. Desde las once a las dos, el paisaje se calcina solitario en un vaho de fuego.

\*  
\_ Limpiar o escardar la tierra, quitando la hierba inútil o perjudicial.

Éstas eran las horas que elegía Tirafofo para carpir descalzo la mandioca. Se quitaba la camisa, se arremangaba el calzoncillo por encima de la rodilla, y sin más protección que la de su sombrero orlado entre paño y cinta de puchos de chala, se doblaba a carpir concienzudamente su mandioca, con la espalda deslumbrante de sudor y reflejos.

Cuando los peones volvían de nuevo al trabajo a favor del ambiente ya respirable, Tirafofo había concluido el suyo. Recogía la azada, quitaba un pucho de su sombrero, y se retiraba fumando y satisfecho.

–¡Eu gosto –decía– de poner os yuyos pés arriba ao Sol! \*

\*  
\_ –Me gusta –decía– poner los yuyos para arriba, al Sol.

En la época en que yo llegué allá, solíamos hallar al paso a un negro muy viejo y flaquísimo que caminaba con dificultad y saludaba siempre con un trémulo “Bon día, patrón” quitándose humildemente el sombrero ante cualquiera.

Era João Pedro.

Vivía en un rancho, lo más pequeño y lamentable que puede verse en el género, aun en un país de obrajes, al borde de un terrenito anegadizo de

propiedad ajena. Todas las primaveras sembraba un poco de arroz –que todos los veranos perdía– y las cuatro mandiocas indispensables para subsistir, y cuyo cuidado le llevaba todo el año, arrastrando las piernas.

Sus fuerzas no daban para más.

En el mismo tiempo, Tirafogo no carpía más para los vecinos. Aceptaba todavía algún trabajo de lonja que demoraba meses en entregar, y no se vanagloriaba ya de ser antiguo en un país totalmente transformado.

Las costumbres, en efecto, la población y el aspecto mismo del país, distaban, como la realidad de un sueño, de los primeros tiempos vírgenes, cuando no había límite para la extensión de los rozados<sup>\*</sup>, y éstos se efectuaban entre todos y para todos, por el sistema cooperativo. No se conocía entonces la moneda, ni el Código Rural, ni las tranqueras con candado, ni los breeches<sup>\*\*</sup>. Desde el Pequirí<sup>\*\*\*</sup> al Paraná, todo era Brasil y lengua materna, hasta con los francés<sup>\*\*\*\*</sup> de Posadas.

\* \_ Terrenos preparados para la siembra.

\*\* \_ Voz inglesa. Pantalones muy ajustados debajo de las rodillas y que se usan con botas de montar.

\*\*\* \_ Río del Brasil, afluente del Paraná, en la zona del Guayra.

\*\*\*\* \_ Francés y, en general, extranjero.

Ahora el país era distinto, nuevo, extraño y difícil. Y ellos, Tirafogo y João Pedro, estaban ya muy viejos para reconocerse en él.

El primero había alcanzado los ochenta años, y João Pedro sobrepasaba esa edad.

El enfriamiento del uno, a quien el primer día nublado relegaba a quemarse las rodillas y las manos junto al fuego, y las articulaciones endurecidas del otro, les hicieron acordarse por fin, en aquel medio hostil, del dulce calor de la madre patria.

–E' –decía João Pedro a su compatriota, mientras se resguardaban ambos del humo con la mano–. Estemos lejos de nossa terra, seu Tira... E un día temos de morrer.<sup>\*</sup>

\* \_ –Y (...) Estamos lejos de nuestra tierra, don Tira... Y algún día tendremos que morir.

–E' –asentía Tirafogo, moviendo a su vez la cabeza–. Temos de morrer, seu João... E lonje da terra...<sup>\*</sup>

\* \_ –Sí (...) Tendremos que morir, don Joao... Y lejos de nuestra tierra.

Se visitaban ahora con frecuencia, y tomaban mate en silencio, enmudecidos por aquella tardía sed de la patria. Algún recuerdo, nimio por lo común, subía a veces a los labios de alguno de ellos, suscitado por el calor del hogar.

–Havíamos na casa dois vacas... –decía el uno muy lentamente–. E eu brinqué mesmo con os cachorros de papae... \*

\*  
\_ –Teníamos en la casa dos vacas (...) Y yo jugaba con los cachorros de papá.

–Pois não, seu João... –apoyaba el otro, manteniendo fijos en el fuego sus ojos en que sonreía una ternura casi infantil. \*

\*  
\_ –Sí, don João...

–E eu me lembro de todo... E de mamae... A mamae moça... \*

\*  
\_ –Y me acuerdo de todo... Y de mamá, de mamá cuando era joven...

Las tardes pasaban de este modo, perdidos ambos de extrañeza en la flamante Misiones.

Para mayor extravío, se iniciaba en aquellos días el movimiento obrero, en una región que no conserva del pasado jesuítico sino dos dogmas: la esclavitud del trabajo, para el nativo, y la inviolabilidad del patrón. Se vieron huelgas de peones que esperaban a Boycott \* como a un personaje de Posadas, y manifestaciones encabezadas por un bolichero a caballo que llevaba la bandera roja, mientras los peones analfabetos cantaban apretándose alrededor de uno de ellos, para poder leer la Internacional \*\* que aquél mantenía en alto. Se vieron detenciones sin que la caña fuera su motivo, y hasta se vio la muerte de un sahib \*\*\* .

\*  
\_ Boycott, Charles (1832-1897). Militar inglés. Administrador de las tierras del conde de Erne, en Irlanda, desconoció en 1880 los acuerdos de la Liga Agraria. Esto y la desconsideración con que trataba a los arrendatarios, hicieron que se lo marginara de toda actividad comercial. De su apellido proviene la expresión *boicot*.

\*\*  
\_ Himno revolucionario de los trabajadores.

\*\*\*  
\_ En la India, persona de alto linaje y condición. Es voz árabe.

João Pedro, vecino del pueblo, comprendió de todo esto menos aún que el bolichero de trapo rojo, y aterido por el otoño ya avanzado, se encaminó a la costa del Paraná.

También Tirafogo había sacudido la cabeza ante los nuevos acontecimientos. Y bajo su influjo, y el del viento frío que rechazaba el humo, los dos proscriptos sintieron por fin concretarse los recuerdos natales que acudían a sus mentes con la facilidad y transparencia de los de

una criatura.

Sí; la patria lejana, olvidada durante ochenta años. Y que nunca, nunca...

–¡Seu Tira! –dijo de pronto João Pedro, con lágrimas fluidísimas a lo largo de sus viejos carrillos–. ¡Eu nao quero morrer sin ver a minha terra!... E muito lonje o que eu tengo vivido... \*

\* \_ –¡Don Tira! (...) ¡No quiero morir sin ver mi tierra! Está muy lejos lo que he vivido...

A lo que Tirafofo respondió:

–Agora mesmo eu tenía pensado proponer a você... Agora mesmo, seu João Pedro... eu vía na ceniza a casinha... O pinto bataraz de que eu só cuidei... \*

\* \_ –Ahora mismo pensaba proponerle... Ahora mismo, don João Pedro... veía entre las cenizas una casita... El pollo bataraz que yo cuidaba...

Y con un puchero, tan fluido como las lágrimas de su compatriota, balbuceó:

–¡Eu quero ir lá!... ¡A nossa terra é lá, seu João Pedro!... A mamae do velho Tirafofo... \*

\* \_ –¡Quiero ir allá!... ¡Nuestra tierra está allá, don João Pedro! La mamá del viejo Tirafofo...

El viaje, de este modo, quedó resuelto. Y no hubo en cruzado alguno mayor fe y entusiasmo que los de aquellos dos desterrados casi caducos, en viaje hacia su tierra natal.

Los preparativos fueron breves, pues breve era lo que dejaban y lo que podían llevar consigo. Plan, en verdad, no poseían ninguno, si no es el marchar perseverante, ciego y luminoso a la vez, como de sonámbulos, y que los acercaba día a día a la ansiada patria. Los recuerdos de la edad infantil subían a sus mentes con exclusión de la gravedad del momento. Y caminando, y sobre todo cuando acampaban de noche, uno y otro partían en detalles de la memoria que parecían dulces novedades, a juzgar por el temblor de la voz.

–Eu nunca dije para você, seu Tira... ¡O meu irmao mau piqueno esteve uma vez muito doente! \*

\* \_ –Nunca se lo dije, don Tira... ¡Mi hermano más pequeño estuvo una vez muy enfermo!

O, si no, junto al fuego, con una sonrisa que había acudido ya a los labios desde largo rato:

–O mate de papae cayóse umaz vez de mim... ¡E batióme, seu João! \*

\* \_ –Una vez se me cayó el mate de papá... ¡Y me pegó, don João!

Iban así, riquísimos de ternura y cansancio, pues la sierra central de

Misiones no es propicia al paso de los viejos desterrados. Su instinto y conocimiento del bosque les proporcionaban el sustento y el rumbo por los senderos menos escarpados.

Pronto, sin embargo, debieron internarse en el monte cerrado, pues había comenzado uno de esos períodos de grandes lluvias que inundan la selva de vapores entre uno y otro chaparrón, y transforman las picadas en sonantes torrenteras de agua roja.

Aunque bajo el bosque virgen, y por violentos que sean los diluvios, el agua no corre jamás sobre la capa de humus, la miseria y la humedad ambiente no favorecen tampoco el bienestar de los que avanzan por él. Llegó pues una mañana en que los dos viejos proscritos, abatidos por la consunción y la fiebre, no pudieron ponerse de pie.

Desde la cumbre en que se hallaban, y al primer rayo de Sol que rompía tardísimo la niebla, Tirafofo, con un resto más de vida que su compañero, alzó los ojos, reconociendo los pinares nativos. Allá lejos vio en el valle, por entre los altos pinos, un viejo rozado cuyo dulce verde se llenaba de luz entre las sombrías araucarias.

–¡Seu João! –murmuró, sosteniéndose apenas sobre los puños– ¡E'a terra o que você pode ver lá! ¡Temo chegado, seu João Pedro!

\*  
\_ –¡Don João! (...) Es la tierra lo que usted puede ver allá. ¡Hemos llegado, don João Pedro!

Al oír esto, João Pedro abrió los ojos, fijándolos inmóviles en el vacío, por largo rato.

–Eu cheguei ya, meu compatricio... –dijo.

\*  
\_ –Yo ya llegué, mi compatriota... –dijo.

Tirafofo no apartaba la vista del rozado.

–Eu vi a terra...E' lá... –murmuraba.

\*  
\_ –Vi la tierra... Está allá... –murmuraba.

–Eu cheguei –respondió todavía el moribundo–. Você viu a terra. E eu estou lá.

\*  
\_ –Ya llegué –respondió todavía el moribundo– Usted vio la tierra. Y yo ya estoy allá.

–O que é... seu João Pedro –dijo Tirafofo–, o que é, é que você está de morrer... ¡Você não chegou!

\*  
\_ –Lo que pasa, don João Pedro–dijo Tirafofo–, lo que pasa es que usted se va a morir... ¡Usted no llegó!

João Pedro no respondió esta vez. Ya había llegado.

Durante largo tiempo Tirafogo quedó tendido de cara contra el suelo mojado, removiendo de tarde en tarde los labios. Al fin abrió los ojos, y sus facciones se agrandaron de pronto en una expresión de infantil alborozo:

–¡Ya cheguei, mame!... O João Pedro tinha razão... ¡Vou com ele!... \*

\* \_ –¡Ya llegué, mamá!... João Pedro tenía razón....¡Voy con él!...

edición digital de urijenny ([odoniano@yahoo.com.ar](mailto:odoniano@yahoo.com.ar))

## Van-Houten

Horacio Quiroga

Lo encontré una siesta de fuego a cien metros de su rancho, calafateando \* una guabiroba \*\* que acababa de concluir.

\* \_ Cerrando las juntas de las maderas de la embarcación con estopa y brea para que no entre el agua.

\*\* \_ Canoa.

–Ya ve –me dijo, pasándose el antebrazo mojado por la cara aun más mojada– que hice la canoa. Timbó \* estacionado, y puede cargar cien arrobas \*\* . No es como ésa suya, que apenas lo aguanta a usted. Ahora quiero divertirme.

\* \_ Árbol leguminoso muy corpulento, cuya madera se utiliza para hacer canoas.

\*\* \_ Peso equivalente a 11.502 kg.

–Cuando don Luis quiere divertirse –apoyó Paolo cambiando el pico por la pala– hay que dejarlo. El trabajo es para mí entonces; pero yo trabajo a un tanto, y me arreglo solo.

Y prosiguió paleando el cascote de la cantera, desnudo desde la cintura hasta la cabeza, como su socio Van-Houten.

Tenía éste por asociado a Paolo, sujeto de hombros y brazos de gorila, cuya única preocupación había sido y era no trabajar nunca a las órdenes de nadie, y ni siquiera por día. Percibía tanto por metro de losas de laja entregadas, y aquí concluían sus deberes y privilegios. Se preciaba de ello en toda ocasión, al punto de que parecía haber ajustado la norma moral de su vida a esta independencia de su trabajo. Tenía por hábito particular, cuando regresaba los sábados de noche del pueblo, solo y a pie como siempre, hacer sus cuentas en voz alta por el camino.

Van-Houten, su socio, era belga, flamenco de origen, y se le llamaba, alguna vez Lo-que-queda-de-Van-Houten, en razón de que le faltaba un ojo, una oreja, y tres dedos de la mano derecha. Tenía la cuenca entera de su ojo vacío quemado en azul por la pólvora. En el resto era un hombre bajo y muy robusto, con barba roja e hirsuta. El pelo, de fuego también, le caía sobre una frente muy estrecha en mechones constantemente sudados. Cedía de hombro a hombro al caminar y era sobre todo muy feo, a lo Verlaine<sup>\*</sup>, de quien compartía casi la patria, pues Van-Houten había nacido en Charleroi<sup>\*\*</sup>.

\* \_ Paul Verlaine fue un famoso poeta francés (1844-1896) perteneciente al grupo de los simbolistas. Ejerció gran influencia en la poesía moderna occidental, destacándose entre sus obras: *Fiestas galantes*, *La buena canción*, *Romances sin palabras*, *Elegías*, e *Invectivas*.

\*\* \_ Charleroi: ciudad de Bélgica a orillas del Sambre, pertenecía a Francia, pero en la primera guerra mundial, en la batalla del mismo nombre, los franceses la perdieron y pasó a poder de Bélgica (23 de agosto de 1914).

Su origen flamenco se revelaba en su flema para soportar adversidades. Se encogía de hombros y escupía, por todo comentario. Era asimismo el hombre más desinteresado del Mundo, no preocupándose en absoluto de que le devolvieran el dinero prestado, o de que una súbita crecida del Paraná le llevara sus pocas vacas. Escupía, y eso era todo. Tenía un solo amigo íntimo, con el cual se veía solamente los sábados de noche, cuando partían juntos y a caballo hacia el pueblo. Por veinticuatro horas continuas, recorrían uno a uno los boliches, borrachos e inseparables. La noche del domingo sus respectivos caballos los llevaban por la fuerza del hábito a sus casas, y allí concluía la amistad de los socios. En el resto de la semana no se veían jamás.

Yo siempre había tenido curiosidad de conocer de primera fuente qué había pasado con el ojo y los dedos de Van-Houten. Esa siesta, llevándolo insidiosamente a su terreno con preguntas sobre barrenos, canteras y dinamitas, logré lo que ansiaba, y que es tal como va:

*“La culpa de todo la tuvo un brasileño que me echó a perder la cabeza con su pólvora. Mi hermano no creía en esa pólvora, y yo sí; lo que me costó un ojo. Yo no creía tampoco que me fuera a costar nada, porque ya había escapado vivo dos veces.*

***“La primera fue en Posadas. Yo acababa de llegar, y mi hermano estaba allí hacía cinco años. Teníamos un compañero, un milanés fumador, con gorra y bastón que no dejaba nunca. Cuando bajaba a trabajar, metía el bastón dentro del saco. Cuando no estaba borracho, era un hombre duro para el trabajo.***

***“Contratamos un pozo, no a tanto el metro como se hace ahora, sino por el pozo completo, hasta que diera agua. Debíamos cavar hasta encontrarla.***

***“Nosotros fuimos los primeros en usar dinamita en los trabajos. En Posadas no hay más que piedra mora; escarbe donde escarbe, aparece al metro la piedra mora. Aquí también hay bastante, después de las ruinas. Es más dura que el fierro, y hace rebotar el pico hasta las narices.***

***“Llevábamos ocho metros de hondura en ese pozo, cuando un atardecer mi hermano, después de concluir una mina en el fondo, prendió fuego a la mecha y salió del pozo. Mi hermano había trabajado solo esa tarde, porque el milanés andaba paseando borracho con su gorra y su bastón, y yo estaba en el catre con el chucho \* .***

\* \_ Escalofrío; fiebre intermitente.

***“Al caer el Sol fui a ver el trabajo, muerto de frío, y en ese momento mi hermano se puso a gritar al milanés que se había subido al cerco y se estaba cortando con los vidrios. Al acercarme al pozo resbalé sobre el montón de escombros, y tuve apenas tiempo de sujetarme en la misma boca; pero el zapatón de cuero, que yo llevaba sin medias y sin tira, se me salió del pie y cayó adentro. Mi hermano no me vio, y bajé a buscar el zapatón. ¿Usted sabe cómo se baja, no? Con las piernas abiertas en las dos paredes del pozo, y las manos para sostenerse. Si hubiera estado más claro, yo habría visto el agujero del barreno y el polvo de piedra al lado. Pero no veía nada, sino allá arriba un redondel claro, y más abajo chispas de luz en la punta de las piedras. Usted podrá hallar lo que quiera en el fondo de un pozo, grillos que caen de arriba, y cuanto quiera de humedad; pero aire para respirar, eso no va a hallar nunca.***

***“Bueno; si yo no hubiera tenido las narices tapadas por la fiebre, habría sentido bien pronto el olor de la mecha. Y cuando estuve abajo y lo sentí bien, el olor podrido de la pólvora, sentía más claramente que entre las piernas tenía una mina cargada y prendida.***

***“Allá arriba apareció la cabeza de mi hermano, gritándome. Y cuanto más gritaba, más disminuía su cabeza y el pozo se estiraba y se estiraba hasta ser un puntito en el cielo, porque tenía chucho y estaba con fiebre.***

***“De un momento a otro la mina iba a reventar, y encima de la mina estaba yo, pegado a la piedra, para irme también en pedazos hasta la boca del pozo. Mi hermano gritaba cada vez más fuerte hasta parecer una mujer. Pero yo no***

**tenía fuerzas para subir ligero, y me eché en el suelo, aplastado como una barreta. Mi hermano supuso la cosa, porque dejó de gritar. “Bueno; los cinco segundos que estuve esperando que la mina reventara de una vez, me parecieron cinco o seis años, con meses, semanas, días y minutos, bien seguidos unos tras otros.**

**“¿Miedo? ¡Bah! Tenía demasiado que hacer siguiendo con la idea la mecha que estaba llegando a la punta... Miedo, no. Era una cuestión de esperar, nada más; esperar a cada instante; ahora... ahora... Con eso tenía para entretenerme.**

**“Por fin la mina reventó. La dinamita trabaja para abajo; hasta los mensús<sup>\*</sup> lo saben. Pero la piedra desecha salta para arriba, y yo, después de saltar contra la pared y caer de narices, con un silbato de locomotora en cada oído, sentí las piedras que volvían a caer en el fondo. Una sola un poco grande me alcanzó aquí en la pantorrilla, cosa blanda. Y además, el sacudón de costado, los gases podridos de la mina, y sobre todo, la cabeza hinchada de picoteos y silbidos, no me dejaron sentir mucho las pedradas. Yo no he visto un milagro nunca, y menos al lado de una mina de dinamita. Sin embargo, salí vivo. Mi hermano bajó enseguida, pude subir con las rodillas flojas, y nos fuimos enseguida a emborracharnos por dos días seguidos.**

<sup>\*</sup> \_ Mensú se llama al peón mensual.

**“Esta fue la primera vez que me escapé. La segunda fue también en un pozo que había contratado solo. Yo estaba en el fondo, limpiando los escombros de una mina que había reventado la tarde anterior. Allá arriba, mi ayudante subía y volcaba los cascotes. Era un guayno<sup>\*</sup> paraguayo, flaco y amarillo como un esqueleto, que tenía el blanco de los ojos casi azul, y no hablaba casi nada. Cada tres días tenía el chucho.**

<sup>\*</sup> \_ Muchacho.

**“Al final de la limpiada, sujeté a la soga por encima del balde, la pala y el pico, y el muchacho izó las herramientas que, como acabo de decirle, estaban pasadas por un falso nudo. Siempre se hace así, y no hay cuidado de que se salgan, mientras el que iza no sea un bugre<sup>\*</sup> como mi peón.**

<sup>\*</sup> \_ Indio.

**“El caso es que cuando el balde llegó arriba, en vez de agarrar la soga por encima de las herramientas para tirar afuera, el infeliz agarró el balde. El nudo se aflojó, y el muchacho no tuvo tiempo más que para sujetar la pala.**

**“Bueno; pare la oreja al tamaño del pozo: tenía en ese momento catorce metros de hondura, y sólo un metro o uno y veinte de ancho. La piedra mora no es cuestión de broma para perder el tiempo haciendo barrancos y, además, cuanto más angosto es el pozo, es más fácil subir y bajar por las**

*paredes.*

*“El pozo, pues, era como un caño de escopeta; y yo estaba abajo en una punta mirando para arriba, cuando vi venir el pico por la otra.*

*“¡Bah! Una vez el milanés pisó en falso y me mandó abajo una piedra de veinte kilos. Pero el pozo era playo todavía, y la vi venir a plomo. Al pico lo vi venir también, pero venía dando vueltas, rebotando de pared a pared, y era más fácil considerarse ya difunto con doce pulgadas de fierro dentro de la cabeza, que adivinar dónde iba a caer.*

*“Al principio comencé a cuerpearlo, con la boca abierta fija en el pico. Después vi en seguida que era inútil y me pegué entonces contra la pared, como un muerto, bien quieto y estirado como si ya estuviera muerto, mientras el pico venía como un loco dando tumbos, y las piedras caían como lluvia.*

*“Bueno; pegó por última vez a una pulgada de mi cabeza y saltó de lado contra la otra pared; y allí se esquinó, en el piso. Subí entonces, sin enojo contra el bugre que, más amarillo que nunca, había ido al fondo con la barriga en la mano. Yo no estaba enojado con el guayno, porque me consideraba bastante feliz saliendo vivo del pozo como un gusano, con la cabeza llena de arena. Esa tarde y la mañana siguiente no trabajé, pues lo pasamos borrachos con el milanés.*

*“Esta fue la segunda vez que me escapé de la muerte, y las dos dentro de un pozo. La tercera vez fue al aire libre, en una cantera de lajas como ésta, y hacía un Sol que rajaba la Tierra.*

*“Esta vez no tuve tanta suerte... ¡Bah! Soy duro. El brasileño –le dije al principio que él tuvo la culpa– no había probado nunca su pólvora. Esto lo vi después del experimento. Pero hablaba que daba miedo, y en el almacén me contaba sus historias sin parar, mientras yo probaba la caña nueva. Él no tomaba nunca. Sabía mucha química, y una porción de cosas; pero era un charlatán que se emborrachaba con sus conocimientos. El mismo había inventado esa pólvora nueva –le daba el nombre de una letra y acabó por marearme con sus discursos.*

*“Mi hermano me dijo: ‘Todas éstas son historias. Lo que va a hacer es sacarte plata’. Yo le contesté: ‘Plata no me va a sacar ninguna’. ‘Entonces –agregó mi hermano– los dos van a volar por el aire si usan esa pólvora’.*

*“Tal me lo dijo, porque lo creía a pie junto, y todavía me lo repitió mientras nos miraba cargar el barreno.*

*“Como le dije, hacía un Sol de fuego, y la cantera quemaba los pies. Mi hermano y otros curiosos se habían echado bajo un árbol, esperando la cosa; pero el brasileño y yo no hacíamos caso, pues los dos estábamos convencidos del negocio. Cuando concluimos el barreno, comencé a atacarlo.*

***Usted sabe que aquí usamos para esto la tierra de los tacurús<sup>\*</sup>, que es muy seca. Comencé, pues, de rodillas a dar mazazos, mientras el brasileño, parado a mi lado, se secaba el sudor, y los otros esperaban.***

***\* \_ Nido sólido y resistente en forma de montículo de hasta dos metros y medio de altura, que hacen las hormigas o las termitas de sus excrementos amasados con tierra y saliva.***

***“Bueno; al tercer o cuarto golpe sentí en la mano el rebote de la mina que reventaba, y no sentí nada más porque caí a dos metros desmayado.***

***“Cuando volví en mí, no podía ni mover un dedo, pero oía bien. Y por lo que me decían, me di cuenta de que todavía estaba al lado de la mina, y que en la cara no tenía más que sangre y carne deshecha. Y oí a uno que decía: ‘Lo que es éste, se fue del otro lado’.***

***“¡Bah...! Soy duro. Estuve dos meses entre si perdía o no el ojo, y al fin me lo sacaron. Y quedé bien, ya ve. Nunca más volví a ver al brasileño, porque pasó el río la misma noche; no había recibido ninguna herida. Todo fue para mí, y él era el que había inventado la pólvora.”***

**–Ya ve –concluyó por fin levantándose y secándose el sudor–. No es así como así que van a acabar con Van-Houten. ¡Pero bah...! (con una sacudida de hombros final). De todos modos, poco se pierde si uno se va al hoyo...**

**Y escupió.**

**Por una lóbrega noche de otoño descendía yo en mi canoa sobre un Paraná tan exhausto, que en el mismo canal el agua límpida y sin fuerzas parecía detenida a depurarse aún más. Las costas se internaban en el cauce del río cuanto éste perdía de aquél, y el litoral, habitualmente de bosque refrescándose en las aguas, lo constituían ahora dos anchas y paralelas playas de arcilla rodada y cenagosa, donde apenas se podía marchar. Los bajofondos de las restingas<sup>\*</sup>, delatados por el color umbrío del agua, manchaban el Paraná con largos conos de sombra, cuyos vértices penetraban agudamente en el canal. Bancos de arena y negros islotes de basalto habían surgido donde un mes atrás las quillas cortaban sin riesgo el agua profunda. Las chalanas<sup>\*\*</sup> y guabirobas que remontan el río fielmente adheridos a la costa, raspaban con las palas el fondo pedregoso de las restingas, un kilómetro río adentro.**

***\* \_ Punta o lengua de arena o piedra debajo del agua y a poca profundidad.***

***\*\* \_ Embarcación menor, de fondo plano, proa aguda y popa cuadrada, que sirve para transportes en aguas de poco fondo***

**Para una canoa los escollos descubiertos no ofrecen peligro alguno, aun de noche. Pueden ofrecerlo, en cambio, los bajofondos disimulados en el**

mismo canal, pues ellos son por lo común cúspide de cerros a pico, a cuyo alrededor la profunda sima del agua no da fondo a setenta metros. Si la canoa encalla en alguna de esas cumbres sumergidas, no hay modo de arrancarla de allí; girará horas enteras sobre la proa o la popa, o más habitualmente sobre su mismo centro.

Por la extrema liviandad de mi canoa yo estaba apenas expuesto a este percance. Tranquilo, pues, descendía sobre las aguas negras, cuando un inusitado pestañear de faroles de viento hacia la playa de Itahú<sup>\*</sup>, llamó mi atención.

\* \_ Rancherío cerca de la costa del Paraná, veinte kilómetros al norte de San Ignacio.

A tal hora de una noche lóbrega, el Alto Paraná, su bosque y su río son una sola mancha de tinta donde nada se ve. El remero se orienta por el pulso de la corriente en las palas; por la mayor densidad de las tinieblas al abordar las costas; por el cambio de temperatura del ambiente; por los remolinos y remansos; por una serie, en fin, de indicios casi indefinibles.

Abordé en consecuencia a la playa de Itahú, y guiado hasta el rancho de Van-Houten por los faroles que se dirigían allá, lo vi a él mismo, tendido de espaldas sobre el catre con el ojo más abierto y vidrioso de lo que se debía esperar.

Estaba muerto. Su pantalón y camisa goteando todavía, y la hinchazón de su vientre, delataban bien a las claras la causa de su muerte.

Paolo hacía los honores del accidente, relatándolo a todos los vecinos, conforme iban entrando. No variaba las expresiones ni los ademanes del caso, vuelto siempre hacia el difunto, como si lo tomara de testigo.

—Ah, usted vio —se dirigió a mí al verme entrar—. ¿Qué le había dicho yo siempre? Que se iba a ahogar con su canoa. Ahí lo tiene, duro. Desde esta mañana estaba duro, y quería todavía llevar una botella de caña. Yo le dije:

*—Para mí, don Luis, que si usted lleva la caña va a fondear la cabeza en el río.*

Él me contestó:

*—Fondear, eso no lo ha visto nadie hacer a Van-Houten... Y si fondeo, bah, tanto da.*

Y escupió. Usted sabe que siempre hablaba así, y se fue a la playa. Pero yo no tenía nada que ver con él, porque yo trabajo a un tanto. Así es que le dije:

—Hasta mañana entonces, y deje la caña acá. El me respondió:

*—Lo que es la caña, no la dejo. Y subió tambaleando en la canoa.*

—Ahí está ahora, más duro que esta mañana. Romualdo el bizco y Josesinho

lo trajeron hace un rato y lo dejaron en la playa, más hinchado que un barril. Lo encontraron en la piedra frente a Puerto Chuño. Allí estaba la guabiroba arrimada al islote, y a don Luis lo pescaron con la liña <sup>\*</sup> en diez brazas <sup>\*\*</sup> de fondo.

\*  
\_ Línea, fibra de hilo.

\*\*  
\_ Medida de longitud, generalmente usada en la Marina, equivalente a 2 varas o 1,6718 m.

–Pero el accidente –lo interrumpí– ¿cómo fue?

–Yo no lo vi, Josesinho tampoco lo vio, pero lo oyó a don Luis, porque pasaba con Romualdo a poner el espinel en el otro lado. Don Luis gritaba, cantaba y hacía fuerza al mismo tiempo, y Josesinho conoció que había varado, y le gritó que no paleara de popa, porque en cuanto zafara la canoa, se iba a ir de lomo al agua. Después Josesinho y Romualdo oyeron el tumbo en el río, y sintieron a don Luis que hablaba como si tragara agua. Lo que es tragar agua... Véalo, tiene el cinto en la ingle, y eso que ahora está vacío. Pero cuando lo acostamos en la playa, echaba agua como un yacaré. Yo le pisaba la barriga, y a cada pisotón echaba un chorro alto por la boca. Hombre guapo para la piedra y duro para morir en la mina, lo era. Tomaba demasiado, es cierto, y yo puedo decirlo. Pero a él nunca le dije nada, porque usted sabe que yo trabajaba con él a un tanto...

Continué mi viaje. Desde el río en tinieblas vi brillar todavía por largo rato la ventana iluminada, tan baja que parecía parpadear sobre la misma agua. Después la distancia la apagó. Pero pasó un tiempo antes de que dejara de ver a Van-Houten tendido en la playa y convertido en un surtidor, bajo el pie de su socio que le pisaba el vientre.

Edición digital de LIBROdot.com?

Revisión de urijenny ([odoniano@yahoo.com.ar](mailto:odoniano@yahoo.com.ar))

## Tacuara-Mansión

Horacio Quiroga

Frente al rancho de don Juan Brown, en Misiones, se levanta un árbol de gran diámetro y ramas retorcidas, que presta a aquél frondosísimo amparo. Bajo este árbol murió, mientras esperaba el día para irse a su casa, Santiago Rivet, en circunstancias bastante singulares para que merezcan ser contadas.

Misiones, colocada a la vera de un bosque que comienza allí y termina en el Amazonas, guarece a una serie de tipos a quienes podría lógicamente imputarse cualquier cosa menos el ser aburridos. La vida más desprovista de interés al norte de Posadas, encierra dos o tres pequeñas epopeyas de trabajo o de carácter, si no de sangre. Pues bien se comprende que no son tímidos gatitos de civilización los tipos que del primer chapuzón o en el reflujó final de sus vidas, han ido a encallar allá.

Sin alcanzar los contornos pintorescos de un João Pedro, por ser otros los tiempos y otro el carácter del personaje, don Juan Brown merece mención especial entre los tipos de aquel ambiente.

Brown era argentino y totalmente criollo, a despecho de una gran reserva británica. Había cursado en La Plata dos o tres brillantes años de ingeniería. Un día, sin que sepamos por qué, cortó sus estudios y derivó hasta Misiones. Creo haberle oído decir que llegó a Iviraromí \* por un par de horas, asunto de ver las ruinas. Mandó más tarde buscar sus valijas a Posadas para quedarse dos días más, y allí lo encontré yo quince años después, sin que en todo ese tiempo hubiera abandonado una sola hora el lugar. No le interesaba mayormente el país; se quedaba allí, simplemente por no valer sin duda la pena hacer otra cosa.

\* \_ Nombre indígena de San Ignacio.

Era un hombre joven todavía, grueso y más que grueso muy alto, pues pesaba cien kilos. Cuando galopaba –por excepción– era fama que se veía al caballo doblarse por el espinazo, y a don Juan sostenerlo con los pies en tierra.

En relación con su grave empaque, don Juan era poco amigo de palabras. Su rostro ancho y rapado bajo un largo pelo hacia atrás, recordaba bastante al de un tribuno del noventa y tres. Respiraba con cierta dificultad, a causa de su corpulencia. Cenaba siempre a las cuatro de la tarde, y al anochecer llegaba infaliblemente al bar, fuere el tiempo que hubiere, al paso de su heroico caballito, para retirarse también infaliblemente el último de todos. Se le llamaba “don Juan” a secas, e inspiraba tanto respeto su volumen como su carácter. He aquí dos muestras de ese raro carácter.

Cierta noche, jugando al truco con el juez de Paz de entonces, el juez se vio en mal trance e intentó una trampa. Don Juan miró a su adversario sin decir

palabra, y prosiguió jugando. Alentado el mestizo, y como la suerte continuara favoreciendo a don Juan, tentó una nueva trampa. Juan Brown echó una ojeada a las cartas, dijo tranquilo al juez:

–Hiciste trampa de nuevo; da las cartas otra vez.

Disculpas efusivas del mestizo, y nueva reincidencia. Con igual calma, don Juan le advirtió:

–Has vuelto a hacer trampa; da las cartas de nuevo.

Cierta noche, durante una partida de ajedrez, se le cayó a don Juan el revólver, y el tiro partió. Brown recogió su revólver sin decir una palabra y prosiguió jugando, ante los bulliciosos comentarios de los contertulios, cada uno de los cuales, por lo menos, creía haber recibido la bala. Sólo al final se supo que quien la había recibido en una pierna, era el mismo don Juan.

Brown vivía solo en Tacuara-Mansión (así llamada porque estaba en verdad construida de caña tacuara, y por otro malicioso motivo). Servíale de cocinero un húngaro de mirada muy dura y abierta, y que parecía echar las palabras en explosiones a través de los dientes. Veneraba a don Juan, el cual, por su parte, apenas le dirigía la palabra.

Final de este carácter: muchos años después, cuando en Iviraromí hubo un piano, se supo recién entonces que don Juan era un eximio ejecutante.

Lo más particular de don Juan Brown, sin embargo, eran las relaciones que cultivaba con monsieur Rivet, llamado oficialmente Santiago-Guido-Luciano-María Rivet.

Era éste un perfecto ex hombre, arrojado hasta Iviraromí por la última oleada de su vida. Llegado al país veinte años atrás, y con muy brillante actuación luego en la dirección técnica de una destilería de Tucumán, redujo poco a poco el límite de sus actividades intelectuales, hasta encallar por fin en Iviraromí, en carácter de despojo humano.

Nada sabemos de su llegada allá. Un crepúsculo, sentados a las puertas del bar, lo vimos desembocar del monte de las ruinas en compañía de Luisser, un mecánico manco, tan pobre como alegre, y que decía siempre no faltarle nada a pesar de que le faltaba un brazo.

En esos momentos el optimista sujeto se ocupaba de la destilación de hojas de naranjo, en el alambique más original que darse pueda. Ya volveremos sobre esta fase suya \*. Pero en aquellos instantes de fiebre destilatoria la llegada de un químico industrial de la talla de Rivet fue un latigazo de excitación para las fantasías del pobre manco. El nos informó de la personalidad de monsieur Rivet, presentándolo un sábado de noche en el bar, que

desde entonces honró con su presencia.

\*  
\_ El personaje reaparece en *Los destiladores de naranja*.

Monsieur Rivet era un hombrecillo diminuto, muy flaco, y que los domingos se peinaba el cabello en dos grasientas ondas a ambos lados de la frente. Entre sus barbas siempre sin afeitar pero nunca largas, tendíanse constantemente adelante sus labios en un profundo desprecio por todos, y en particular por los doctores de Iviraromí. El más discreto ensayo de sapecadoras\* y secadoras de yerba mate que se comentaba en el bar, apenas arrancaba al químico otra cosa que salivazos de desprecio, y frases entrecortadas:

\*  
\_ De sapecar, tostar la yerba para secarla.

—¡Tzsh...! Doctorcitos... No saben nada... ¡Tzsh...! Porquería...

Desde todos o casi todos los puntos de vista, nuestro hombre era el polo opuesto del impasible Juan Brown. Y nada decimos de la corpulencia de ambos, por cuanto nunca llegó a verse en boliche alguno del Alto Paraná, ser de hombros más angostos y flacura más raquíca que la de mosiú Rivet. Aunque esto sólo llegamos a apreciarlo en forma, la noche del domingo en que el químico hizo su entrada en el bar vestido con un flamante trajecito negro de adolescente, aun angosto de espalda y piernas para él mismo. Pero Rivet parecía orgulloso de él, y sólo se lo ponía los sábados y domingos de noche.

El bar de que hemos hecho referencia era un pequeño hotel para refrigerio de los turistas que llegaban en invierno hasta Iviraromí a visitar las famosas ruinas jesuíticas, y que después de almorzar proseguían viaje hasta el Iguazú, o regresaban a Posadas. En el resto de las horas, el bar nos pertenecía. Servía de infalible punto de reunión a los pobladores con alguna cultura de Iviraromí: diecisiete en total. Y era una de las mayores curiosidades en aquella amalgama de fronterizos del bosque, el que los diecisiete jugaran al ajedrez, y bien. De modo que la tertulia desarrollábase a veces en silencio entre espaldas dobladas sobre cinco o seis tableros, entre sujetos la mitad de los cuales no podían concluir de firmar sin secarse dos o tres veces la mano.

A las doce de la noche el bar quedaba desierto, salvo las ocasiones en que don Juan había pasado toda la mañana y toda la tarde de espaldas al mostrador de todos los boliches de Iviraromí. Don Juan era entonces in-conmovible. Malas noches éstas para el barman, pues Brown poseía la más sólida cabeza del país. Recostado al despacho de bebidas, veía pasar las horas una tras otra, sin moverse ni oír al barman, que para advertir a don Juan salía cada instante afuera a pronosticar lluvia.

Como monsieur Rivet demostraba a su vez una gran resistencia, pronto llegaron el ex ingeniero y el ex químico a encontrarse en frecuentes *vis-à-vis* \* . No vaya a creerse, sin embargo, que esta común finalidad y fin de vida hubiera creado el menor asomo de amistad entre ellos. Don Juan, en pos de un Buenas noches, más indicado que dicho, no volvía a acordarse para nada de su compañero. M. Rivet, por su parte, no disminuía en honor de Juan Brown el desprecio que le inspiraban los doctores de Iviraromí, entre los cuales contaba naturalmente a don Juan. Pasaban la noche juntos y solos, y a veces proseguían la mañana entera en el primer boliche abierto; pero sin mirarse siquiera.

\* \_ Locución francesa: frente a frente.

Estos originales encuentros se tornaron más frecuentes al mediar el invierno, en que el socio de Rivet emprendió la fabricación de alcohol de naranja, bajo la dirección del químico. Concluida esta empresa con la catástrofe de que damos cuenta en otro relato \* , Rivet concurre todas las noches al bar, con su esbeltito traje negro. Y como don Juan pasaba en esos momentos por una de sus malas crisis, tuvieron ambos ocasión de celebrar *vis-à-vis* fantásticos, hasta llegar al último, que fue el decisivo.

\* \_ El personaje reaparece en *Los destiladores de naranja*.

Por las razones antedichas y el manifiesto lucro que el dueño del bar obtenía con ellas, éste pasaba las noches en blanco, sin otra ocupación que atender los vasos de los dos socios, y cargar de nuevo la lámpara de alcohol. Frío, habrá que suponerlo en esas crudas noches de junio. Por ello el bolichero se rindió una noche, y después de confiar a la honorabilidad de Brown el resto de la damajuana de caña, se fue a acostar. De más está decir que Brown era únicamente quien respondía de estos gastos a dúo.

Don Juan, pues, y monsieur Rivet quedaron solos a las dos de la mañana, el primero en su lugar habitual, duro e impasible como siempre, y el químico paseando agitado con la frente en sudor, mientras afuera caía una cortante helada.

Durante dos horas no hubo novedad alguna; pero al dar las tres, la damajuana se vació. Ambos lo advirtieron, y por un largo rato los ojos globosos y muertos de don Juan se fijaron en el vacío delante de él. Al fin, volviéndose a medias, echó una ojeada a la damajuana agotada, y recuperó tras ella su pose. Otro largo rato transcurrió y de nuevo volvióse a observar el recipiente. Cogiéndolo por fin, lo mantuvo boca abajo sobre el zinc; nada: ni una gota.

Una crisis de dipsomanía \* puede ser derivada con lo que se quiera, menos con la brusca supresión de la droga. De vez en cuando, y a las puertas

mismas del bar, rompía el canto estridente de un gallo, que hacía resoplar a Juan Brown, y perder el compás de su marcha a Rivet. Al final, el gallo desató la lengua del químico en improperios pastosos contra los doctorcitos. Don Juan no prestaba a su cháchara convulsiva la menor atención; pero ante el constante: “Porquería... no saben nada...” del ex químico, Juan Brown volvió a él sus pesados ojos, y le dijo:

\*  
\_ Alcoholismo.

–¿Y vos qué sabés?

Rivet, al trote y salivando se lanzó entonces en insultos del mismo jaez contra don Juan, quien lo siguió obstinadamente con los ojos. Al fin resopló, apartando de nuevo la vista:

–Francés del diablo...

La situación, sin embargo, se volvió intolerable. La mirada de don Juan, fija desde hacía rato en la lámpara, cayó por fin de costado sobre su socio:

–Vos que sabés de todo, industrial... ¿Se puede tomar el alcohol carburado?

¡Alcohol! La sola palabra sofocó, como un soplo de fuego, la irritación de Rivet. Tartamudeó, contemplando la lámpara:

–¿Carburado...? ¡Tzsh...! Porquería... Bencinas... Piridinas... ¡Tzsh...! Se puede tomar.

No bastó más. Los socios encendieron una vela, vertieron en la damajuana el alcohol con el mismo pestilente embudo, y ambos volvieron a la vida.

El alcohol carburado no es una bebida para seres humanos. Cuando hubieron vaciado la damajuana hasta la última gota, don Juan perdió por primera vez en la vida su impassible línea, y cayó, se desplomó como un elefante en la silla. Rivet sudaba hasta las mechas del cabello, y no podía arrancarse de la baranda del billar.

–Vamos –le dijo don Juan, arrastrando consigo a Rivet, que resistía.

Brown logró cinchar su caballo, pudo izar al químico a la grupa, y a las tres de la mañana partieron del bar al paso del flete de Brown, que siendo capaz de trotar con cien kilos encima, bien podía caminar cargado con ciento cuarenta.

La noche, muy fría y clara, debía estar ya velada de neblina en la cuenca de las vertientes. En efecto, apenas a la vista del valle del Yabebirí<sup>\*</sup>, pudieron ver la bruma, acostada desde temprano a lo largo del río, ascender desflecada en jirones por la falda de la serranía. Más en lo hondo aun, el bosque tibio debía estar ya blanco de vapores.

\*  
\_ Río de la provincia de Misiones (Argentina). Nace en la Sierra Central y desemboca en el Paraná, en las inmediaciones de San Ignacio y Santa Ana.

Fue lo que aconteció. Los viajeros tropezaron de pronto con el monte, cuando debían estar ya en Tacuara-Mansión. El caballo, fatigado se resistía a abandonar el lugar. Don Juan volvió grupa, y un rato después tenían de nuevo el bosque por delante.

–Perdidos... –pensó don Juan, castañeteando a pesar suyo, pues aun cuando la cerrazón impedía la helada, el frío no mordía menos.

Tomó otro rumbo, confiando esta vez en el caballo. Bajo su saco de astracán, Brown se sentía empapado en sudor de hielo. El químico, más lesionado, bailoteaba en ancas de un lado para otro, inconsciente del todo.

El monte los detuvo de nuevo. Don Juan consideró entonces que había hecho cuanto era posible para llegar a su casa. Allí mismo ató su caballo en el primer árbol, y tendiendo a Rivet al lado suyo se acostó al pie de aquél. El químico, muy encogido, había doblado las rodillas hasta el pecho, y temblaba sin tregua. No ocupaba más espacio que una criatura, y eso, flaca. Don Juan lo contempló un momento, y encogiéndose ligeramente de hombros, apartó de sí el mandil que se había echado encima, y cubrió con él a Rivet, hecho lo cual, se tendió de espaldas sobre el pasto de hielo.

Cuando volvió en sí, el Sol estaba ya muy alto. Y a diez metros de ellos, su propia casa.

Lo que había pasado era muy sencillo: ni un solo momento se habían extraviado la noche anterior. El caballo habíase detenido la primera vez –y todas– ante el gran árbol de Tacuara-Mansión, que el alcohol de lámparas y la niebla habían impedido ver a su dueño. Las marchas y contramarchas, al parecer interminables, habíanse concretado a sencillos rodeos alrededor del árbol familiar.

De cualquier modo, acababan de ser descubiertos por el húngaro de don Juan. Entre ambos transportaron al rancho a monsieur Rivet, en la misma postura de niño con frío en que había muerto. Juan Brown, por su parte, y a pesar de los porrones calientes, no pudo dormirse en largo tiempo, calculando obstinadamente, ante su tabique de cedro, el número de tablas que necesitaría el cajón de su socio.

Y a la mañana siguiente las vecinas del pedregoso camino del Yabebirí oyeron desde lejos y vieron pasar el saltarín carrito de ruedas macizas, y seguido a prisa por el manco, que se llevaba los restos del difunto químico.

Maltrecho a pesar de su enorme resistencia, don Juan no abandonó en diez

días Tacuara-Mansión. No faltó sin embargo quien fuera a informarse de lo que había pasado, so pretexto de consolar a don Juan y de cantar aleluyas al ilustre químico fallecido.

Don Juan le dejó hablar sin interrumpirlo. Al fin, ante nuevas loas al intelectual desterrado en país salvaje que acababa de morir, don Juan se encojió de hombros:

–Gringo de porquería... –murmuró apartando la vista.

Y ésta fue toda la oración fúnebre de monsieur Rivet.

Edición digital de LIBROdot.com?

Revisión de urijenny ([odoniano@yahoo.com.ar](mailto:odoniano@yahoo.com.ar))

## El hombre muerto

Horacio Quiroga

El hombre y su machete acababan de limpiar la quinta calle del bananal. Les faltaban aún dos calles; pero como en éstas abundaban las chircas<sup>\*</sup> y malvas silvestres, la tarea que tenían por delante era muy poca cosa. El hombre echó, en consecuencia, una mirada satisfecha a los arbustos rozados y cruzó el alambrado para tenderse un rato en la gramilla.

\* \_ Árbol de la familia de las Euforbiáceas, de regular tamaño, de madera dura, hoja áspera, flores amarillas acampanadas, y fruto como almendra.

Mas al bajar el alambre de púa y pasar el cuerpo, su pie izquierdo resbaló sobre un trozo de corteza desprendida del poste, a tiempo que el machete se le escapaba de la mano. Mientras caía, el hombre tuvo la impresión sumamente lejana de no ver el machete de plano en el suelo.

Ya estaba tendido en la gramilla, acostado sobre el lado derecho, tal como él quería. La boca, que acababa de abrirse en toda su extensión, acababa también de cerrarse. Estaba como hubiera deseado estar, las rodillas dobladas y la mano izquierda sobre el pecho. Sólo que tras el antebrazo, e inmediatamente por debajo del cinto, surgían de su camisa el puño y la mitad de la hoja del machete, pero el resto no se veía.

El hombre intentó mover la cabeza en vano. Echó una mirada de reojo a la empuñadura del machete, húmeda aún del sudor de su mano. Apreció mentalmente la extensión y la trayectoria del machete dentro de su vientre, y adquirió fría, matemática e inexorable, la seguridad de que acababa de llegar al término de su existencia.

La muerte. En el transcurso de la vida se piensa muchas veces en que un día, tras años, meses, semanas y días preparatorios, llegaremos a nuestro turno al umbral de la muerte. Es la ley fatal, aceptada y prevista; tanto, que solemos dejarnos llevar placenteramente por la imaginación a ese momento, supremo entre todos, en que lanzamos el último suspiro.

Pero entre el instante actual y esa postrera expiración, ¡qué de sueños, trastornos, esperanzas y dramas presumimos en nuestra vida! ¡Qué nos reserva aún esta existencia llena de vigor, antes de su eliminación del escenario humano!

Es éste el consuelo, el placer y la razón de nuestras divagaciones mortuorias: ¡Tan lejos está la muerte, y tan imprevisto lo que debemos vivir aún!

¿Aún...? No han pasado dos segundos: el Sol está exactamente a la misma altura; las sombras no han avanzado un milímetro. Bruscamente, acaban de resolverse para el hombre tendido las divagaciones a largo plazo: se está muriendo.

Muerto. Puede considerarse muerto en su cómoda postura.

Pero el hombre abre los ojos y mira. ¿Qué tiempo ha pasado? ¿Qué cataclismo ha sobrevenido en el Mundo? ¿Qué trastorno de la Naturaleza trasuda el horrible acontecimiento?

Va a morir. Fría, fatal e ineludiblemente, va a morir.

El hombre resiste –¡es tan imprevisto ese horror!– y piensa: Es una pesadilla; ¡esto es! ¿Qué ha cambiado? Nada. Y mira: ¿No es acaso ese bananal su bananal? ¿No viene todas las mañanas a limpiarlo? ¿Quién lo conoce como él? Ve perfectamente el bananal, muy raleado, y las anchas hojas desnudas al Sol. Allí están, muy cerca, deshilachadas por el viento. Pero ahora no se mueven... Es la calma del mediodía; pronto deben ser las doce.

Por entre los bananos, allá arriba, el hombre ve desde el duro suelo el techo rojo de su casa. A la izquierda entrevé el monte y la capuera<sup>\*</sup> de canelas. No alcanza a ver más, pero sabe muy bien que a sus espaldas está el camino al puerto nuevo; y que en la dirección de su cabeza, allá abajo, yace en el fondo del valle el Paraná dormido como un lago. Todo, todo exactamente como siempre; el Sol de fuego, el aire vibrante y solitario, los bananos inmóviles, el alambrado de postes muy gruesos y altos que pronto tendrá

**que cambiar...**

\*  
\_ Parte de selva desbrozada para el cultivo.

**¡Muerto! ¿Pero es posible? ¿No es éste uno de los tantos días en que ha salido al amanecer de su casa con el machete en la mano? ¿No está allí mismo, a cuatro metros de él, su caballo, su malacara, oliendo parsimoniosamente el alambre de púa?**

**¡Pero sí! Alguien silba. No puede ver, porque está de espaldas al camino; mas siente resonar en el puentecito los pasos del caballo... Es el muchacho que pasa todas las mañanas hacia el puerto nuevo, a las once y media. Y siempre silbando...**

**Desde el poste descascarado que toca casi con las botas, hasta el cerco vivo de monte que separa el bananal del camino, hay quince metros largos. Lo sabe perfectamente bien, porque él mismo, al levantar el alambrado, midió la distancia.**

**¿Qué pasa, entonces? ¿Es ése o no un natural mediodía de los tantos en Misiones, en su monte, en su potrero, en el bananal ralo? ¡Sin duda! Gramilla corta, conos de hormigas, silencio, Sol a plomo...**

**Nada, nada ha cambiado. Sólo él es distinto. Desde hace dos minutos su persona, su personalidad viviente, nada tiene ya que ver ni con el potrero, que formó él mismo a azada, durante cinco meses consecutivos, ni con el bananal, obras de sus solas manos. Ni con su familia. Ha sido arrancado bruscamente, naturalmente, por obra de una cáscara lustrosa y un machete en el vientre. Hace dos minutos: se muere.**

**El hombre muy fatigado y tendido en la gramilla sobre el costado derecho, se resiste siempre a admitir un fenómeno de esa trascendencia, ante el aspecto normal y monótono de cuanto mira. Sabe bien la hora: las once y media... El muchacho de todos los días acaba de pasar el puente.**

**¡Pero no es posible que haya resbalado...! El mango de su machete (pronto deberá cambiarlo por otro; tiene ya poco vuelo) estaba perfectamente oprimido entre su mano izquierda y el alambre de púa. Tras diez años de bosque, él sabe muy bien cómo se maneja un machete de monte. Está solamente muy fatigado del trabajo de esa mañana, y descansa un rato como de costumbre.**

**¿La prueba..? ¡Pero esa gramilla que entra ahora por la comisura de su boca la plantó él mismo en panes de tierra distantes un metro uno de otro! ¡Y ése es su bananal; y ése es su malacara, resoplando cauteloso ante las púas del alambre! Lo ve perfectamente; sabe que no se atreve a doblar la esquina del alambrado, porque él está echado casi al pie del poste. Lo distingue muy bien; y ve los hilos oscuros de sudor que arrancan de la cruz y del anca. El Sol cae a plomo, y la calma es muy grande, pues ni un fleco de los bananos**

se mueve. Todos los días, como ése, ha visto las mismas cosas.

...Muy fatigado, pero descansa solo. Deben de haber pasado ya varios minutos... Y a las doce menos cuarto, desde allá arriba, desde el chalet de techo rojo, se desprenderán hacia el bananal su mujer y sus dos hijos, a buscarlo para almorzar. Oye siempre, antes que las demás, la voz de su chico menor que quiere soltarse de la mano de su madre: ¡Piapiá! ¡ Piapiá!

¿No es eso...? ¡Claro, oye! Ya es la hora. Oye efectivamente la voz de su hijo...

¡Qué pesadilla...! ¡Pero es uno de los tantos días, trivial como todos, claro está! Luz excesiva, sombras amarillentas, calor silencioso de horno sobre la carne, que hace sudar al malacara inmóvil ante el bananal prohibido.

...Muy cansado, mucho, pero nada más. ¡Cuántas veces, a mediodía como ahora, ha cruzado volviendo a casa ese potrero, que era capuera cuando él llegó, y antes había sido monte virgen! Volvía entonces, muy fatigado también, con su machete pendiente de la mano izquierda, a lentos pasos.

Puede aún alejarse con la mente, si quiere; puede si quiere abandonar un instante su cuerpo y ver desde el tajamar por él construido, el trivial paisaje de siempre: el pedregullo volcánico con gramas rígidas; el bananal y su arena roja: el alambrado empequeñecido en la pendiente, que se acoda hacia el camino. Y más lejos aún ver el potrero, obra sola de sus manos. Y al pie de un poste descascarado, echado sobre el costado derecho y las piernas recogidas, exactamente como todos los días, puede verse a él mismo, como un pequeño bulto asoleado sobre la gramilla, descansando, porque está muy cansado.

Pero el caballo rayado de sudor, e inmóvil de cautela ante el esquinado del alambrado, ve también al hombre en el suelo y no se atreve a costear el bananal como desearía. Ante las voces que ya están próximas –¡Piapiá!– vuelve un largo, largo rato las orejas inmóviles al bulto: y tranquilizado al fin, se decide a pasar entre el poste y el hombre tendido que ya ha descansado.

Edición digital de LIBROdot.com?

Revisión de urijenny ([odoniano@yahoo.com.ar](mailto:odoniano@yahoo.com.ar))

## **El techo de incienso**

**Horacio Quiroga**

En los alrededores y dentro de las ruinas de San Ignacio, la subcapital del Imperio Jesuítico, se levanta en Misiones el pueblo actual del mismo nombre. Lo constituyen una serie de ranchos ocultos unos de los otros por el bosque. A la vera de las ruinas, sobre una loma descubierta, se alzan algunas casas de material, blanqueadas hasta la ceguera por la cal y el Sol, pero con magnífica vista al atardecer hacia el valle del Yabebirí. Hay en la colonia almacenes, muchos más de los que se pueden desear, al punto de que no es posible ver abierto un camino vecinal, sin que en el acto un alemán, un español o un sirio, se instale en el cruce con un boliche. En el espacio de dos manzanas están ubicadas todas las oficinas públicas: comisaría, juzgado de paz, comisión municipal, y una escuela mixta. Como nota de color, existe en las mismas ruinas –invadidas por el bosque, como es sabido– un bar, creado en los días de fiebre de la yerba mate, cuando los capataces que descendían del Alto Paraná hasta Posadas bajaban ansiosos en San Ignacio a parpadear de ternura ante una botella de whisky. Alguna vez he relatado las características de aquel bar, y no volveremos por hoy a él.

Pero en la época a que nos referimos no todas las oficinas públicas estaban instaladas en el pueblo mismo. Entre las ruinas y el puerto nuevo, a media legua de unas y otro, en una magnífica meseta para goce particular de su habitante, vivía Orgaz, el jefe del Registro Civil, y en su misma casa tenía instalada la oficina pública.

La casita de este funcionario era de madera, con techo de tablillas de incienso dispuestas como pizarras. El dispositivo es excelente si se usa de tablillas secas y barreneadas de antemano. Pero cuando Orgaz montó el techo la madera era recién rajada, y el hombre la afirmó a clavo limpio; con lo cual las tejas de incienso se abrieron y arquearon en su extremidad libre hacia arriba, hasta dar un aspecto de erizo al techo del bungalow. Cuando llovía, Orgaz cambiaba ocho a diez veces de lugar su cama, y sus muebles tenían regueros blancuzcos de agua.

Hemos insistido en este detalle de la casa de Orgaz, porque tal techo erizado absorbió durante cuatro años las fuerzas del jefe del Registro Civil, sin darle apenas tiempo en los días de tregua para sudar a la siesta estirando el alambrado, o perderse en el monte por dos días, para aparecer por fin a la luz con la cabeza llena de hojarasca.

Orgaz era un hombre amigo de la Naturaleza, que en sus malos momentos hablaba poco y escuchaba en cambio con profunda atención un poco insolente. En el pueblo no se le quería, pero se le respetaba. Pese a la democracia absoluta de Orgaz y a su fraternidad y aun chacotas con los gentiles hombres de yerbas y autoridades –todos ellos en correctos *breeches*–, había siempre una barrera de hielo que los separaba. No podía hallarse en ningún acto de Orgaz el menor asomo de orgullo. Y esto precisamente: orgullo, era lo que se le imputaba.

**Algo, sin embargo, había dado lugar a esta impresión.**

**En los primeros tiempos de su llegada a San Ignacio, cuando Orgaz no era aún funcionario y vivía solo en su meseta construyendo su techo erizado, recibió una invitación del director de la escuela para que visitara el establecimiento. El director, naturalmente, se sentía halagado de hacer los honores de su escuela a un individuo de la cultura de Orgaz.**

**Orgaz se encaminó allá a la mañana siguiente con su pantalón azul, sus botas y su camisa de lienzo habitual. Pero lo hizo atravesando el monte, donde halló un lagarto de gran tamaño que quiso conservar vivo, para lo cual le ató una liana al vientre. Salió por fin del monte, e hizo de este modo su entrada en la escuela, ante cuyo portón el director y los maestros lo aguardaban, con una manga partida en dos, y arrastrando a su lagarto de la cola.**

**También en esos días los burros de Bouix ayudaron a fomentar la opinión que sobre Orgaz se creaba.**

**Bouix era un francés que durante treinta años vivió en el país considerándolo suyo, y cuyos animales vagaban libres devastando las miserables plantaciones de los vecinos. La ternera menos hábil de las hordas de Bouix era ya bastante astuta para cabecear horas enteras entre los hilos del alambrado, hasta aflojarlos. Entonces no se conocía allá el alambre de púa. Pero cuando se le conoció, quedaron los burritos de Bouix, que se echaban bajo el último alambre, y allí bailaban de costado hasta pasar del otro lado. Nadie se quejaba: Bouix era el juez de paz de San Ignacio.**

**Cuando Orgaz llegó allá, Bouix no era más juez. Pero sus burritos lo ignoraban, y proseguían trotando por los caminos al atardecer en busca de una plantación tierna que examinaban por sobre los alambres con los belfos trémulos y las orejas paradas.**

**Al llegarle su turno de devastación, Orgaz soportó pacientemente; estiró algunos alambres, y se levantó algunas noches a correr desnudo por el rocío a los burritos que entraban hasta en su carpa. Fue, por fin, a quejarse a Bouix, el cual llamó afanoso a todos sus hijos para recomendarles que cuidaran a los burros que iban a molestar el “pobrecito señor Orgaz”. Los burritos continuaron libres y Orgaz tornó un par de veces a ver al francés cazurro, que se lamentó y llamó de nuevo a palmadas a todos sus hijos, con el resultado anterior.**

**Orgaz puso entonces un letrero en el camino real, que decía:**

**iOjo! Los pastos de este potrero están envenenados.**

**Y por diez días descansó. Pero a la noche subsiguiente tornaba a oír el pasito sibiloso de los burros que ascendían la meseta, y un poco más tarde oyó el rac-rac de las hojas de sus palmeras arrancadas. Orgaz perdió la**

paciencia, y saliendo desnudo fusiló al primer burro que halló por delante.

Con un muchacho mandó al día siguiente avisar a Bouix que en su casa había amanecido muerto un burro. No fue el mismo Bouix a comprobar el inverosímil suceso, sino su hijo mayor, un hombre tan alto como trigüeño y tan trigüeño como sombrío. El hosco muchacho leyó el letrero al pasar el portón, y ascendió de mal talante a la meseta, donde Orgaz lo esperaba con las manos en los bolsillos. Sin saludar apenas, el delegado de Bouix se aproximó al burro muerto, y Orgaz hizo lo mismo. El muchachón giró un par de veces alrededor del burro, mirándolo por todos lados.

–De cierto ha muerto anoche... –murmuró por fin–. Y de qué puede haber muerto...

En mitad del pescuezo, más flagrante que el día mismo, gritaba al Sol la enorme herida de bala.

–Quién sabe... Seguramente envenenado –repuso tranquilo Orgaz, sin quitar las manos de los bolsillos.

Pero los burritos desaparecieron para siempre de la chacra de Orgaz.

Durante el primer año de sus funciones como jefe del Registro Civil, todo San Ignacio protestó contra Orgaz, que arrasando con las disposiciones en rigor, había instalado la oficina a media legua del pueblo. Allá, en el bungalow, en una piecita con piso de tierra, muy obscurecida por la galería y por un gran mandarino que interceptaba casi la entrada, los clientes esperaban indefectiblemente diez minutos, pues Orgaz no estaba o estaba con las manos llenas de *bleck*<sup>\*</sup>. Por fin el funcionario anotaba a escape los datos en un papelito cualquiera, y salía de la oficina antes que su cliente, a trepar de nuevo al techo.

\* \_ Bleque, alquitrán.

En verdad, no fue otro el principal quehacer de Orgaz durante sus primeros cuatro años de Misiones. En Misiones llueve, puede creerse, hasta poner a prueba dos chapas de zinc superpuestas. Y Orgaz había construido su techo con tablillas empapadas por todo un otoño de diluvio. Las planchas de Orgaz se estiraron literalmente; pero las tablillas del techo sometidas a ese trabajo de Sol y humedad levantaron todas sus extremos libres, con el aspecto de erizo que hemos apuntado.

Visto desde abajo, desde las piezas sombrías, el techo aquel de madera oscura ofrecía la particularidad de ser la parte más clara del interior, porque cada tablilla levantada en su extremo ejercía de claraboya. Hallábanse, además, adornado con infinitos redondeles de minio<sup>\*</sup>, marcas que Orgaz ponía con caña en las grietas, no por donde goteaba, sino vertía el agua

sobre su cama. Pero lo más particular eran los trozos de cuerda con que Orgaz calafateaba su techo, y que ahora, desprendidas y pesadas de alquitrán, pendían inmóviles y reflejaban filetes de luz, como víboras.

\* \_ Óxido de plomo en forma de polvo, de color rojo algo anaranjado, que se emplea como pintura antioxidante.

Orgaz había probado todo lo posible para remediar su techo. Ensayó cuñas de madera, yeso, portland, cola al bicromato, aserrín alquitranado. En pos de dos años de tanteos en los cuales no alcanzó a conocer, como sus antecesores más remotos, el placer de hallarse de noche al abrigo de la lluvia, Orgaz fijó su atención en el elemento arpillera-*bleck*. Fue éste un verdadero hallazgo, y el hombre reemplazó entonces todos los innobles remiendos de portland y aserrín-maché por su negro cemento.

Cuantas personas iban a la oficina o pasaban en dirección al puerto nuevo, estaban seguras de ver al funcionario sobre el techo. En pos de cada compostura, Orgaz esperaba una nueva lluvia, y sin muchas ilusiones entraba a observar su eficacia. Las viejas claraboyas se comportaban bien; pero nuevas grietas se habían abierto, que goteaban –naturalmente– en el nuevo lugar donde Orgaz había puesto su cama.

Y en esta lucha constante entre la pobreza de recurso y un hombre que quería a toda costa conquistar el más viejo ideal de la especie humana: un techo que lo resguarde del agua, fue sorprendido Orgaz por donde más había pecado.

Las horas de oficina de Orgaz eran de siete a once. Ya hemos visto cómo atendía en general sus funciones. Cuando el jefe de Registro Civil estaba en el monte o entre su mandioca, el muchacho lo llamaba con la turbina de la máquina de matar hormigas. Orgaz ascendía la ladera con la azada al hombro o el machete pendiente de la mano, deseando con toda el alma que hubiera pasado un solo minuto después de las once. Traspasada esta hora, no había modo de que el funcionario atendiera su oficina.

En una de estas ocasiones, mientras Orgaz bajaba del techo del bungalow, el cencerro del portoncito sonó. Orgaz echó una ojeada al reloj: eran las once y cinco minutos. Fue en consecuencia tranquilo a lavarse las manos en la piedra de afilar, sin prestar atención al muchacho que le decía:

–Hay gente, patrón.

–Que venga mañana.

–Se lo dije, pero dice que es el Inspector de justicia...

–Esto es otra cosa; que espere un momento –repuso Orgaz; y continuó frotándose con grasa los antebrazos negros de *bleck*, en tanto que su ceño

se fruncía cada vez más.

En efecto, sobrábanle motivos.

Orgaz había solicitado el nombramiento de juez de paz y jefe del Registro Civil para vivir. No tenía amor alguno a sus funciones, bien que administrara justicia –sentado en una esquina de la mesa y con una llave inglesa en las manos– con perfecta equidad. Pero el Registro Civil era su pesadilla. Debía llevar al día, y por partida doble, los libros de actas de nacimientos, de defunciones y de matrimonio. La mitad de las veces era arrancado por la turbina a sus tareas de chacra, y la otra mitad se le interrumpía en pleno estudio, sobre el techo, de algún cemento que iba por fin a depararle cama seca cuando llovía. Apuntaba así a escape los datos demográficos en el primer papel que hallaba a mano, y huía de la oficina.

Luego, la tarea inacabable de llamar a los testigos para firmar las actas, pues cada peón ofrecía como tales, a gente rarísima que no salía jamás del monte. De aquí, inquietudes que Orgaz solucionó el primer año del mejor modo posible, pero que lo cansaron del todo de sus funciones.

–Estamos lucidos –se decía, mientras concluía de quitarse el *bleck* y afilaba en el aire, por costumbre–. Si escapo de ésta, tengo suerte...

Fue por fin a la oficina oscura, donde el inspector observaba atentamente la mesa en desorden, las dos únicas sillas, el piso de tierra, y alguna media en los tirantes del techo, llevada allá por las ratas.

El hombre no ignoraba quién era Orgaz, y durante un rato ambos charlaron de cosas bien ajenas a la oficina. Pero cuando el inspector del Registro Civil entró fríamente en funciones, la cosa fue muy distinta.

En aquel tiempo los libros de actas permanecían en las oficinas locales, donde eran inspeccionados cada año. Así por lo menos debía hacerse. Pero en la práctica transcurrían años sin que la inspección se efectuara, y hasta cuatro años, como en el caso de Orgaz. De modo que el inspector cayó sobre veinticuatro libros del Registro Civil, doce de los cuales tenían sus actas sin firmas, y los otros doce estaban totalmente en blanco.

El inspector hojeaba despacio libro tras libro, sin levantar los ojos. Orgaz, sentado en la esquina de la mesa, tampoco decía nada. El visitante no perdonaba una sola página; una por una, iba pasando lentamente las hojas en blanco. Y no había en la pieza otra manifestación de vida –aunque sobrecargada de intención– que el implacable crujido de papel de hilo al voltear, y el vaivén infatigable de la bota de Orgaz.

–Bien –dijo por fin el inspector–. ¿Y las actas correspondientes a estos doce libros en blanco?

Volviéndose a medias, Orgaz cogió una lata de galletitas y la volcó sin decir

palabra sobre la mesa, que desbordó de papelitos de todo aspecto y clase, especialmente de estraza, que conservaban huellas de los herbarios de Orgaz. Los papelitos aquellos, escritos con lápices grasos de marcar madera en el monte –amarillos, azules y rojos–, hacían un bonito efecto, que el funcionario inspector consideró un largo momento. Y después consideró otro momento a Orgaz.

–Muy bien –exclamó–. Es la primera vez que veo libros como éstos. Dos años enteros de actas sin firmar. Y el resto en la lata de galletitas. Bien, señor. Nada más me queda por hacer aquí.

Pero ante el aspecto de duro trabajo y las manos lastimadas de Orgaz, reaccionó un tanto.

–¡Magnífico, usted! –le dijo–. No se ha tomado siquiera el trabajo de cambiar cada año la edad de sus dos únicos testigos. Son siempre los mismos en cuatro años y veinticuatro libros de actas. Siempre tienen veinticuatro años el uno, y treinta y seis el otro. Y este carnaval de papelitos... Usted es un funcionario del Estado. El Estado le paga para que desempeñe sus funciones. ¿Es cierto?

–Es cierto –repuso Orgaz.

–Bien. Por la centésima parte de esto, usted merecía no quedar un día más en su oficina. Pero no quiero proceder. Le doy tres días de tiempo –agregó mirando el reloj–. De aquí a tres días estoy en Posadas y duermo a bordo a las once. Le doy tiempo hasta las diez de la noche del sábado para que me lleve los libros en forma. En caso contrario, procedo. ¿Entendido?

–Perfectamente –comentó Orgaz.

Y acompañó hasta el portón a su visitante, que lo saludó desabridamente al partir al galope.

Orgaz ascendió sin prisa el pedregullo volcánico que rodaba bajo sus pies. Negra, más negra que las placas de *bleck* de su techo caldeado, era la tarea que lo esperaba. Calculó mentalmente, a tantos minutos por acta, el tiempo de que disponía para salvar su puesto, y con él la libertad de proseguir sus problemas hidrófugos. No tenía Orgaz otros recursos que los que el Estado le suministraba por llevar al día sus libros del Registro Civil. Debía, pues, conquistar la buena voluntad del Estado, que acababa de suspender de un finísimo hilo su empleo.

En consecuencia, Orgaz concluyó de desterrar de sus manos con tabatinga<sup>\*</sup> todo rastro de alquitrán, y se sentó a la mesa a llenar doce grandes libros del Registro Civil Solo, jamás hubiera llevado a cabo su tarea en el tiempo emplazado. Pero su muchacho lo ayudó, dictándole.

\* \_ Arcilla.

Era éste un chico polaco, de doce años, pelirrojo y todo él anaranjado de pecas. Tenía las pestañas tan rubias que ni de perfil se le notaban, y llevaba siempre la gorra sobre los ojos, porque la luz le dañaba la vista. Prestaba sus servicios a Orgaz y le cocinaba siempre un mismo plato que su patrón y él comían juntos bajo el mandarino.

Pero en esos tres días, el horno de ensayo de Orgaz, y que el polaquito usaba de cocina, no funcionó. La madre del muchacho quedó encargada de traer todas las mañanas a la meseta mandioca asada.

Frente a frente en la oficina oscura y caldeada como una barbacoá<sup>\*</sup>, Orgaz y su secretario trabajaron sin moverse, el jefe desnudo desde la cintura arriba, y su ayudante con la gorra sobre la nariz, aun allá adentro. Durante tres días no se oyó sino la voz cantante de escuelero del polaquito, y el bajo con que Orgaz afirmaba las últimas palabras. De vez en cuando comían galleta o mandioca, sin interrumpir su tarea. Así hasta la caída de la tarde. Y cuando por fin Orgaz se arrastraba costeando los bambúes a bañarse, sus dos manos en la cintura o levantadas en alto hablaban muy claro de su fatiga.

\* \_ Barbacoa, hoyo cavado en la tierra para asar carne. En él se colocan piedras, sobre las cuales se enciende el fuego.

El viento norte soplaba esos días sin tregua; inmediato al techo de la oficina, el aire ondulaba de calor. Era, sin embargo, aquella pieza de tierra el único rincón sombrío de la meseta; y desde adentro los escribientes veían por bajo el mandarino reverberar un cuadrilátero de arena que vibraba al blanco, y parecía zumbar con la siesta entera.

Tras el baño de Orgaz, la tarea recomenzaba de noche. Llevaban la mesa afuera, bajo la atmósfera quieta y sofocante. Entre las palmeras de la meseta, tan rígidas y negras que alcanzaban a recortarse contra las tinieblas, los escribientes proseguían llenando las hojas del Registro Civil a la luz del farol de viento, entre un nimbo de mariposillas de raso policromo, que caían en enjambres al pie del farol e irradiaban en tropel sobre las hojas en blanco. Con lo cual la tarea se volvía más pesada, pues si dichas mariposillas vestidas de baile son lo más bello que ofrece Misiones en una noche de asfixia, nada hay también más tenaz que el avance de esas damitas de seda contra la pluma de un hombre que ya no puede sostenerla ni soltarla.

Orgaz durmió cuatro horas en los últimos dos días, y la última noche no durmió, solo en la meseta con sus palmeras, su farol de viento y sus mariposas. El cielo estaba tan cargado y bajo que Orgaz lo sentía comenzar desde su misma frente. A altas horas, sin embargo, creyó oír a través del silencio un rumor profundo y lejano, el tronar de la lluvia sobre el monte. Esa tarde, en efecto, había visto muy oscuro el horizonte del sudeste.

—Con tal que el Yabebirí no haga de las suyas... —se dijo, mirando a través de

las tinieblas.

El alba apuntó por fin, salió el Sol, y Orgaz volvió a la oficina con su farol de viento que olvidó prendido en un rincón e iluminaba el piso. Continuaba escribiendo, solo. Y cuando a las diez el polaquito despertó por fin de su fatiga, tuvo aún tiempo de ayudar a su patrón, que a las dos de la tarde, con la cara grasienta y de color tierra, tiró la pluma y se echó literalmente sobre los brazos en cuya posición quedó largo rato tan inmóvil que no se le veía respirar.

Había concluido. Después de sesenta y tres horas, una tras otra, ante el cuadrilátero de arena caldeada al blanco o en la mesa lóbrega, sus veinticuatro libros del Registro Civil quedaban en forma. Pero había perdido la lancha a Posadas que salía a la una y no le quedaba ahora otro recurso que ir hasta allá a caballo.

Orgaz observó el tiempo mientras ensillaba su animal. El cielo estaba blanco, y el Sol, aunque velado por los vapores, quemaba como fuego. Desde las sierras escalonadas del Paraguay, desde la cuenca fluvial del sudeste, llegaba una impresión de humedad, de selva mojada y caliente. Pero mientras en todos los confines del horizonte los golpes de agua lívida rayaban el cielo, San Ignacio continuaba calcinándose ahogado.

Bajo tal tiempo, pues, Orgaz trotó y galopó cuanto pudo en dirección a Posadas. Descendió la loma del cementerio nuevo y entró en el valle de Yabebirí, ante cuyo río tuvo la primera sorpresa mientras esperaba la balsa: una fimbria \* de palitos burbujeantes se adhería a la playa.

\* \_ Franja, orla, borde.

–Creciendo –dijo al viajero el hombre de la balsa–. Llovió grande este día y anoche por las nacientes...

–¿Y más abajo? –preguntó Orgaz.

–Llovió grande también...

Orgaz no se había equivocado, pues, al oír la noche anterior el tronido de la lluvia sobre el bosque lejano. Intranquilo ahora por el paso del Garupá \*, cuyas crecidas súbitas sólo pueden compararse con las del Yabebirí, Orgaz ascendió al galope las faldas de Loreto, destrozando en sus pedregales de basalto los cascos de su caballo. Desde la altiplanicie que tendía ante su vista un inmenso país, vio todo el sector de cielo, desde el este hasta el sur, hinchado de agua azul, y el bosque, ahogado de lluvia, diluido tras la blanca humareda de vapores. No había ya Sol, y una imperceptible brisa se infiltraba por momentos en la calma asfixiante. Se sentía el contacto del agua, el diluvio subsiguiente a las grandes sequías. Y Orgaz pasó al galope

por Santa Ana <sup>\*\*</sup> , y llegó a Candelarias <sup>\*\*\*</sup> .

\* \_ Río de la provincia de Misiones. Desemboca en el Paraná once kilómetros al norte de Posadas.

\*\* \_ Pueblo de la provincia de Misiones, en la margen izquierda del Paraná, a 55 kilómetros de Posadas.

\*\*\* \_ Pueblo y departamento en la provincia de Misiones, entre el Paraná y cerro Corá.

Tuvo allí la segunda sorpresa, si bien prevista: el Garupá bajaba cargado con cuatro días de temporal y no daba paso. Ni vado ni balsa; sólo basura fermentada ondulando entre las pajas, y en el canal, palos y agua estirada a toda velocidad.

¿Qué hacer? Eran las cinco de la tarde. Otras cinco horas más, y el inspector subía a dormir a bordo. No quedaba a Orgaz otro recurso que alcanzar el Paraná y meter los pies en la primera guabiroba que hallara embicada en la playa.

Fue lo que hizo; y cuando la tarde comenzaba a obscurecer bajo la mayor amenaza de tempestad que haya ofrecido cielo alguno, Orgaz descendía del Paraná en una canoa tronchada en su tercio, rematada con una lata, y por cuyos agujeros *el agua entraba en bigotes* \* .

\* \_ Imagen para ilustrar la apariencia que toma el agua al entrar en la embarcación.

Durante un rato el dueño de la canoa paleó perezosamente por el medio del río; pero como llevaba caña adquirida con el anticipo de Orgaz, pronto prefirió filosofar a medias palabras con una y otra costa. Por lo cual Orgaz se apoderó de la pala, a tiempo que un brusco golpe de viento fresco, casi invernal, erizaba como un rallador todo el río. La lluvia llegaba, no se veía ya la costa argentina. Y con las primeras gotas macizas Orgaz pensó en sus libros, apenas reguardados por la tela de la maleta. Quitóse el saco y la camisa, cubrió con ellos sus libros y empuñó el remo de proa. El indio trabajaba también, inquieto ante la tormenta. Y bajo el diluvio que cribaba el agua, los dos individuos sostuvieron la canoa en el canal, remando vigorosamente, con el horizonte a veinte metros y encerrados en un círculo blanco.

El viaje por el canal favorecía la marcha, y Orgaz se mantuvo en él cuanto pudo. Pero el viento arreciaba; y el Paraná, que entre Candelaria y Posadas se ensancha como un mar, se encrespaba en grandes olas locas. Orgaz se había sentado sobre los libros para salvarlos del agua que rompía contra la lata e inundaba la canoa. No pudo, sin embargo, sostenerse más, y a trueque de llegar tarde a Posadas, enfiló hacia la costa. Y si la canoa cargada de agua y cogida de costado por las olas no se hundió en el trayecto, se debe que a veces pasan estas inexplicables cosas.

La lluvia proseguía cerradísima. Los dos hombres salieron de la canoa chorreando agua y como enflaquecidos, y al trepar la barranca vieron una lívida sombra a corta distancia. El ceño de Orgaz se distendió, y con el corazón puesto en sus libros que salvaba así milagrosamente, corrió a guarecerse allá.

Se hallaba en un viejo galpón de secar ladrillos. Orgaz se sentó en una piedra entre la ceniza, mientras a la entrada misma, en cuclillas y con la cara entre las manos, el indio de la canoa esperaba tranquilo al final de la lluvia que tronaba sobre el techo de zinc, y parecía precipitar cada vez más su ritmo hasta un rugido de vértigo.

Orgaz miraba también afuera. ¡Qué interminable día! Tenía la sensación de que hacía un mes que había salido de San Ignacio. El Yabebirí creciendo... la mandioca asada... la noche que pasó solo escribiendo... el cuadrilátero blanco durante doce horas...

Lejos, lejano le parecía todo eso. Estaba empapado y le dolía atrozmente la cintura; pero esto no era nada en comparación del sueño. ¡Si pudiera dormir, dormir un instante siquiera! Ni aun esto, aunque hubiera podido hacerlo, porque la ceniza saltaba de piques. Orgaz volcó el agua de las botas y se calzó de nuevo, yendo a observar el tiempo.

Bruscamente la lluvia había cesado. El crepúsculo calmo se ahogaba de humedad y Orgaz no podía engañarse ante aquella efímera tregua que al avanzar la noche se resolvería en nuevo diluvio. Decidió aprovecharla, y emprendió la marcha a pie.

En seis o siete kilómetros calculaba la distancia a Posadas. En tiempo normal, aquello hubiera sido un juego; pero en la arcilla empapada las botas de un hombre exhausto resbalan sin avanzar, y aquellos siete kilómetros los cumplió Orgaz teniendo de la cintura abajo las tinieblas más densas, y más arriba, el resplandor de los focos eléctricos de Posadas.

Sufrimiento, tormento de falta de sueño zumbándole dentro de la cabeza, que parece abrirse por varios lados; cansancio extremo y demás, sobrabanle a Orgaz. Pero lo que lo dominaba era el contento de sí mismo. Cerníase por encima de todo la satisfacción de haberse rehabilitado, así fuera ante un inspector de justicia. Orgaz no había nacido para ser funcionario público, ni lo era casi, según hemos visto. Pero sentía en el corazón el dulce calor que conforta a un hombre cuando ha trabajado duramente por cumplir un simple deber, y prosiguió avanzando cuadra tras cuadra, hasta ver la luz de los arcos, pero ya no reflejada en el cielo, sino entre los mismos carbones, que lo enceguecían.

El reloj del hotel daba diez campanadas cuando el Inspector de justicia, que cerraba su valija, vio entrar a un hombre lívido, embarrado hasta la cabeza y

con las señales más acabadas de caer, si dejaba de adherirse al marco de la puerta.

Durante un rato el inspector quedó mudo mirando al individuo. Pero cuando éste logró avanzar y puso los libros sobre la mesa, reconoció entonces a Orgaz, aunque sin explicarse poco ni mucho su presencia en tal estado y a tal hora.

–¿Y esto? –preguntó, indicando los libros.

–Como usted me los pidió –dijo Orgaz–. Están en forma.

El inspector miró a Orgaz, consideró un momento su aspecto, y recordando entonces el incidente en la oficina de aquél, se echó a reír muy cordialmente, mientras le palmeaba el hombro:

–¡Pero si yo le dije que me los trajera por decirle algo, nada más! ¡Había sido zonzos, amigo! ¡Para qué se tomó todo ese trabajo!

Un mediodía de fuego estábamos con Orgaz sobre el techo de su casa; y mientras aquél introducía entre las tablillas de incienso pesados rollos de arpilleras y *bleck*, me contó esta historia.

No hizo comentario alguno al concluirla. Con los nuevos años transcurridos desde entonces, yo ignoro qué había en aquel momento en las páginas de su Registro Civil, y en su lata de galletitas. Pero en pos de la satisfacción ofrecida aquella noche a Orgaz, no hubiera yo querido por nada ser el inspector de esos libros.

Edición digital de LIBROdot.com?

Revisión de urijenny ([odoniano@yahoo.com.ar](mailto:odoniano@yahoo.com.ar))

## La cámara oscura

Horacio Quiroga

Una noche de lluvia nos llegó al bar de las ruinas la noticia de que nuestro juez de paz, de viaje en Buenos Aires, había sido víctima del cuento del tío y

regresaba muy enfermo.

Ambas noticias nos sorprendieron, porque jamás pisó Misiones mozo más desconfiado que nuestro juez, y nunca habíamos tomado en serio su enfermedad: asma, y para su frecuente dolor de muelas, cognac en buchets, que no devolvía. ¿Cuentos del tío a él.? Había que verlo.

Ya conté en la historia del medio litro de alcohol carburado que bebieron don Juan Brown y su socio Rivet, el incidente de naipes en que actuó el juez de paz.

Llamábase este funcionario Malaquías Sotelo. Era un indio de baja estatura y cuello muy corto, que parecía sentir resistencia en la nuca para enderezar la cabeza. Tenía fuerte mandíbula y la frente tan baja que el pelo corto y rígido como alambre le arrancaba en línea azul a dos dedos de las cejas espesas. Bajo éstas, dos ojillos hundidos que miraban con eterna desconfianza, sobre todo cuando el asma los anegaba de angustia. Sus ojos se volvían entonces a uno y otro lado con jadeante recelo de animal acorralado, y uno evitaba con gusto mirarlo en tales casos.

Fuera de esta manifestación de su alma indígena, era un muchacho incapaz de malgastar un centavo en lo que fuere, y lleno de voluntad.

Había sido desde muchacho soldado de policía en la campaña de Corrientes. La ola de desasosiego que como un viento norte sopla sobre el destino de los individuos en los países extremos, lo empujó a abandonar de golpe su oficio por el de portero del juzgado letrado de Posadas. Allí, sentado en el zaguán, aprendió solo a leer en *La Nación* y *La Prensa*. No faltó quien adivinara las aspiraciones de aquel indiecito silencioso, y dos lustros más tarde lo hallamos al frente del juzgado de paz de Iviraromí.

Tenía una cierta cultura adquirida a hurtadillas, bastante superior a la que demostraba, y en los últimos tiempos había comprado la *Historia Universal* de César Cantú. Pero esto lo supimos después, en razón del sigilo con que ocultaba de las burlas ineludibles sus aspiraciones a doctor.

A caballo (jamás se lo vio caminar dos cuadras), era el tipo mejor vestido del lugar. Pero en su rancho andaba siempre descalzo, y al atardecer leía a la vera del camino real en un sillón de hamaca calzado sin medias con mocasines de cuero que él mismo se fabricaba. Tenía algunas herramientas de talabartería, y soñaba con adquirir una máquina de coser calzado.

Mi conocimiento con él databa desde mi llegada misma al país, cuando el juez visitó una tarde mi taller a averiguar, justo al final de la ceremoniosa visita, qué procedimiento más rápido que el tanino conocía yo para curtir cuero de carpincho (sus zapatillas), y menos quemante que el bicromato.

En el fondo, el hombre me quería poco o por lo menos desconfiaba de mí. Y esto supongo que provino de cierto banquete con que los aristócratas de la

región –plantadores de yerba, autoridades y bolicheros– festejaron al poco tiempo de mi llegada una fiesta patria en la plaza de las ruinas jesuíticas, a la vista y rodeados de mil pobres diablos y criaturas ansiosas, banquete al que no asistí, pero que presencié en todos sus aspectos, en compañía de un carpintero tuerto que una noche negra se había vaciado un ojo por estornudar con más alcohol del debido sobre un alambrado de púa, y de un cazador brasileño, una vieja y huraña bestia de monte que después de mirar de reojo por tres meses seguidos mi bicicleta, había concluido por murmurar:

–*Cavalho de pao* \* ...

\*  
\_ Caballo de palo.

Lo poco protocolar de mi compañía y mi habitual ropa de trabajo que no abandoné en el día patrio –esto último sobre todo–, fueron sin duda las causas del recelo que nunca se desprendió a mi respecto el juez de paz.

Se había casado últimamente con Elena Pilsudski, una polaquita muy joven que lo seguía desde ocho años atrás, y que cosía la ropa de sus chicos con el hilo de talabartero de su marido. Trabajaba desde el amanecer hasta la noche como un peón (el juez tenía buen ojo), y recelaba de todos los visitantes, a quienes miraba de un modo abierto y salvaje, no muy distinto del de sus terneras que apenas corrían más que su dueña cuando ésta, con la falda a la cintura y los muslos al aire, volaba tras ellas al alba por entre el alto espartillo empapado en agua.

Otro personaje había aun en la familia, bien que no honrara a Iviraromí con su presencia sino de tarde en tarde: don Estanislao Pilsudski, suegro de Sotelo.

Era éste un polaco cuya barba lacia seguía los ángulos de su flaca cara, calzado siempre de botas nuevas y vestido con un largo saco negro a modo de caftán. Sonreía sin cesar, presto a adelantarse a la opinión del más pobre ser que le hablara; constituyendo esto su característica de viejo zorro. En sus estadías entre nosotros no faltaba una sola noche al bar, con una vara siempre distinta si hacía buen tiempo, y con un paraguas si llovía. Recorría las mesas de juego, deteniéndose largo rato en cada una para ser grato a todos; o se paraba ante el billar con las manos por detrás y bajo del saco, balanceándose y aprobando toda carambola, pifiada o no. Le llamábamos Corazón-Lindito a causa de ser ésta su expresión habitual para calificar la hombría de bien de un sujeto.

Naturalmente, el juez de paz había merecido antes que nadie tal expresión, cuando Sotelo, propietario y juez, se casó por amor a sus hijos con Elena; pero a todos nosotros alcanzaban también las efusiones de almibarado rapaz.

Tales son los personajes que intervienen en el asunto fotográfico que es el tema de este relato.

Como dije al principio, la noticia del cuento del tío sufrido por el juez no había hallado entre nosotros la menor acogida. Sotelo era la desconfianza y el recelo mismos: y por más provinciano que se sintiera en el Paseo de Julio, ninguno de nosotros hallaba en él madera ablandable por cuento alguno. Se ignoraba también la procedencia del chisme; había subido, seguramente, desde Posadas, como la noticia de su regreso y de su enfermedad, que desgraciadamente era cierta.

Yo lo supe el primero de todos al volver a casa una mañana con la azada al hombro. Al cruzar el camino real al puerto nuevo, un muchacho detuvo en el puente el galope de su caballo blanco para contarme que el juez de paz había llegado la noche anterior en un vapor de la carrera al Iguazú, y que lo habían bajado en brazos porque venía muy enfermo. Y que iba a avisar a su familia para que lo llevaran en un carro.

—¿Pero qué tiene? —pregunté al chico.

—Yo no sé —repuso el muchacho—. No puede hablar... tiene una cosa en el resuello...

Por seguro que estuviera yo de la poca voluntad de Sotelo hacia mí, y de que su decantada enfermedad no era otra cosa que un vulgar acceso de asma, decidí ir a verlo. Ensillé, pues, mi caballo, y en diez minutos estaba allá.

En el puerto nuevo de Iviraromí se levanta un gran galpón nuevo que sirve de depósito de yerba, y se arruina un chalet deshabitado que en un tiempo fue almacén y casa de huéspedes. Ahora está vacío, sin que se halle en las piezas muy obscuras otra cosa que alguna guarnición mohosa de coche, y un aparato telefónico por el suelo.

En una de estas piezas encontré a nuestro juez acostado vestido en un catre sin saco. Estaba casi sentado, con la camisa abierta y el cuello postizo desprendido, aunque sujeto aún por detrás. Respiraba como respira un asmático en un violento acceso, lo que no es agradable de contemplar. Al verme agitó la cabeza en la almohada, levantó un brazo que se movió en desorden y después el otro, que se llevó convulso a la boca. Pero no pudo decirme nada.

Fuera de sus facies, del hundimiento insondable de sus ojos y del afilamiento terroso de la nariz, algo sobre todo atrajo mi mirada: sus manos, saliendo a medias del puño de la camisa, descarnadas y con las uñas azules; los dedos lívidos y pegados que comenzaban a arquearse sobre la sábana.

Lo miré más atentamente, y vi entonces, me di clara cuenta de que el juez

tenía los segundos contados, que se moría, que en ese mismo instante se estaba muriendo. Inmóvil a los pies del catre, lo vi tantear algo en la sábana, y como si no lo hallara, hincar despacio las uñas. Lo vi abrir la boca, mover lentamente la cabeza y fijar los ojos con algún asombro en un costado del techo, y detener allí la mirada, hasta ahora fija, en el techo de zinc por toda la eternidad.

¡Muerto! En el breve tiempo de diez minutos yo había salido silbando de casa a consolar al pusilánime juez que hacía bucheces de caña entre dolor de muelas y ataque de asma y volvía con los ojos duros por la efigie de un hombre que había esperado justo mi presencia para confiarme el espectáculo de su muerte.

Yo sufro muy vivamente estas impresiones. Cuantas veces he podido hacerlo, he evitado mirar un cadáver. Un muerto es para mí algo muy distinto de un cuerpo que acaba simplemente de perder la vida. Es otra cosa, una materia horriblemente inerte, amarilla y helada, que recuerda a alguien que hemos conocido. Se comprenderá así mi disgusto ante el brutal y gratuito cuadro con que me había honrado el desconfiado juez.

Quedé el resto de la mañana en casa, oyendo el ir y venir de los caballos al galope; y muy tarde ya, cerca de mediodía, vi pasar en un carro de playa tirado a gran trote por tres mulas, a Elena y su padre que iban de pie saltando prendidos a la baranda.

Ignoro aún por qué la polaquita no acudió más pronto a ver a su difunto marido. Tal vez su padre dispuso así las cosas para hacerlas en forma: viaje de ida con la viuda en el carro, y regreso en el mismo con el muerto bailoteando en el fondo. Se gastaba así menos. Esto lo vi bien cuando a la vuelta Corazón-Lindito hizo parar el carro para bajar en casa a hablarme moviendo los brazos:

—¡Ah, señor! ¡Qué cosa! Nunca tuvimos en Misiones un juez como él. ¡Y era bueno, sí! ¡Lindito-corazón tenía! Y le han robado todo. Aquí en el puerto... No tiene plata, no tiene nada.

Ante sus ojeadas evitando mirarme en los ojos, comprendí la terrible preocupación del polaco que desechaba como nosotros el cuento de la estafa en Buenos Aires, para creer que en el puerto mismo, antes o después de muerto, su yerno había sido robado.

—¡Ah, señor! —cabeceaba—. Llevaba quinientos pesos. ¿Y qué gastó? ¡Nada, señor! ¡Él tenía un corazón lindito! Y trae veinte pesos. ¿Cómo puede ser eso?

Y tornaba a fijar la mirada en mis botas para no subirla hasta los bolsillos del pantalón, donde podía estar el dinero de su yerno. Le hice ver a mi modo la imposibilidad de que yo fuera el ladrón —por simple falta de tiempo—, y la vieja guarduña se fue hablando consigo misma.

Todo el resto de esta historia es una pesadilla de diez horas. El entierro debía efectuarse esa misma tarde al caer el Sol. Poco antes vino a casa la chica mayor de Elena a rogarme de parte de su madre que fuera a sacar un retrato al juez. Yo no lograba apartar de mis ojos al individuo dejando caer la mandíbula y fijando a perpetuidad la mirada en un costado del techo, para que yo no tuviera dudas de que no podía moverse más porque estaba muerto. Y he aquí que debía verla de nuevo, reconsiderarlo, enfocararlo y revelarlo en mi cámara oscura.

¿Pero cómo privar a Elena del retrato de su marido, el único que tendría de él?

Cargué la máquina con dos placas y me encaminé a la casa mortuoria. Mi carpintero tuerto había construido un cajón todo en ángulos rectos, y dentro estaba metido el juez sin que sobrara un centímetro en la cabeza ni en los pies, las manos verdes cruzadas a la fuerza sobre el pecho.

Hubo que sacar el ataúd de la pieza muy oscura del juzgado y montarlo casi vertical en el corredor lleno de gente, mientras dos peones lo sostenían de la cabecera. De modo que bajo el velo negro tuve que empapar mis nervios sobreexcitados en aquella boca entreabierta, más negra hacia el fondo más que la muerte misma; en la mandíbula retraída hasta dejar el espacio de un dedo entre ambas dentaduras; en los ojos de vidrio opaco bajo las pestañas como glutinosas e hinchadas; en toda la crispación de aquella brutal caricatura de hombre.

La tarde caía ya y se clavó a prisa el cajón. Pero no sin que antes viéramos venir a Elena trayendo a la fuerza a sus hijos para que besaran a su padre. El chico menor se resistía con tremendos alaridos, llevado a la rastra por el suelo. La chica besó a su padre, aunque sostenida y empujada de la espalda; pero con un horror tal ante aquella horrible cosa en que querían viera a su padre, que a estas horas, si aún vive, debe recordarlo con igual horror.

Yo no pensaba ir al cementerio, y lo hice por Elena. La pobre muchacha seguía inmediatamente al carrito de bueyes entre sus hijos, arrastrando de una mano a su chico que gritó en todo el camino, y cargando en el otro brazo a su infante de ocho meses. Como el trayecto era largo y los bueyes trotaban casi, cambió varias veces de brazo rendido con el mismo presuroso valor. Detrás Corazón-Lindito recorría el séquito lloriqueando con cada uno por el robo cometido.

Se bajó el cajón a la tumba recién abierta y poblada de gruesas hormigas que trepaban por las paredes. Los vecinos contribuyeron al paleo de los enterradores con un puñado de tierra húmeda, no faltando quien pusiera en manos de la huérfana una caritativa mota de tierra. Pero Elena, que hama-caba desgredada a su infante, corrió desesperada a evitarlo.

—¡No, Elenita! ¡No eches tierra sobre tu padre!

La fúnebre ceremonia concluyó; pero no para mí. Dejaba pasar las horas sin decidirme a entrar en el cuarto obscuro. Lo hice por fin, tal vez a medianoche. No había nada de extraordinario para una situación normal de nervios en calma. Solamente que yo debía revivir al individuo ya enterrado que veía en todas partes; debía encerrarme con él, solos los dos en una apretadísima tiniebla; lo sentí surgir poco a poco ante mis ojos y entreabrir la negra boca bajo mis dedos mojados; tuve que balancearlo en la cubeta para que despertara de bajo tierra y se grabara ante mí en la otra placa sensible de mi horror.

Concluí, sin embargo. Al salir afuera, la noche libre me dio la impresión de un amanecer cargado de motivos de vida y de esperanzas que había olvidado. A dos pasos de mí, los bananos cargados de flores dejaban caer sobre la tierra las gotas de sus grandes hojas pesadas de humedad. Más lejos, tras el puente, la mandioca ardida se erguía por fin eréctil, perlada de rocío. Más allá aun, por el valle que descendía hasta el río, una vaga niebla envolvía la plantación de yerba, se alzaba sobre el bosque, para confundirse allá abajo con los espesos vapores que ascendían del Paraná tibio.

Todo esto me era bien conocido, pues era mi vida real. Y caminando de un lado a otro, esperé tranquilo el día para recomenzarla.

Edición digital de LIBROdot.com?

Revisión de urijenny ([odoniano@yahoo.com.ar](mailto:odoniano@yahoo.com.ar))

## Los destiladores de naranja

Horacio Quiroga

El hombre apareció un mediodía, sin que se sepa cómo ni por dónde. Fue visto en todos los boliches de Iviraromí, bebiendo como no se había visto beber a nadie, si se exceptúan Rivet y Juan Brown. Vestía bombachas de soldado paraguayo, zapatillas sin medias y una mugrienta boina blanca terciada sobre el ojo. Fuera de beber, el hombre no hizo otra cosa que cantar alabanzas a su bastón –un nudoso palo sin cáscara–, que ofrecía a todos los peones para que trataran de romperlo. Uno tras otro los peones probaron sobre las baldosas de piedra el bastón milagroso que, en efecto, resistía a todos los golpes. Su dueño, recostado de espaldas al mostrador y cruzado

de piernas, sonreía satisfecho. Al día siguiente el hombre fue visto a la misma hora y en los mismos boliches, con su famoso bastón. Desapareció luego, hasta que un mes más tarde se lo vio desde el bar avanzar al crepúsculo por entre las ruinas, en compañía del químico Rivet. Pero esta vez supimos quién era.

Hacia 1800, el gobierno del Paraguay contrató a un buen número de sabios europeos, profesores de universidad, los menos, e industriales, los más. Para organizar sus hospitales, el Paraguay solicitó los servicios del doctor Else, joven y brillante biólogo sueco que en aquel país nuevo halló ancho campo para sus grandes fuerzas de acción. Dotó en cinco años a los hospitales y sus laboratorios de una organización que en veinte años no hubieran conseguido otros tantos profesionales. Luego, sus bríos se aduermen. El ilustre sabio paga al país tropical el pesado tributo que quema como en alcohol la actividad de tantos extranjeros, y el derrumbe no se detiene ya. Durante quince o veinte años nada se sabe de él. Hasta que por fin se lo halla en Misiones, con sus bombachas de soldado y su boina terciada, exhibiendo como única finalidad de su vida el hacer comprobar a todo el mundo la resistencia de su palo.

Éste es el hombre cuya presencia decidió al manco a realizar el sueño de sus últimos meses: la destilación alcohólica de naranjas.

El manco, que ya hemos conocido con Rivet en otro relato <sup>\*</sup>, tenía simultáneamente en el cerebro tres proyectos para enriquecerse, y uno o dos para su diversión. Jamás había poseído un centavo ni un bien particular, faltándole además un brazo que había perdido en Buenos Aires con una manivela de auto. Pero con su solo brazo, dos mandiocas cocidas, y el soldador bajo el muñón, se consideraba el hombre más feliz del Mundo.

<sup>\*</sup> \_ En *Tacuara-Mansión*.

–¿Qué me falta? –solía decir con alegría, agitando su solo brazo.

Su orgullo, en verdad, consistía en un conocimiento más o menos hondo de todas las artes y oficios, en su sobriedad ascética, y en dos tomos de *L'Encyclopédie* <sup>\*</sup>. Fuera de esto, de su eterno optimismo y su soldador, nada poseía. Pero su pobre cabeza era en cambio una marmita bullente de ilusiones, en que los inventos industriales le hervían con más frenesí que las mandiocas de su olla. No alcanzándole sus medios para aspirar a grandes cosas, planeaba siempre pequeñas industrias de consumo local, o bien dispositivos asombrosos para remontar el agua por filtración, desde el bañado del Horqueta <sup>\*\*</sup> hasta su casa.

<sup>\*</sup> \_ Obra publicada en París con la dirección de D'Alembert y Diderot, de 1751 a 1772, que consta de 33 volúmenes y compendia todo el saber de su tiempo.

<sup>\*\*</sup> \_ Apertura del Yabebirí.

En el espacio de tres años, el manco había ensayado sucesivamente la fabricación de maíz quebrado, siempre escaso en la localidad; de mosaicos de *bleck* y arena ferruginosa; de turrón de maní y miel de abejas; de resina de incienso por destilación seca; de cáscaras brillantadas de asepú<sup>\*</sup>, cuyas muestras habían enloquecido de gula a los mensús; de tintura de lapacho, precipitada por la potasa; y de aceite esencial de naranja, industria en cuyo estudio lo hallamos absorbido cuando Else apareció en su horizonte.

\* \_ Naranja silvestre que se utiliza para hacer dulce.

Preciso es observar que ninguna de las anteriores industrias había enriquecido a su inventor, por la sencilla razón de que nunca llegaron a instalarse en forma.

—¿Qué me falta? —repetía contento, agitando el muñón—. Doscientos pesos. ¿Pero de dónde los voy a sacar?

Sus inventos, cierto es, no prosperaban por la falta de esos miserables pesos. Y bien se sabe que es más fácil hallar en Iviraromí un brazo de más, que diez pesos prestados. Pero el hombre no perdía jamás su optimismo, y de sus contrastes brotaban, más locas aún, nuevas ilusiones para nuevas industrias.

La fábrica de esencia de naranja fue, sin embargo, una realidad. Llegó a instalarse de un modo tan inesperado como la aparición de Else, sin que para ello se hubiera visto corretear al manco por los talleres yerbateros más de lo acostumbrado. El manco no tenía más material mecánico que cinco o seis herramientas esenciales, fuera de su soldador. Las piezas todas de sus máquinas salían de la casa del uno, del galón del otro, como las palas de su rueda Pelton<sup>\*</sup>, para cuya confección utilizó todos los cucharones viejos de la localidad. Tenía que trotar sin descanso tras de un metro de caño o una chapa oxidada de cinc, que él, con su solo brazo y ayudado del muñón, cortaba, torcía, retorció y soldaba con su enérgica fe de optimista. Así sabemos que la bomba de su caldera provino del pistón de una vieja locomotora de juguete, que el manco llegó a conquistar de su infantil dueño contándole cien veces cómo había perdido el brazo, y que los platos del alambique (su alambique no tenía refrigerante vulgar de serpentín, sino de gran estilo, de platos) nacieron de las planchas de cinc puro con que un naturalista fabricaba tambores para guardar víboras.

\* \_ Turbina hidráulica.

Pero lo más ingenioso de su nueva industria era la prensa para extraer jugo de naranja. La constituía un barril perforado con clavos de tres pulgadas, que giraba alrededor de un eje horizontal de madera. Dentro de ese erizo, las naranjas rodaban, tropezaban con los clavos y se deshacían brincando; hasta que transformadas en una pulpa amarilla sobrenadada de aceite, iban

a la caldera.

El único brazo del manco valía en el tambor medio caballo de fuerza, aun a pleno Sol de Misiones, y bajo la gruesísima y negra camiseta de marinero que el manco no abandonaba ni en el verano. Pero como la ridícula bomba de juguete requería asistencia casi continua, el destilador solicitó la ayuda de un aficionado que desde los primeros días pasaba desde lejos las horas observando la fábrica, semioculto tras un árbol.

Se llamaba este aficionado Malaquías Ruvidarte. Era un muchachote de veinte años, brasileño y perfectamente negro, a quien suponíamos virgen –y lo era–, y que habiendo ido una mañana a caballo a casarse a Corpus <sup>\*</sup>, regresó a los tres días de noche cerrada, borracho y con dos mujeres en anca.

\* \_ Pueblo de la provincia de Misiones, en el departamento de San Ignacio, antigua misión jesuítica. Puerto fluvial.

Vivía con su abuela en un edificio curiosísimo, conglomerado de casillas hechas con cajones de kerosene, y que el negro arpista iba extendiendo y modificando de acuerdo con las novedades arquitectónicas que advertía en los tres o cuatro chalets que se construían entonces. Con cada novedad, Malaquías agregaba o alzaba un ala de su edificio, y en mucho menor escala. Al punto que las galerías de sus chalets de alto tenían cincuenta centímetros de luz, y por las puertas apenas podía entrar un perro. Pero el negro satisfacía así sus aspiraciones de arte, sordo a las bromas de siempre.

Tal artista no era el ayudante por dos mandiocas que precisaba el manco. Malaquías dio vueltas al tambor una mañana entera sin decir una palabra, pero a la tarde no volvió. Y la mañana siguiente estaba otra vez instalado observando tras el árbol.

Resumamos esta fase: el manco obtuvo muestras de aceite esencial de naranja dulce y agria, que logró remitir a Buenos Aires. De aquí le informaron que su esencia no podía competir con la similar importada, a causa de la alta temperatura a que se la había obtenido. Que sólo con nuevas muestras por presión podrían entenderse con él, vistas las deficiencias de la destilación, etc., etc..

El manco no se desanimó por esto.

–¡Pero es lo que yo decía! –nos contaba a todos alegremente, cogiéndose el muñón tras la espalda–. ¡No se puede obtener nada a fuego directo! ¡Y qué voy a hacer con la falta de plata!

Otro cualquiera, con más dinero y menos generosidad intelectual que el manco, hubiera apagado los fuegos de su alambique. Pero mientras miraba melancólico su máquina remendada, en que cada pieza eficaz había sido reemplazada por otra sucedánea, el manco pensó de pronto que aquel

cáustico barro amarillento que se vertía del tambor, podía servir para fabricar alcohol de naranja. Él no era fuerte en fermentación; pero dificultades más grandes había vencido en su vida. Además, Rivet lo ayudaría.

Fue en este momento preciso cuando el doctor Else hizo su aparición en Iviraromí.

El manco había sido el único individuo de la zona que, como había acaecido con Rivet, respetó al nuevo caído. Pese al abismo en que habían rodado uno y otro, el devoto de la gran *Encyclopédie* no podía olvidar lo que ambos ex hombres fueran un día. Cuantas chanzas (¡y cuán duras en aquellos analfabetos de rapiña!) se hicieron al manco sobre sus dos ex hombres, lo hallaron siempre de pie.

–La caña los perdió –respondía con seriedad sacudiendo la cabeza–. Pero saben mucho...

Debemos mencionar aquí un incidente que no facilitó el respeto local hacía el ilustre médico.

En los primeros días de su presencia en Iviraromí un vecino había llegado hasta el mostrador del boliche a rogarle un remedio para su mujer que sufría de tal y cual cosa. Else lo oyó con suma atención, y volviéndose al cuadernillo de estraza sobre el mostrador, comenzó a recetar con mano terriblemente pesada. La pluma se rompía. Else se echó a reír, más pesadamente aún, y estrujó el papel, sin que se le pudiera obtener una palabra más.

–¡Yo no entiendo de esto! –repetía tan sólo.

El manco fue algo más feliz cuando acompañándolo esa misma siesta hasta el Horqueta, bajo un cielo blanco de calor, lo consultó sobre las probabilidades de aclimatar la levadura de caña al caldo de naranja, en cuánto tiempo podría aclimatarse, y en qué porcentaje mínimo.

–Rivet conoce esto mejor que yo –murmuró Else.

–Con todo –insistió el manco–. Yo me acuerdo bien de que los sacaromices<sup>\*</sup> iniciales...

\* \_ Levadura que en la fermentación produce la transformación de la glucosa en alcohol y anhídrido carbónico. Éste se desprende en forma de gas y el alcohol queda en el líquido.

Y el buen manco se despachó a su gusto.

Else, con la boina sobre la nariz para contrarrestar la reverberación, respondía en breves observaciones, y como a disgusto. El manco dedujo de

ellas que no debía perder el tiempo aclimatando levadura alguna de caña, porque no obtendría sino caña, ni al uno por cien mil. Que debía esterilizar su caldo, fosfatearlo bien, y ponerlo en movimiento con levadura de Borgoña, pedida a Buenos Aires. Podía aclimatlarla, si quería perder el tiempo; pero no era indispensable...

El manco trotaba a su lado, ensanchándose el escote de la camiseta de entusiasmo y calor.

–¡Pero soy feliz! –decía–. ¡No me falta ya nada!

¡Pobre manco! Le faltaba precisamente lo indispensable para fermentar sus naranjas: ocho o diez bordalesas vacías, que en aquellos días de guerra valían más pesos que los que él podría ganar en seis meses de soldar día y noche.

Comenzó, sin embargo, a pasar días enteros de lluvia en los almacenes de los yerbales, transformando latas vacías de nafta en envases de grasa quemada o podrida para alimento de los peones; y a trotar por todos los boliches en procura de los barriles más viejos que para nada servían ya, Más tarde Rivet y Else –tratándose de alcohol de noventa grados– lo ayudarían, con toda seguridad...

Rivet lo ayudó, en efecto, en la medida de sus fuerzas, pues el químico nunca había sabido clavar un clavo. El manco solo abrió, desarmó, raspó y quemó una tras otra las viejas bordelesas con medio dedo de poso violeta en cada duela, tarea ligera, sin embargo, en comparación con la de armar de nuevo las bordalesas, y a la que el manco llegaba con su brazo y cuarto tras inacabables horas de sudor.

Else había ya contribuido a la industria con cuanto se sabe hoy mismo sobre fermentos; pero cuando el manco le pidió que dirigiera el proceso fermentativo, el ex sabio se echó a reír, levantándose.

–¡Yo no entiendo nada de esto! –dijo recogiendo su bastón bajo el brazo; y se fue a caminar por allí, más rubio, más satisfecho y más sucio que nunca.

Tales paseos constituían la vida del médico. En todas las picadas se lo hallaba con sus zapatillas sin medias y su continente eufórico. Fuera de beber en todos los boliches y todos los días, de 11:00 a 16:00, no hacía nada más. Tampoco frecuentaba el bar, diferenciándose en esto de su colega Rivet. Pero en cambio solía hallárselo a caballo a altas horas de la noche, cogido de las orejas del animal, al que llamaba su padre y su madre, con gruesas risas. Paseaban así horas enteras al tranco, hasta que el jinete caía por fin a reír del todo.

A pesar de esta vida ligera, algo había sin embargo capaz de arrancar al ex hombre de su limbo alcohólico; y esto lo supimos la vez que con gran sorpresa de todos, Else se mostró en el pueblo caminando rápidamente, sin

mirar a nadie. Esa tarde llegaba su hija, maestra de escuela en Santo Pipó<sup>\*</sup>, y que visitaba a su padre dos o tres veces en el año.

\* \_ Pueblo de la provincia de Misiones, en el Alto Paraná.

Era una muchachita delgada y, vestida de negro, de aspecto enfermizo y mirar hosco. Ésta fue por lo menos la impresión nuestra cuando pasó por el pueblo con su padre en dirección al Horqueta. Pero según lo que dedujimos de los informes del manco, aquella expresión de la maestría era sólo para nosotros, motivada por la degradación en que había caído su padre y a la que asistíamos día a día.

Lo que después se supo confirma esta hipótesis. La chica era muy trigueña y en nada se parecía al médico escandinavo. Tal vez no fuera hija suya; él por lo menos nunca lo creyó. Su modo de proceder con la criatura lo confirma, y sólo Dios sabe cómo la maltratada y abandonada criatura pudo llegar a recibirse de maestra, y a continuar queriendo a su padre. No pudiendo tenerlo a su lado, ella se trasladaba a verlo dondequiera que él estuviese. Y el dinero que el doctor Else gastaba en beber, provenía del sueldo de la maestría.

El ex hombre conservaba, sin embargo, un último pudor: no bebía en presencia de su hija. Y este sacrificio en aras de una chinita a quien no creía hija suya, acusa más ocultos fermentos que las reacciones ultracientíficas del pobre manco.

Durante cuatro días, en esta ocasión, no se vio al médico por ninguna parte. Pero aunque cuando apareció otra vez por los boliches estaba más borracho que nunca, se pudo apreciar en los remiendos de toda su ropa, la obra de su hija.

Desde entonces, cada vez que se veía a Else fresco y serio, cruzando rápido en busca de harina y grasa, todos decíamos:

–En estos días debe de llegar su hija.

Entretanto, el manco continuaba soldando a horcajadas techos de lujo, y en los días libres, raspando y quemando duelas de barril.

No fue sólo esto: habiendo ese año madurado muy pronto las naranjas por las fortísimas heladas, el manco debió también pensar en la temperatura de la bodega, a fin de que el frío nocturno, vivo aún en ese octubre, no trastornara la fermentación. Tuvo así que forrar por dentro su rancho con manojos de paja despeinada, de modo tal que aquello parecía un hirsuto y agresivo cepillo. Tuvo que instalar un aparato de calefacción, cuyo hogar lo constituí un tambor de acaroína, y cuyos tubos de tacuara daban vueltas por entre las pajas de las paredes, a modo de gruesa serpiente amarilla. Y tuvo

que alquilar –con arpista y todo, a cuenta del alcohol venidero– el carrito de ruedas macizas del negro Malaquíás, quien de este modo volvió a prestar servicios al manco, acarreándole naranjas desde el monte con su mutismo habitual y el recuerdo melancólico de sus dos mujeres. Un hombre común se hubiera rendido a medio camino. El manco no perdía un instante su alegre y sudorosa fe.

–¡Pero no nos falta ya nada! –repetía haciendo bailar a la par del brazo entero su muñón optimista–: ¡Vamos a hacer una fortuna con esto!

Una vez aclimatada la levadura de Borgoña, el manco y Malaquíás procedieron a llenar las cubas. El negro partía las naranjas de un tajo de machete, y el manco las estrujaba entre sus dedos de hierro; todo con la misma velocidad y el mismo ritmo, como si machete y mano estuvieran unidos por la misma biela.

Rivet los ayudaba a veces, bien que su trabajo consistiera en ir y venir febrilmente del colador de semillas a los barriles, a fuer de director. En cuanto al médico, había contemplado con gran atención estas diversas operaciones, con las manos hundidas en los bolsillos y el bastón bajo la axila. Y ante la invitación a que prestara su ayuda, se había echado a reír, repitiendo como siempre:

–¡Yo no entiendo nada de estas cosas!

Y fue a pasearse de un lado a otro frente al camino deteniéndose en cada extremo a ver si venía un transeúnte. No hicieron los destiladores en esos duros días más que cortar y cortar, estrujar y estrujar naranjas bajo un Sol de fuego y almibarados de zumo de la barba a los pies. Pero cuando los primeros barriles comenzaron a alcoholizarse en una fermentación tal que proyectaba a dos dedos sobre el nivel una llovizna de color topacio, el doctor Else evolucionó hacia la bodega caldeada, donde el manco se abría el escote de entusiasmo.

–¡Y ya está! –decía–. ¿Qué nos falta ahora? ¡Unos cuantos pesos más, y nos hacemos riquísimos!

Else quitó uno por uno los tapones de algodón de los barriles, y aspiró con la nariz en el agujero el delicioso perfume del vino de naranja en formación, perfume cuya penetrante frescura no se halla en caldo alguno de otra fruta. El médico levantó luego la vista a las paredes, al revestimiento amarillo de erizo, a la cañerla de víbora que se desarrollaba obscureciéndose entre las pajas en un vaho de aire vibrante, y sonrió un momento con pesadez. Pero desde entonces no se apartó de alrededor de la fábrica.

Aún más, se quedó a dormir allí. Else vivía en una chacra del manco, a orillas del Horqueta. Hemos omitido esta opulencia del manco, por la razón de que el gobierno nacional llama chacras a las fracciones de 25 hectáreas de monte virgen o pajonal, que vende al precio de 75 pesos la fracción,

pagaderos en 6 años.

La chacra del manco consistía en un bañado solitario donde no había más que un ranchito aislado entre un círculo de cenizas, y zorros entre las pajas. Nada más. Ni siquiera hojas en la puerta del rancho.

El médico se instaló, pues, en la fábrica de las ruinas, retenido por el *bouquet*<sup>\*</sup> naciente del vino de naranja. Y aunque su ayuda fue la que conocemos, cada vez que en las noches subsiguientes el manco se despertó a vigilar la calefacción, halló siempre a Else sosteniendo el fuego. El médico dormía poco y mal; y pasaba la noche en cuclillas ante la lata de acaroína, tomando mate y naranjas caldeadas en las brasas del hogar.

\* \_ Aroma del vino.

La conversión alcohólica de las cien mil naranjas concluyó por fin, y los destiladores se hallaron ante ocho bordelesas de un vino muy débil, sin duda, pero cuya graduación les aseguraba asimismo cien litros de alcohol de 50 grados, fortaleza mínima que requería el paladar local.

Las aspiraciones del manco eran también locales; pero un especulativo como él, a quien preocupaba ya la ubicación de los transformadores de corriente en el futuro cable eléctrico desde el Iguazú hasta Buenos Aires, no podía olvidar el aspecto puramente ideal de su producto. Trotó en consecuencia unos días en procura de algunos frascos de cien gramos para enviar muestras a Buenos Aires, y aprontó unas muestras, que alineó en el banco para enviarlas esa tarde por correo. Pero cuando volvió a buscarlas no las halló, y sí al doctor Else, sentado en la escarpa del camino, satisfechísimo de sí y con el bastón entre las manos, incapaz de un solo movimiento.

La aventura se repitió una y otra vez, al punto de que el pobre manco desistió definitivamente de analizar su alcohol: el médico, rojo, lacrimoso y resplandeciente de euforia, era lo único que hallaba.

No perdía por esto el manco su admiración por el ex sabio.

–¡Pero se lo toma todo! –nos confiaba de noche en el bar–. ¡Qué hombre! ¡No me deja una sola muestra!

Al manco le faltaba tiempo para destilar con la lentitud debida, e igualmente para desechar las flegmas<sup>\*</sup> de su producto. Su alcohol sufría así de las mismas enfermedades que su esencia, el mismo olor viroso<sup>\*\*</sup>, e igual dejó cáustico. Por consejo de Rivet transformó en bitter<sup>\*\*\*</sup> aquella imposible caña, con el solo recurso de apepú, y oruzú<sup>\*\*\*\*</sup>, a efectos de la espuma.

\* \_ Flegmas. Producto que se obtiene en el comienzo de la destilación de mezclas orgánicas.

**\*\* \_ Tal vez relacionado con virosis, nombre genérico de las enfermedades originadas por virus patógenos.**

**\*\*\* \_ Biter, bebida, generalmente amarga, que se obtiene macerando diversas sustancias en ginebra y que se toma como aperitivo.**

**\*\*\*\* \_ Orozús, planta de la familia de las papilionáceas, cuyos rizomas contienen un jugo dulce.**

**En este definitivo aspecto entró el alcohol de naranja en el mercado. Por lo que respecta al químico y su colega, lo bebían sin tasa tal como goteaba de los platos del alambique con sus venenos cerebrales.**

**Una de esas siestas de fuego, el médico fue hallado tendido de espaldas a través del desamparado camino al puerto viejo, riéndose con el Sol a plomo.**

**–Si la maestría no llega uno de estos días –dijimos nosotros–, le va a dar trabajo encontrar dónde ha muerto su padre.**

**Precisamente una semana después supimos por el manco que la hija de Else llegaba convaleciente de gripe.**

**–Con la lluvia que se apronta –pensamos otra vez–, la muchacha no va a mejorar gran cosa en el bañado del Horqueta.**

**Por primera vez, desde que estaba entre nosotros, no se vio al médico Else cruzar firme y apresurado ante la inminente llegada de su hija. Una hora antes de arribar la lancha fue al puerto por el camino de las ruinas, en el carrito del arpista Malaquías, cuya yegua, al paso y todo, jadeaba exhausta con las orejas mojadas de sudor.**

**El cielo denso y lívido, como paralizado de pesadez, no presagiaba nada bueno, tras mes y medio de sequía. Al llegar la lancha, en efecto, comenzó a llover. La maestría achuchada pisó la orilla chorreante bajo agua; subió bajo agua, en el carrito, y bajo agua hicieron con su padre todo el trayecto, a punto de que cuando llegaron de noche al Horqueta no se oía en el solitario pajonal ni un aullido de zorro, y sí el sordo crepitar de la lluvia en el patio de tierra del rancho: .**

**La maestría no tuvo esta vez necesidad de ir hasta el bañado a lavar las ropas de su padre. Llovió toda la noche y todo el día siguiente, sin más descanso que la tregua acuosa del crepúsculo, a la hora en que el médico comenzaba a ver alimañas raras prendidas al dorso de sus manos.**

**Un hombre que ya ha dialogado con las cosas tendido de espaldas al Sol, puede ver seres imprevistos al suprimir de golpe el sostén de su vida. Rivet, antes de morir un año más tarde con su litro de alcohol carburado de lámparas, tuvo con seguridad fantasías de ese orden clavadas ante la vista. Solamente que Rivet no tenía hijos; y el error de Else consistió precisamente**

en ver, en vez. de su hija, una monstruosa rata.

Lo que primero vio fue un grande, muy grande ciempiés que daba vueltas por las paredes. Else quedó sentado con los ojos fijos en aquello, y el ciempiés se desvaneció. Pero al bajar el hombre la vista, lo vio ascender arqueado por entre sus rodillas, con el vientre y las patas hormigueantes vueltas a él subiendo, subiendo interminablemente. El médico tendió las manos delante, y sus dedos apretaron el vacío.

Sonrió pesadamente: ilusión... nada más que ilusión...

Pero la fauna del *delirium tremens* es mucho más lógica que la sonrisa de un ex sabio, y tiene por hábito trepar obstinadamente por las bombachas, o surgir bruscamente de los rincones.

Durante muchas horas, ante el fuego y con el mate inerte en la mano, el médico tuvo conciencia de su estado. Vio, arrancó y desenredó tranquilo más víboras de las que pueden pisarse en sueños. Alcanzó a oír una dulce voz que decía:

–Papá, estoy un poco descompuesta... Voy un momento afuera.

Else intentó todavía sonreír a una bestia que había irrumpido de golpe en medio del rancho, lanzando horribles alaridos, y se incorporó por fin aterrizado y jadeante: estaba en poder de la fauna alcohólica.

Desde las tinieblas comenzaban ya a asomar el hocico bestias innumerables. Del techo se desprendían también cosas que él no quería ver. Todo su terror sudoroso estaba ahora concentrado en la puerta, en aquellos hocicos puntiagudos que aparecían y se ocultaban con velocidad vertiginosa.

Algo como dientes y ojos asesinos de inmensa rata se detuvo un instante contra el marco, y el médico, sin apartar la vista de ella, cogió un pesado leño: la bestia, adivinando el peligro, se había ya ocultado.

Por los flancos del ex sabio, por atrás, se hincaba en sus bombachas cosas que trepaban. Pero el hombre, con los ojos fuera de las órbitas, no veía sino la puerta y los hocicos fatales.

Un instante, el hombre creyó distinguir entre el crepitar de la lluvia, un ruido más sordo y nítido. De golpe la monstruosa rata surgió en la puerta, se detuvo un momento a mirarlo, y avanzó hacia ella el leño con todas sus fuerzas.

Ante el grito que lo sucedió, el médico volvió bruscamente en sí, como si el vertiginoso telón de monstruos se hubiera aniquilado con el golpe en el más atroz silencio. Pero lo que yacía aniquilado a sus pies no era la rata asesina, sino su hija.

Sensación de agua helada, escalofrío de toda la médula; nada de esto

alcanza a dar la impresión de un espectáculo de semejante naturaleza. El padre tuvo un resto de fuerza para levantar en brazos a la criatura y tenderla en el catre. Y al apreciar de una sola ojeada al vientre el efecto irremisiblemente mortal del golpe recibido, el desgraciado se hundió de rodillas ante su hija.

¡Su hijita! ¡Su hijita abandonada, maltratada, desechada por él! Desde el fondo de veinte años surgieron en explosión de vergüenza, la gratitud y el amor que nunca le había expresado a ella. ¡Chinita, hijita suya!

El médico tenía ahora la cara levantada hacia la enferma: nada, nada que esperar de aquel semblante fulminado.

La muchacha acababa sin embargo de abrir los ojos, y su mirada excavada y ebria ya de muerte, reconoció por fin a su padre. Esbozando entonces una dolorosa sonrisa cuyo reproche sólo el lamentable padre podía en esas circunstancias apreciar, murmuró con dulzura:

–¡Qué hiciste, papá...!

El médico hundió de nuevo la cabeza en el catre. La maestrita murmuró otra vez, buscando con la mano la boina de su padre:

–Pobre papá... No es nada... Ya me siento mucho mejor... Mañana me levanto y concluyo todo... Me siento mucho mejor, papá...

La lluvia había cesado; la paz reinaba afuera. Pero al cabo de un momento el médico sintió que la enferma hacía en vano esfuerzos para incorporarse, y al levantar el rostro vio que su hija lo miraba con los ojos muy abiertos en una brusca revelación.

–¡Yo me voy a morir, papá..!

–Hijita... –murmuró sólo el hombre.

La criatura intentó respirar hondamente sin conseguirlo tampoco.

–¡Papá, ya me muero! Papá, hazme caso... una vez en la vida. ¡No tomes más, papá...! Tu hijita...

Tras un rato –una inmensidad de tiempo– el médico se incorporó y fue tambaleante a sentarse otra vez en el banco, mas no sin apartar antes con el dorso de la mano una alimaña del asiento, porque ya la red de monstruos se entretejía vertiginosamente.

Oyó todavía una voz de ultratumba:

–¡No tomes más, papá...!

El ex hombre tuvo aún tiempo de dejar caer ambas manos sobre las piernas, en un desplome y una renuncia más desesperada que el más desesperado de los sollozos de que ya no era capaz. Y ante el cadáver de su hija, el doctor Else vio otra vez asomar en la puerta los hocicos de las bestias que volvían a un asalto final.

Edición digital de LIBROdot.com?

Revisión de urijenny ([odoniano@yahoo.com.ar](mailto:odoniano@yahoo.com.ar))

## Anexos

### Algunos juicios críticos sobre Horacio Quiroga y su obra

“Horacio Quiroga es uno de los primeros que, sin hacer folklorismo, sin hacer nacionalismo como Lugones, sin hacer psicología ni costumbrismo como Payró, sin hacer descripciones como Larreta, sin crear mitos como Güiraldes, sin hacer propaganda como Várela, sin seguir en el fondo un planteo fundamentalmente distinto al de Echeverría en *El matadero*, asume el contorno y lo realiza expresándolo en toda su intensidad y dramatismo.

Alguien ha hecho notar que, a pesar de haber vivido tantos años en Misiones y en San Ignacio y de haber escrito historias que tienen esos lugares por marco, no menciona nunca las ruinas. Junto a esto, conviene recordar que Lugones fue y volvió de Misiones *nada más* que para hablar de las ruinas. Del mismo modo, obsérvese lo artificial que es Larreta cuando en *Zogoibi* describe la pampa siguiendo el tradicional método de poner cada cosa en su sitio y decir ordenadamente, primero, cómo es el lugar (“*locus dramae*”), luego, cómo son los personajes (“*dramatis personae*”). Para Quiroga, en cambio, el lugar siempre está en relación con la situación que vive a cada momento el personaje.

En esta autonomía expresiva y en este dominio de la situación se encuentran los resortes de la perfección narrativa de Quiroga. Quizá se pueda decir de él, como de casi todos los que escribieron alguna vez algo de valor ponderable, que es a su vez un precursor y el nexo de unión entre una literatura desesperada por hallarse a sí misma en variantes meramente inteligentes de estilos y una literatura que se prende de su geografía física y

espiritual y la expresa en toda su profunda realidad, sin escatimar los riesgos. Gracias a ello, Quiroga no es un realista ortodoxo, atado a una imitación admirativa de la realidad, sino un constructivo que descubre la riqueza trascendente de la realidad a la que se aproxima sabiendo que ella es la fuente y el final de toda la vida.”

Noé Jitrik

*Horacio Quiroga. Una obra de experiencia y riesgo.*

Buenos Aires, 1959.

“Esa serie de relatos que culminan con el volumen magistral de *Los desterrados* encierra su obra más honda de narrador; el momento en que la fría objetividad del comienzo, aprendida en Maupassant, ensayada a la vera de Kipling, da paso a una visión más profunda y no por ello menos objetiva. El artista entra dentro de la obra. Esto no significa que substituya a la obra. Significa que el relato ocupa ahora no sólo la retina (esa cámara fotográfica de que habla el irónico Christopher Isherwood) sino las capas más escondidas y personales de la individualidad creadora. Desde allí crea ahora Quiroga.

Ya no está en Misiones, o está poco en Misiones. Pero desde esa honda asimilación de Misiones que encuentra en sí mismo, escribe. En un tono en que se mezcla la vivacidad de la observación directa con la pequeña distancia del recuerdo cuenta la historia de *Van-Houten*, la de *El hombre muerto*, la de *La cámara oscura*, en que su propia angustia ante la muerte de un ser querido aparece sutilmente transpuesta, la de *El techo de incienso* en que el sesgo humorístico permite liberar mejor su esfuerzo sobrehumano al tratar de cumplir, en medio de la selva, y simultáneamente, las funciones de juez de paz y carpintero, la de *Los destiladores de naranja*, la de *Los precursores*, que contiene el mejor, el más sano testimonio sobre la cuestión social en Misiones.

En todos esos relatos, muchos de los cuales van a integrar *Los desterrados*, Quiroga desarrolla una forma especial de la ternura: esa que no necesita del sentimentalismo para existir, que puede prescindir de la mentira y de las buenas intenciones; la ternura del que sabe qué cosa frágil es el hombre pero que sabe también qué heroico es en su locura y qué sufrido en su dolor, en su genial inconsciencia. Por eso sus cuentos contienen algo más que la crónica de un ambiente y sus tipos; son algo más que historias trágicas, o cómicas, de un Mundo extraño. Son profundas inmersiones en la realidad humana hechas por un hombre que ha aprendido a liberar en sí mismo lo trágico y hasta lo horrible.”

Emir Rodríguez Monegal

*Las raíces de Horacio Quiroga*

Montevideo, 1961.

“El cuento, que en Hispanoamérica alcanza la estatura de un género mayor, encuentra en Horacio Quiroga su maestro indisputable. Su situación en relación con el desarrollo del género en América hispana sería semejante a la de Poe, en un plano más universal, en el sentido de que aunque al cuento hispanoamericano no le faltan prolegómenos ilustres –Echeverría, Darío y algún otro– solamente con Quiroga adquiere esa adultez a partir de la cual producirá sus frutos más maduros. Quiroga aprende de Poe las técnicas que otorgan al cuento la fisonomía de un género autónomo y que luego el mismo Quiroga resume en su *Decálogo del perfecto cuentista*. De Darío y del modernismo aprende a escribir una prosa sin casticismo y sin lastre retórico. Finalmente, en la selva misionera encuentra la circunstancia de algunos de sus cuentos más intensos. Pero si muchos de sus temas derivan de esa circunstancia, la prueba esperaba a Quiroga en la conversión de esa materia en forma. En este pase mágico, que todo escritor reconoce como la resultante de largos años de paciente esfuerzo, Quiroga logra la tensión expresiva necesaria para que un tema se haga cuento.

Quiroga, que se inicia como epígono del modernismo más amanerado, es el primero en volverse contra sus excesos; es el primero en descubrir esa cantera regionalista con cuyos materiales la narrativa hispanoamericana irá saliendo del modernismo; es el primero, con Lugones, en otorgar al relato fantástico, que en Hispanoamérica daba sus primeros pasos con los escritores argentinos de la generación de 1880, un nivel desde el cual seguirá creciendo hasta transformarse en la forma más importante del cuento rioplatense. Pero lo que importa de la obra de Quiroga no es tanto su condición de precursora de desarrollos, que de una forma u otra habrían tenido lugar en la narrativa hispanoamericana, como el haber mostrado a través de sus cuentos las posibilidades y capacidades del género.”

Jaime Alazraki

*Relectura de Horacio Quiroga en El cuento hispanoamericano ante la crítica.*

Madrid, 1973.

## Guía de trabajos prácticos

1. Investigación por equipos: *El modernismo*. Los grupos elaborarán un

informe sobre el tema dividiéndolo en: a) panorama histórico y social; b) el modernismo literario; c) las artes plásticas y el modernismo; d) la música en este período. Ilustrar con artículos, poemas, cuentos, dibujos y fotografías, trozos musicales, etc..

**2. Reportaje a Horacio Quiroga.** Después de haber leído cuidadosamente el resumen cronológico, el estudio preliminar y los cuentos del presente volumen, elaborar un cuestionario de 20 preguntas a Horacio Quiroga sobre aspectos de su vida y obra y someterlo a miembros de la clase que contestarán por el escritor. Compilar finalmente las respuestas en un artículo periodístico con su título, su copete y sus subtítulos correspondientes.

**3. Nuestro autor sintetizó su estética del cuento en el *Decálogo del perfecto cuentista*, que transcribimos a continuación. Leer y comentar en clase los artículos de referencia.**

***I. Cree en el maestro –Poe, Maupassant, Kipling, Chejov– como en Dios mismo.***

***II. Cree que tu arte es una cima inaccesible. No sueñes en dominarla. Cuando puedas hacerlo lo conseguirás, sin saberlo tú mismo.***

***III. Resiste cuanto puedas a la imitación, pero imita si el influjo es demasiado fuerte. Más que cualquiera otra cosa, el desarrollo de la personalidad es una larga paciencia.***

***IV. Ten fe ciega, no en tu capacidad para el triunfo, sino en el ardor con que lo deseas. Ama a tu arte como a tu novia, dándole todo tu corazón.***

***V. No empieces a escribir sin saber desde la primera palabra adonde vas. En un cuento bien logrado las tres primeras líneas tienen casi la misma importancia que las tres últimas.***

***VI. Si quieres expresar con exactitud esta circunstancia: “Desde el río soplaba un viento frío”, no hay en lengua humana más palabras que las apuntadas para expresarla. Una vez dueño de las palabras no te preocupes de observar si son consonantes o asonantes.***

***VII. No adjetives sin necesidad. Inútiles serán cuantas colas adhieras a un sustantivo débil. Si hallas el que es preciso, él, solo, tendrá un color incomparable. Pero hay que hallarlo.***

***VIII. Toma los personajes de la mano y llévalos firmemente hasta el final, sin ver otra cosa que el camino que les trazaste. No te distraigas viendo tú lo que ellos no pueden o no les importa ver. No abuses del lector. Un cuento es***

***una novela depurada de ripios. Ten esto por una verdad absoluta aunque no lo sea.***

***IX. No escribas bajo el imperio de la emoción. Déjala y evócala luego. Si eres capaz entonces de revivirla tal cual fue, has llegado en arte a la mitad del camino.***

***X. No pienses en los amigos al escribir, ni en la impresión que hará tu historia. Cuenta como si el relato no tuviera interés más que para el pequeño ambiente de tus personajes, de los que pudiste haber sido uno. No de otro modo se obtiene la vida en el cuento.***

**4. El marco geográfico: Misiones.** Todas las historias que integran este libro se desarrollan en la citada provincia argentina. Al respecto, proponemos realizar una investigación geográfica detallada de los principales aspectos de Misiones: el suelo; el clima; la gente; las producciones. Ilustrar con mapas, fotografías, diagramas, etc..

#### **5. El regreso de Anaconda**

a) ¿En qué se diferencia este relato de los que integran la segunda parte del libro?

b) ¿Qué hay de común entre ellos? Elaborar un informe comparativo.

#### **6. Los desterrados**

a) Explicar por qué motivos habrá elegido Quiroga este relato para dar su nombre al libro. ¿Cuál hubiera elegido usted? Proponga algunos con su correspondiente justificación.

b) ¿Cuál es el punto de vista narrativo en este cuento? Observar si se mantiene invariable desde el principio hasta el fin.

#### **7. Van-Houten**

a) ¿El título revela o sugiere algo acerca de la índole de este relato? Explíquelo.

b) ¿Cómo está construido el relato y cuántas partes pueden distinguirse en él? Preparar el correspondiente esquema de contenido.

### **8. Tacuara-Mansión**

- a) Un párrafo de este relato recuerda el comienzo de *Los desterrados* y revela las intenciones literarias del autor. ¿Cuál es? Explíquelo brevemente.
- b) ¿Cómo están retratados los protagonistas?

### **9. El hombre muerto**

- a) Debate en clase: ¿Por qué razones este cuento ocupa el centro de la segunda parte? Redactar las conclusiones del cambio de ideas.
- b) ¿Hay alguna diferencia estructural entre este cuento y los otros de la segunda parte?

### **10. El techo de incienso**

- a) ¿Hay rasgos autobiográficos en este relato? Si los hay, ¿cuáles son?
- b) ¿En qué se diferencia esta pieza, por su contenido, de otras como *El monte negro* y *En la noche*, con las cuales tiene rasgos comunes? Leer los textos mencionados y comentarlos en clase.

### **11. La cámara oscura**

- a) ¿Qué experiencias del autor parecen aflorar en este relato?
- b) Contar, como lo hace el narrador-testigo de este relato, algún episodio particularmente interesante visto o vivido por el alumno.

### **12. Los destiladores de naranja**

- a) ¿Se conocen los motivos por los cuales el doctor Else se ha hundido en la degradación y el alcoholismo? Desarrolle su opinión al respecto.
- b) Establecer las semejanzas que se pueden advertir entre el punto de vista narrativo de este relato y el de *Los desterrados*.

## **Bibliografía básica**

Alazraki, Jaime: *Relectura de Horacio Quiroga*, en *El cuento hispanoamericano ante la crítica*, Madrid, 1973.

Boulle Christauffour, Annie: *Los animales en los cuentos de Horacio Quiroga*, en *Boletín Cultural* de la Embajada Argentina, Madrid, N° 1-2, 1963.

\_ *Proyecto para Obras Completas de Horacio Quiroga*, en *Bulletin Hispanique*, Bordeaux, 1965.

\_ *Una historia de locos (Los perseguidos, de Horacio Quiroga)*, en *Mundo Nuevo*, París, Febrero de 1967.

Bratosevich, Nicolás: *El estilo de Horacio Quiroga en sus cuentos*, Madrid, 1973.

Crow, John A.: *La obra literaria de Horacio Quiroga*, en *Memoria del Primer Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana*, México, 1939. Reproducido como prólogo en otras ediciones de Horacio Quiroga: *Los perseguidos* (tomo VII de la edición de *La Bolsa de los Libros*, Montevideo, 1940) y *Sus mejores cuentos* (México, 1943).

Delgado, José María y Brignole, Alberto J.: *Vida y obra de Horacio Quiroga*, Montevideo, 1939.

Collard, Andrée M.: *La temática de Horacio Quiroga* (tesis), Universidad Nacional Autónoma, México, 1955.

Englekirk, John A.: *Edgar Allan Poe in hispanic literature*, New York, 1934.

Etcheverry, José Enrique: *Horacio Quiroga y la creación artística*, apartado de la *Revista Iberoamericana de Literatura*, Montevideo, 1957.

Gálvez, Manuel: *Recuerdos de la vida literaria (1900-1910)*, Buenos Aires, 1944.

Ghiano, Juan Carlos: *Los temas de Horacio Quiroga*, en *Temas y aptitudes*, Buenos Aires, 1949.

Grompone, Antonio M.: *El sentido de la vida en Horacio Quiroga*, en *Ensayos*, Montevideo, N° 11, mayo 1937. Reproducido como prólogo en la reedición de *Los arrecifes de coral*, Montevideo, 1943.

*Homenaje a Horacio Quiroga*. Número especial de *Babel*, Buenos Aires, 1926.

*Homenaje a Horacio Quiroga. Nosotros*, Buenos Aires, N° 12, Marzo de 1937. Con motivo de su muerte.

Jitrik, Noé: *Horacio Quiroga. Una obra de experiencia y riesgo*, Buenos Aires, 1959.

Lasplaces, Arturo: *Opiniones literarias*, Montevideo, 1939.

\_ *Nuevas opiniones literarias*, Montevideo, 1939.

Martínez Estrada, Ezequiel: *El hermano Quiroga*, Montevideo, 1957.

Montenegro, Ernesto: *The novels of Horacio Quiroga*, en *The New York Times*, Octubre 25, 1925.

Murena, H.A.: *El sacrificio de Horacio Quiroga*, en *El pecado original de América*, Buenos Aires, 1954.

Pereyra Rodríguez, José: *Sobre las relaciones de amistad entre Julio Herrera y Reissig y Horacio Quiroga*, apartado de la *Revista Nacional*, Montevideo, 1959.

Reía, Walter: *Horacio Quiroga. Repertorio bibliográfico anotado*, Buenos Aires, 1973.

Rodríguez Monegal, Emir: *Las raíces de Horacio Quiroga*, Montevideo, 1961.

\_ *La retórica de Quiroga*, en el *Boletín* de la Universidad Nacional de Córdoba, 1966.

\_ *Una historia perversa* (sobre *Los perseguidos*, de Horacio Quiroga), en *Mundo Nuevo*, París, febrero, 1967.

\_ *El desterrado. Vida y obra de Horacio Quiroga*, Buenos Aires, 1968.

Rosemberg, Fernando: *Horacio Quiroga en Saladito*, *La Prensa* de Buenos Aires, 2 de Julio de 1972.

\_ *Un innovador relato de Horacio Quiroga*, en *Estudios de Literatura Argentina*, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, N° 1, 1982.

\_ *Del cuento al teatro: Las sacrificadas, de Horacio Quiroga*, *Boletín* del Instituto de Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, N° 3, 1982.

Speratti Pinero, Emma Susana: *Hacia una cronología de Horacio Quiroga*, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, N° 4, 1955.

Teodorescu, Paul G.: *El camino de la ideología sociopolítica de Horacio Quiroga*, en *Ideologies and Literature*, N° 12, 1980.

Torre, Guillermo de: *Prólogo a Cuentos escogidos de Horacio Quiroga*, Madrid, 1950.

Yurkíevich, Saúl: *Quiroga: su técnica narrativa*, en *Nordeste* N° 1, 1960.

edición digital de urijenny ([odoniano@yahoo.com.ar](mailto:odoniano@yahoo.com.ar))